



# DESÁTAME

VOLUMEN 2

BEST-SELLER INTERNACIONAL NO. 1

# CHRISTINA ROSS

DESÁTAME  
VOLUMEN 2

CHRISTINA ROSS

La serie *Desátame* que termina con el siguiente libro, *Desátame Vol.3*, es una extensión de la serie bestseller #1 *Aniquílame* que ha vendido más de dos millones de libros en el mundo y ha sido traducida a cinco idiomas. Aunque la serie *Desátame* está compuesta de tres libros y es totalmente independiente, el lector la disfrutará mucho más si lee primero la serie *Aniquílame*. Lisa y Tank, después de todo, comienzan su relación en esos libros.

**La serie *Aniquílame* se centra en la relación de Jennifer y Alex.**

Los enlaces para todos mis libros edición en español.

[\*Aniquílame, Vol. 1\*](#)

[\*Aniquílame, Vol. 2\*](#)

[\*Aniquílame, Vol. 3\*](#)

[\*Aniquílame, Vol. 4\*](#)

[\*Aniquílame, Navidad\*](#)

[\*Desátame, Vol. 1\*](#)

[\*Desátame, Vol. 2\*](#)

[\*Desátame, Vol. 3\*](#)

A mis queridos amigos.

Y mi familia.

Y especialmente a mis lectores.

Gracias por comenzar un nuevo viaje conmigo y la historia de Lisa y Tank.

***Desátame*** se desarrollará en tres volúmenes.

**Derechos y Nota Legal:** Esta obra está protegida bajo la Ley del Registro de Derechos (Copyright) de 1976 de Estados Unidos y todas las leyes internacionales, federales, estatales y locales aplicables y todos los derechos están reservados, incluyendo derechos de reventa.

Se entiende que cualquier marca registrada, logotipo, nombre de producto u otras características identificadas, son propiedad de sus dueños respectivos y se usan estrictamente como referencia. Su uso no implica la promoción de los mismos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción electrónica o mecánica (incluidos fotocopia, grabación o almacenamiento y recuperación de información) de parte de esta obra sin contar con la autorización del autor.

Primera edición de e—book © 2018.

**Descargo de responsabilidad legal:** Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud a personas vivas o muertas (a menos que se mencionen específicamente) es pura coincidencia. Copyright © 2018 Christina Ross. Todos los derechos reservados.

## **Nota del traductor**

El español utilizado en esta traducción es eminentemente peninsular. Sin embargo, se ha tenido en cuenta la diversidad de usos del español entre los posibles lectores de la novela y se han buscado giros lingüísticos y vocablos tan neutros como ha sido posible. Siguiendo este criterio, se ha querido evitar usos que, aun siendo gramaticalmente correctos, puedan estar estigmatizados en Latinoamérica. Por otra parte, se han seguido las directrices y recomendaciones recogidas en la gramática de la Real Academia de la Lengua (RAE) con respecto a la no acentuación de pronombres demostrativos y otros vocablos que, tradicionalmente, solían acentuarse.

En la obra se incluyen algunos de los préstamos lingüísticos que se han incorporado al uso coloquial de la lengua, algunos pueden no aparecer en la última edición del diccionario de la RAE.

Mónica Guzmán, traductora.

## ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Deiciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Otros libros de Christina Ross](#)

[¿No puede esperar por la próxima apasionada novela de Christina Ross?](#)

# DESÁTAME, VOL. 2

Christina Ross

## CAPÍTULO UNO

**New York**  
**Enero**

Cuando el taxi ya se había alejado de Kevin, miré por la ventana trasera y di un salto. Él se estaba subiendo a otro taxi. Sentí que el corazón se me salía del pecho cuando vi su auto lanzarse entre el tráfico y dirigirse hacia nosotros.

—Nos está siguiendo —le dije al conductor.

—¿El tipo que intentó subirse al auto con usted?

—Sí, por favor, escápese de él.

El conductor pisó el acelerador.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Al 800 en la Quinta Avenida, pero no quiero que él me siga hasta allá. Haga lo que pueda para deshacerse de él. Quiere hacerme daño.

—¿Quiere que llame a la policía?

Lo pensé. Ya los había llamado una vez esa noche para denunciar a Marco Boss. Y, en realidad ¿de qué podía inculpar a Kevin? De nada, excepto una amenaza que solo yo escuché y lo que hubiera visto el conductor. Nada que sirviera de mucho aparte de exacerbar a Kevin si se enteraba de que había llamado a la policía para denunciarlo.

—Sólo lléveme a casa a salvo —dije—. ¿Y tal vez sería tan amable de acompañarme hasta la puerta?

—Por supuesto.



—¿Los puede ver?

—Están justo a nuestro lado. Me quedé fría. Miré a la derecha y vi una clara advertencia, la cara desencajada de Kevin con una expresión de absoluto odio cubría la ventana trasera. Me miraba directamente mientras nuestros autos bajaban y fluían entre el tráfico. Cuando me hizo un gesto obsceno con el dedo, me hundí en el asiento de manera que no me pudiera ver y saqué mi teléfono celular del bolso. Lo encendí y marqué el número del portero de mi edificio. Cuando sonó, me eché hacia adelante y lo sostuve para que Kevin pudiera ver la pantalla iluminada.

*Deja que piense que he llamado a la policía*, pensé mientras me llevaba de nuevo el teléfono al oído.

Cuando el portero contestó ahogué mi miedo y dije con la voz más controlada que pude: —George, soy Lisa Ward. En unos minutos estoy llegando en un taxi. ¿Podría, por favor, salir a buscarme y entrar conmigo al edificio cuando llegue? Me está siguiendo una persona que me ha amenazado. No, no llame a la policía. Sólo lléveme adentro y yo iré a mi apartamento. Pero si alguien le causa problemas después, entonces sí, llame a la policía.

—El semáforo está cambiando a amarillo —dijo el conductor—. Voy a girar a la izquierda, en la 42. Abróchese el cinturón si no lo ha hecho todavía.

—No, no lo he hecho.

—Entonces hágalo, señora.

Me abroché el cinturón de seguridad justo cuando él tomó la 42. Lo hizo tan bruscamente que mi cabeza se golpeó contra el parabrisas, quitándome el aliento.

—¿Está bien?

—Nosotras, las chicas de Maine, somos duras.

—Mejor que lo sean porque acaban de hacer el mismo giro. Están detrás de nosotros.

—Siga conduciendo —dije—. Tengo bastante dinero. Doscientos dólares son todos suyos si logra perderse de ellos. —Saqué el dinero del bolso y lo puse en el asiento al lado de él. —Él está loco. Sólo lléveme a casa a salvo.

—Usted sabe que debería llamar a la policía en una situación como esta.

—Y una propina de doscientos dólares no cae así todos los días. Si necesita, tengo más. Le agradezco lo que está haciendo. Sé que va en contra de las reglas. Pero por favor no llame a nadie. Arruinaría mi carrera si lo hace.

—¿Su carrera?

—Digamos que estoy a punto de convertirme en una persona famosa. En este momento, mi cara casi que se ha apoderado de Times Square.

—¿Quién es usted?

—¿En este momento? Una don nadie. En pocos días, probablemente alguien. Por lo menos para algunos. Haga lo que pueda para perderlos. Estaría muy agradecida si lo hace.

Se deslizó rápidamente entre el tráfico. —¿Quién la está siguiendo?

—Un loco.

—¿Sabe quién es?

—Solía saberlo. Pero ahora que es adicto a la metanfetamina... No lo conozco en absoluto.

—¿Metanfetamina?

—Así es. Ha perdido el juicio.

—Hay dos autos detrás de nosotros en este momento. Su suerte depende de la sincronización de los semáforos.

—Y de su habilidad para conducir.

—Tiene suerte ahí —dijo—. Llevo doce años conduciendo en esta ciudad.

—Si nos detienen, estoy totalmente preparada para decirle a la policía exactamente lo que ha sucedido. Yo lo defiendo. Conozco gente que puede protegerlo y que lo hará. Tan solo ayúdeme ahora, por favor.

—¿Quién es usted? —dijo.

—Ya le dije, una don nadie.

—Vamos, ¿quién es usted?

—Una escritora que está por entrar en la *Dimensión desconocida*.

—Espere —dijo—. Estoy a punto de pasar un semáforo en rojo en Broadway.

Cuando se pasó, vi los autos que venían hacia nosotros y escuché el estruendo de las bocinas, pero lo logró. Hizo el giro. Miré hacia atrás y vi que el auto de Kevin había quedado detenido en el semáforo en rojo. —¡Gracias! —dije—. Puede que tengamos una oportunidad. Al 800 de la Quinta Avenida.

—No se haga muchas ilusiones, muchacha.

Condujimos rápidamente hasta llegar a la Calle 40 Oeste. Ahí, giró bruscamente de nuevo y comenzó a maniobrar hacia la Quinta Avenida. Miré de nuevo hacia atrás, pero sólo vi las luces de los autos. —¿Están ahí?

—Les perdí la pista. No lo sé.

—Aquí tiene. —Busqué dentro de mi bolso y le puse en la silla delantera lo que llevaba conmigo, otros doscientos dólares. —Espero que lo remunere por la molestia.

—Quédese con su dinero.

—No, insisto.

—Yo también. —Alcanzó los dos billetes que le había dado de más y me los devolvió—. Abusaron de mi madre. Yo no abuso de nadie. La llevaré a su casa a

salvo. No estamos lejos. Sólo quédese tranquila, recuéstese contra el asiento y intente no ser vista. En cinco minutos la estoy dejando.

—¿Cree que están detrás de nosotros?

Lo vi mirar en el espejo retrovisor. Dudó. —No lo sé.

—Mi portero sabe que voy en camino.

—¿Ese tipo está armado?

—No lo sé. Pero lo dudo. Nunca me ha mostrado un arma.

—Eso no quiere decir que no la tenga, vamos.

*¿Y si la...?*

—Mire, su portero y yo la entraremos —dijo—. ¿Está bien? Va a estar a salvo. Ya verá.

Y así lo hicieron.

Cuando el conductor se detuvo en frente de mi edificio en la Quinta Avenida no perdió tiempo sacándome del auto. Saltó de su asiento, me recibió cuando abrí la puerta y me tomó por el brazo. Ahí estaba George que me saludó rápidamente antes de que me llevaran adentro a toda prisa.

—Usted es un ángel —le dije por encima del hombro al conductor.

—Cuídese —dijo él—. Vaya a su apartamento. ¡Pronto!

Y luego se fue.

## CAPÍTULO DOS

Para cuando ya estaba a salvo en el apartamento que compartía con Jennifer eran sólo las diez y media, lo que me pareció absurdamente temprano después de todo por lo que había pasado. ¿Había terminado tan pronto esta noche, y con tantos incidentes? ¿Qué demonios? Seguía sin entender lo que había ocurrido y lo rápido que se había ido todo al diablo.

*Y lo mal que había salido todo.*

Me quité la capa, la arrojé a la silla en la sala de estar y luego me hundí en uno de los dos sofás que daban a la ciudad. Jennifer y yo teníamos uno de los apartamentos del último piso, y desde aquí, la vista era espectacular.

No era que eso me importara un bledo en este momento. Pensé en Katie, la hermana mayor de Kevin. Durante los dos años que Kevin y yo anduvimos juntos, ella y yo habíamos sido como hermanas. No había vuelto a hablar con ella desde que rompí con Kevin, pero pensé que ella podría responder algunas preguntas cruciales. Si pudiera de alguna manera encontrar su número, ¿contestaría mi llamada ahora?

*Valía la pena intentarlo.*

Entré a mi alcoba, pasé el dedo por el ratón de mi Mac para despertar el computador y entré a Google para buscar su teléfono. Después de unos minutos, lo encontré, o al menos el que yo pensé era su número, y la llamé. Contestó al tercer timbre. Sentí que me estremecía cuando reconocí su voz y un sentimiento de alivio me recorrió.

—¿Hola?

—¿Katie?

Ella dudó. —¿Quién habla?

—Un recuerdo del pasado. Soy Lisa Ward.

—Dice ‘Jennifer Kent’ en mi identificador de llamadas.

—Entonces ya sabes que soy yo.

La oí tomar aliento. —No lo puedo creer —dijo—. No he tenido noticias tuyas desde hace años.

—Lamento que haya pasado tanto tiempo.

—¿Qué bueno volverte a oír!

—Me gustaría que fuera en otras circunstancias.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás bien?

—Lamento molestarte con esto.

—No me estás molestando. No había tenido noticias tuyas desde que rompiste con mi hermano. ¿Algo está mal?

—Es tu hermano la razón de mi llamada.

—¿Por qué sería él la razón de tu llamada? Ahora vive en New York. Ha estado ahí desde hace años. Tú estás en Maine. No entiendo.

—En realidad, desde mayo, vivo en New York.

—¿Vives en New York?

—Jennifer y yo nos mudamos aquí para que pudiéramos empezar de nuevo.

—Espero que así sea para las dos, porque ciertamente no es el caso de Kevin. Decidí que la dejaba hablar. —¿Qué quieres decir?

Cuando no respondió, sentí que era porque se sentía avergonzada de lo que su hermano se había convertido, y no presioné.

—Katie, ¿recuerdas lo cercanas que fuimos alguna vez?

—Claro que sí. Tú, Jennifer y yo solíamos hacer todo juntas. Pero luego, te desapareciste cuando dejaste a mi hermano.

—No lo tomes a mal.

—¿Conociendo a mi hermano ahora? Lo creo.

—¿Qué quieres decir?

—Digamos simplemente que es una larga historia. Pero tengo que preguntar, ¿por qué me estás llamando a estas horas de la noche? Ha pasado mucho tiempo, Lisa. Tengo entendido que tu ruptura con Kevin fue horrible, pero pensé que tú y yo estábamos lo suficientemente unidas como para superarlo.

—Yo era una niña cuando eso terminó. Tu hermano se había vuelto abusivo. Y, después de lo que me hizo, no quise saber más de él ni de su vida. Lamentó haberte lastimado, Katie. Nunca fue mi intención. Pero para poder levantar cabeza, necesitaba cortar todos los lazos con él.

—¿Kevin te lastimó?

—Sí, lo hizo.

—¿Cómo?

—Al principio, fue una agresión verbal. Pero luego, una noche, yo estaba segura de que me iba a violar.

—¿Lo hizo?

—Si hubiera tenido la oportunidad, lo habría hecho. La noche que rompí con él, estábamos en un motel. Él estaba bebiendo. Había estado bebiendo regularmente por más de un año en ese momento, sus amigos siempre le

conseguían todo el trago que quería. Y cuando bebía, se volvía agresivo verbalmente. Yo no podía soportarlo más. Le dije que todo se había acabado entre nosotros. Él ya estaba ebrio en ese momento y me dijo que me retractara. Si no lo hacía, dijo que me violaría. Me levanté para irme, pero él me siguió. Me agarró del pelo por detrás, me tiró en la cama y me golpeó en la cara. Me tomó un minuto recuperar mi compostura, pero cuando lo hice, le di un rodillazo en las pelotas y me largué de ahí.

—No tenía idea —dijo—. Lo siento mucho. Desearía poder decir que estoy sorprendida de que Kevin te hubiera hecho eso, pero no lo estoy. ¿Sabías que lo acusaron y lo condenaron por violación hace unos años?

—No, no sabía.

—Estuvo seis meses en prisión por eso.

—¿Sólo seis meses?

—Sólo seis meses.

—¿Eso es todo lo que vale una mujer?

—Aparentemente. Mira, no sé por qué me has llamado esta noche, pero mi hermano no es la persona que yo creí que era. Ha estado alejado de la familia por más de cuatro años. Es un borracho, un violador y un drogadicto. No tenemos manera de contactarlo. No puede pagar un teléfono celular y lo cancelaron hace más de dos años. Creo que vive en las calles, al menos eso fue lo que me dijo la última vez que hablamos. Él se fue de nuestras vidas. Dices que me estás llamando por él. ¿Lo has visto?

—Lo vi esta noche.

Hubo un silencio. —¿En Manhattan?

—Sí.

—No lo puedo creer. ¿Qué pasó?

Lo conté todo, desde que lo encontré cuando estaba tomando una foto de mi cartel publicitario en Times Square hasta cuando me persiguió en un taxi.

—¿Eres una autora de best sellers?

—Dejemos para hablar de eso en otra oportunidad.

—Lo siento, claro. Debes de estar aterrorizada —dijo.

—Lo estaba. Lo estoy.

—¿Estaba borracho?

—Podía sentir el olor a alcohol en su aliento. Me exigía dinero para comprar metanfetaminas.

—¿Qué le ha pasado...?

—No lo sé.

—¿Cómo se veía?

—Parecía como si hubiera envejecido, como si tuviera cuarenta años. Un

pelo enmarañado, oscuro, largo. La barba sin afeitar. Olía a mil demonios. Y luego me amenazó.

—¿Cómo te amenazó?

No quería revelar el verdadero delito que Kevin había cometido conmigo, pero no me quedaba otra opción. Si alguien me podía ayudar en esta situación, era Katie. Así que me sinceré con ella. —Durante nuestro primer año juntos, Kevin y yo solíamos ir al Motel 6 en Bangor. Ahí era donde hacíamos el amor, si puedes llamarlo así ahora. Por desgracia, fue ahí también donde él me tomó varias fotos desnuda sin mi consentimiento, cuando dormía. Según él, todavía las tiene y planea chantajearme con ellas. Mi pregunta es simple, cuando Kevin se fue de Maine, ¿se llevó algunas de sus pertenencias?

—No realmente —dijo—. Yo estaba ahí cuando llenó una maleta con ropa, tomó el autobús desde Bangor y fue directamente a Manhattan.

—¿Dejó un computador?

—De hecho, sí.

—Las fotos que me tomó eran digitales. Creo que las tomó con su iPhone. Me pregunto si las pasaría a su computador y si hay alguna manera de que puedas averiguarlo.

—Mis padres limpiaron su habitación hace unos años. Estaban sentados por su comportamiento y luego se pusieron furiosos cuando se negó a buscar ayuda. Creo que sus problemas van más allá del licor y las metanfetaminas, Lisa. Creo que Kevin está enfermo mentalmente. Hasta qué punto, no lo sé. Pero mucho más allá de sus adicciones, creo que es peligroso. Tienes que tener cuidado con él.

—Me acuerdo de ese iPhone —dije—. Él tenía la primera versión que salió.

—Así era. Y a menos que lo haya tirado o vendido para comprar droga, todavía lo debe tener. Las fotos deben estar en ese teléfono.

—¿Tus padres botaron todo?

—Se deshicieron de todo, hasta del computador. Sé que eso es lo que te preocupa. Pero yo les ayudé, y estoy segura de que el computador ya no está. Mis padres no se encargaron de esto. Si las fotos estaban guardadas ahí, es posible que estés a salvo, eso ya desapareció. Pero si él todavía tiene su teléfono, por cualquier motivo, aún podrían estar ahí.

—Eso es lo que me preocupa.

—No estoy tan segura de que debieras. ¿Para qué guardar un teléfono después de todos estos años? Él es un adicto. Seguramente, ya lo debe haber vendido.

—El problema es que no podemos estar seguras. Y no estoy en una situación como para correr esos riesgos. Si las tiene, me podría arruinar con ellas.

—Si es de alguna ayuda, podría mandarte por correo electrónico una foto suya. Es vieja, pero algo es algo. Él no está bien. Es impredecible. Odio decir esto de mi propio hermano, pero es verdad, es un problema. Podrías darle la foto a la policía. Podrían encontrarlo.

—¿Cuándo fue tomada?

—Cuando tenía unos diecinueve años.

—No serviría para nada. Kevin no se parece en nada a el que era, Katie. Casi no lo reconozco. Es otro hombre. Ha vivido en las calles durante mucho tiempo. Imagínate cómo se ve ahora. Es otra persona.

Se quedó callada por un momento y con ese silencio pude sentir su pena, su ira y su confusión. Le tomó un tiempo, pero se recompuso.

—Si le puedes dar a la policía una descripción detallada de cómo se ve ahora, ellos tienen la tecnología para usar la foto y transformarla a cómo se ve Kevin en este momento. Cualquiera que haya visto la serie ‘CSI’ lo sabe.

Era un punto excelente, había visto esa tecnología en películas y series de televisión. Por supuesto que la policía podía hacer eso. Tuve la impresión de que Tank también podía hacerlo y que querría una foto para él mismo por ese mismo motivo. Le di mi dirección electrónica y le pedí que me enviara la foto lo más pronto posible.

—Tienes que tener mucho cuidado —me dijo antes de colgar.

—Me ha estado siguiendo, ¿sabes? Dijo que sabía dónde vivía.

—¿Por qué no me lo mencionaste antes?

—¿Después de lo de esta noche? Digamos simplemente que tengo la cabeza en otra parte.

—Estás en peligro. Me dijiste que eras escritora y que hay un cartel publicitario tuyo en Times Square. Asumo que tienes dinero.

—Todavía no, pero lo tendré.

—Está atrás de ti por eso. Tienes que hacer algo.

—La foto me ayudará.

—Te la envío mañana. Mientras tanto, cuídate. Y, por favor, sigamos en contacto. Me preocuparé muchísimo si no recibo noticias tuyas, ¿de acuerdo? Así que, por favor, prométeme que me llamarás cuando todo esto haya terminado.

—Te lo prometo —dije—.



## CAPÍTULO TRES

Cuando colgué de hablar con Katie, eran apenas las once de la noche, y por más que quisiera hablar con Tank en ese momento, sabía que no podía. Jennifer, Alex y él estaban aún volando. Tenía que esperar aun por lo menos tres horas, hasta que aterrizaran en Los Angeles para poder llamarlo, lo que, francamente, me mataba.

*A menos que use Skype, pensé. Tienen Internet en el avión. Podría usar Skype...*

Pero preferí no hacerlo. Todo lo que tenía que decir era sólo entre Tank y yo, al menos por ahora. No quería distraer a Alex y Jennifer antes de que aterrizaran en Singapur. Estaban ahí para hacer negocios, con suerte, para cerrar un trato, no para preocuparse por mí. Así que, hasta que llegara el momento, debía mantenerlos alejados de esto. ¿En cuanto a Tank? Tank era alguien a quien siempre debía decirle la verdad. Necesitaba que llegara a Los Angeles para que pudiéramos hablar a solas, sin que nadie más escuchara nuestra conversación.

Fui a la cocina y me preparé un Martini. Me sentía exhausta, pero más que nada, después de todo lo que había ocurrido esta noche, con todos los giros inesperados e inquietantes, estaba realmente preocupada. Estaba asustada por las amenazas de Kevin, estaba furiosa porque no había nada que pudiera hacer con respecto a ellas o a Kevin, y me sentía traicionada por alguien a quien alguna vez amé. Todo eso me aturdía.

Pensé en llamar a Blackwell, pero no sabía a qué hora se acostaba, así que decidí no molestarla. Mezclé el vodka con el hielo y serví el Martini en una copa helada. En ese momento, me di cuenta de lo sola que estaba. En ese momento, no había nadie cerca con quien pudiera hablar, lo cual era una sensación extraña para mí.

No estaba segura de haberme sentido así de sola antes. Por lo menos, Jennifer siempre había estado ahí para mí. En este instante, la necesitaba, o mejor aún, necesitaba a mi novio, pero los dos estaban lejos. Una parte de mí quería llorar por lo intensa que había sido esa noche, pero me negaba a dejarme llevar por esa emoción. Llorar no solucionaría nada. Lo que necesitaba hacer era

sentarme, tomar mi Martini y pensar. A esas alturas, estaba tan agotada que ya sabía que iba a pasar una noche en vela.

Entonces pasé a la sala de estar, me quité los tacones y me senté en uno de los sofás. Luego, con el Martini cerca de los labios, reflexioné sobre la absurda noche que había dejado atrás.

Pensé en la discusión con Marco Boss y la mirada de rabia en su cara cuando me arrancó el bolso de las manos. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué se había irritado, sin ningún motivo? ¿Era por los tragos? Dios sabe que había tomado lo suficiente. Pero luego estaba su ego, que Julian West y la colega de Boss de la editorial, Helen Young, le habían herido. Peor aún, lo dejé solo porque ni muerta permitiría que me tratara mal. Y más tarde, cuando me sentí amenazada por él, llamé a la policía para denunciarlo. Me preguntaba qué surgiría de todo esto. Blackwell había dicho que no toleraría ningún tipo de abuso, tampoco Alex. Ella me dijo que Alex le había dado una última oportunidad a Boss para que se pusiera de acuerdo conmigo. ¿Si no lo hacía? Lo despediría.

Si algo sabía acerca de Alex, era que no se andaba con rodeos. Tampoco Blackwell. Al día siguiente, cuando le contara a Blackwell lo sucedido esa noche, sabía que Boss perdería su trabajo. Su agresión física al arrancarme el bolso de la mano se pasó de tantas rayas que ya no confiaba en él ni quería tenerlo cerca.

El hombre obviamente tenía un problema.

*Y cuando él se haya ido, ¿entonces qué? Pensé. ¿Un nuevo editor? Por supuesto. Pero ¿quién sería? ¿Y qué tal si detestaba mi libro? ¿Entonces qué? ¿Otra vez volverlo a escribir, sólo que esta vez con sus propias directrices y perspectivas? Tendría que echar a la basura lo que ya había hecho para Marco y empezar desde el principio.*

Entonces se me pasó una idea por la cabeza.

*Todo depende de Julian West y de lo que él le diga a Alex, si realmente lo llama. Si West sigue interesado en mi libro, si quiere hacer una película para llevarlo al cine, yo podría simplemente ganar esto. Mi libro no es perfecto, lejos de eso. Vaya uno a saber todo lo que le falta. Lo único que quiero es mantener la esencia lo más parecida posible a lo que yo imaginé si esto fuera posible.*

Bebí de mi trago y lo puse sobre la mesa enfrente de mí. Mis pensamientos pasaron a Kevin. Pensé en cómo se veía de distinto y lo cruel que había estado conmigo. Luego, recordé la persecución en el auto que se había desatado porque me negué a darle dinero para comprar drogas. La idea de que pudiera tener fotos de mí desnuda era devastadora. Y ¿si las tenía? ¿Entonces qué? ¿Qué tanto afectaría mi carrera? Obviamente, la mandarían al diablo. Pero eso no era lo que realmente me preocupaba. Lo que me molestaba era cómo esas fotos afectarían

mi relación con Tank. ¿Cómo me vería cuando le contara todo esto?

Tank era antes que nada conservador. El sólo pensar en cómo reaccionaría me retorcía el estómago.

Pero tenía que ser sincera con él acerca de esto. No le ocultaría nada, aunque esas fotos mías, claramente, fueron tomadas cuando estaba dormida, no podía dejar de preocuparme de cómo reaccionaría Tank cuando se enterara de su existencia.

*¿Me juzgaría por eso? Me preguntaba. Estaba dormida cuando las tomaron. Obviamente, las tomaron sin mi consentimiento. Esa es la verdad.*

*Pero, ¿y si no me cree?*

Me detuve un momento. ¿Qué estaba haciendo? Cerré los ojos y tomé aliento, sabía que me estaba adelantando. Tank no me juzgaría ni desconfiaría de mí. Ese no era él. Él sólo me apoyaría. Me podía sentar en la sala e imaginarme un hervidero de ¿qué pasaría si?, pero ¿de qué serviría? Tenía que controlarme.

También tenía que trabajar en mi libro. No sabía a ciencia cierta lo que pasaría con Marco Boss después de esa noche, pero seguía estando bajo contrato, y tenía un tiempo limitado para producir el libro que quería. Como estaba despierta de todos modos, llevé mi Martini para la alcoba, prendí mi Mac y me puse una pantaloneta y una camiseta. Luego miré sus correcciones y me puse a trabajar.

## CAPÍTULO CUATRO

Era apenas pasada la medianoche cuando Tank llamó. Cuando vi su nombre brillar en mi iPhone, tuve una sensación de alivio y miedo.

—¿Llegaste bien? —Pregunté cuando contesté el teléfono.

—Estamos recargando combustible ahora. Debemos estar despegando en más o menos una hora.

—Te extraño.

—Yo también te extraño.

—¿Cómo están Jennifer y Alex?

—Jennifer está investigando un poco. Alex está en el computador preparándose para mañana.

—Parece que todo está bien.

—¿Cómo estuvo tu noche? ¿Voy a ver pronto tu libro en la pantalla grande? Como sólo tenía una hora para hablar con él, no iba a andar con rodeos.

—Digamos que esta noche fue un desastre —dije.

Su voz se volvió más profunda. —¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

—¿Qué ocurrió?

Le conté todo, comenzando por la forma en que Boss había agarrado mi mano cuando nos bajamos de la limosina y docenas de fotógrafos capturaron la escena.

—Espera ver eso pronto en algún periódico o blog.

—Lo hizo a propósito —dijo Tank.

—Claro que sí. Cuando caí en cuenta de lo que había hecho, me deshice de él y entré. Pero ya el daño estaba hecho.

—No te preocupes por eso —dijo.

—De hecho, es lo que menos me preocupa.

Dudó antes de decir: —Continúa.

Le conté lo de nuestra reunión con Julian West, cuán emocionado estaba con mi libro y cómo, ya que él estaba dispuesto a hacer una oferta por millones de dólares, decidí que tenía que decirle la verdad sobre cómo el libro estaba en un

proceso de ser totalmente reescrito.

—¿Millones? —dijo Tank.

—Así es. Boss se quedó ahí sin decir nada acerca de los cambios propuestos. Se quedó callado, más que dispuesto a engañar a West con tal de conseguir el contrato. Pero yo no hago tratos con engaño. Estaba perdida si permitía que Julián comprara un libro mío que estaba a punto de convertirse en algo radicalmente diferente a lo que él había leído.

—Te felicito. Pero déjame adivinar, eso cabreó a Boss.

—No sólo por mi causa. West también le dijo lo suyo. Esto fue después de que Boss se hubiera tomado tres Martinis en los cuarenta y cinco minutos que llevábamos ahí. Se bebió el último justo antes de que fuéramos a hablar con Julian. Eso son como nueve medidas de vodka en menos de una hora. Yo entiendo que Boss es del tamaño de una montaña, pero pocos pueden consumir tanto alcohol y no sentir nada.

—Él es más o menos tan grande como yo. Yo no podría tomar todos esos tragos en tan corto tiempo sin sentir algo. ¿Estaba borracho?

—No llegó a ese punto.

—Entonces, ¿hasta cierto punto? Explícame.

—Julian le dijo que no estaba interesado en comprar los derechos de mi libro si se le estaban haciendo cambios sustanciales, tú sabes, como mandar al diablo la historia. Entonces, cuando Julián se alejó, Boss se lanzó contra mí. Dijo que yo había manipulado la situación para mantener mi libro como estaba. Le dije que yo tenía un contrato para entregarle el libro que él quería y que estaba en el proceso de hacerlo. Después le dije que yo no le decía mentiras a nadie, incluyendo mentiras por omisión, con lo que él aparentemente no tenía problema. Entonces, se la devolví. Intercambiamos unas cuantas palabras, y luego se vino directo a la yugular y me dijo que tenía que ser una mejor escritora. En ese punto, ya no podía más con él. Estaba por irme cuando Helen Young, la editora principal de Hachet House, me detuvo. Me dijo que había estado a punto de hacer una oferta por mi libro antes de que Wenn se le apropiara. Le dije que Marco tenía planes de cambiarlo completamente y, como ella había disfrutado tanto el libro, lo encaró en público, lo que aumentó aún más su ira.

Tank se quedó callado por un momento. —¿Qué quieres decir con que aumentó aún más? ¿Te hizo algo?

—Me siguió hasta la calle, pero lo ignoré porque ya estaba harta de él y sus mentiras. Llamé un taxi aun cuando Marco me pidió que entrara en la limusina que nos estaba esperando en la acera. Seguí dándole la espalda, lo que aparentemente lo enfureció lo suficiente como para arrancarme el bolso de la

mano.

—¿Qué hizo?

—Sólo para aclarar, no me pegó. ¿De acuerdo? Me arrancó el bolso que cayó en la calle. De todas formas, podía ver la furia en su cara y no tenía idea de lo que me haría después. Entonces fue cuando le dije que se largara. Le dije que estaba borracho, lo que negó a pesar de tambalearse en la acera. Llamé a la policía, delante de sus narices, cuando rehusó irse porque, en ese momento, me sentí amenazada.

—Pagaré por lo que te hizo.

Por el tono de la voz de Tank, no tuve dudas de que, de alguna manera, Marco Boss pagaría por aquello, probablemente con su trabajo. O tal vez con una visita del mismo Tank. Y así tenía que ser. Boss se había pasado muchas rayas esa noche. Tank trabajaba para Wenn. Le reportaba a Alex. No podía imaginarme lo que iban a decir Tank y Alex cuando colgáramos.

—Le voy a contar a Alex todo esto —dijo Tank.

—Me parece bien. Boss se lo merece. Nadie tiene derecho a hacer lo que él me hizo a mí esta noche. Tengo la sensación de que Alex recibirá pronto una llamada de Julian West.

—Lo que necesito saber es si estás bien.

Y ahí estaba la pregunta difícil de la noche, porque lo que Tank no sabía fue lo que vino después, cuando me encontré con Kevin en Times Square.

—Digamos simplemente que la noche sólo empeoró —dije—. Y de un modo que nunca lo hubiera esperado.

—¿Qué quiere decir eso?

Le conté cómo fui a mirar mi cartel publicitario en Times Square y lo que había sucedido cuando llegué a tomarle las fotos.

Pasó un momento antes de que Tank hablara. —Me dijiste que tuviste dos novios antes de mí. ¿Cuál de los dos es Kevin?

—Mi primer novio. Yo tenía diecisiete años cuando comenzamos a salir y dieciocho cuando rompí con él.

—¿Y dio la casualidad de que él estaba ahí esta noche?

—Sí. Yo estaba tan perturbada por la conversación con Boss que no quise ir a casa directamente. Así que le dije al conductor que me llevara a Times Square. Quería ver mi cartel publicitario. Quería ver algo bueno. Había apenas comenzado a tomar fotos cuando Kevin gritó mi nombre.

—No puede ser una coincidencia.

—De hecho, aunque suene muy raro, creo que sí. Todavía era temprano en la noche cuando lo vi. Parece que le mostró el anuncio del *Times* a un amigo suyo y le dijo que alguna vez habíamos estado muy unidos. Cuando el hombre

reconoció que era la misma publicidad que estaba en Times Square, le contó a Kevin y le sugirió que fuera a verla. Tanto el anuncio en el Times como el cartel se lanzaron justo hoy. Si hubieran pasado una semana o un mes y de pronto me encontrara con Kevin, entonces sin ninguna duda, no hubiera sido una coincidencia. Pero este no es el caso. De nuevo, los anuncios acaban de salir hoy. Creo que fue una coincidencia.

—Tal vez —dijo—. ¿Qué más ocurrió?

—Es más como qué no sucedió. Aparentemente Kevin está sin techo, es un drogadicto y un alcohólico. Parece que tuviera cuarenta años en lugar de veinticinco.

—¿Cómo supiste que está sin techo?

—Me lo dijo.

—¿Te sentiste amenazada?

—No en ese momento, estaba demasiado sorprendida de que estuviera parado delante de mí preguntándome por qué no podíamos estar enamorados de nuevo. Cuando le dije que eso no iba a suceder, dijo que sabía que yo estaba saliendo con alguien y que las relaciones terminaban de un día para otro. Cuando le pregunté cómo sabía que estaba saliendo con alguien, me dijo que me había visto contigo. Dijo que andaba por ahí. Luego admitió que me seguía y, francamente, eso me aterrorizó. Discutimos por unos minutos en la mediana y entonces, traté de llamar un taxi para escaparme de él. Fue en ese momento que me amenazó.

—¿Con qué?

Estaba tan incómoda que no quería contarle. Pero tenía que hacerlo. Tank se merecía la verdad, sin importar cuán humillante fuera. —Cuando salíamos juntos, Kevin me tomó unas fotos mientras dormía. Estaba desnuda. No tenía ni el derecho ni el consentimiento para hacerlo. Se aprovechó de que estaba dormida. Ahora dice que todavía tiene esas fotos y, si no le doy un millón de dólares por ellas, las va a sacar a la luz pública el mismo día que salga mi libro.

Su voz era amable cuando habló. —No sé qué decir, Lisa.

Cerré los ojos. ¿Qué quería decir eso? *Simplemente di algo.*

—Aparte de eso, lo lamento —dijo—. Nadie debería haberte hecho eso. Siento mucho que te haya sucedido a ti.

—Gracias —dije—. —No sabes lo que eso significa para mí. No quería decírtelo, pero tenía que hacerlo. No hay secretos entre nosotros. Nunca los habrá. Pero decírtelo era humillante. No quiero que cambie lo que sientes por mí.

—¿Por qué habría de cambiar? ¿Porque un inadaptado se aprovechó de ti? Nada de lo que te ocurrió fue por tu culpa. Confiaste en él. Él te jodió. Ahora, está intentando hacerlo de nuevo. Si algo estoy, es furioso.

—Te amo tanto —dije.

—Tú ya sabes lo que siento por ti. Tu deseo de ser franca sólo me hace amarte más.

Y yo sabía por qué, la última relación de Tank había terminado porque su ex novia lo había engañado. Esto lo había destrozado y seguía teniendo problemas de confianza por culpa de eso. Nos tomó meses superarlos, meses para finalmente ser una pareja, pero ya estábamos más allá de eso y yo planeaba poner todo de mi parte para mantenernos ahí. Lo amaba plenamente.

—Tenemos que concentrarnos —dijo—. ¿Sabes si las fotos todavía existen?

—Esto es lo que sé. Cuando recién las tomé, recuerdo que me las mostró al día siguiente. Traté de quitarle el iPhone, pero me dijo que me tranquilizara. Dijo que las iba a borrar. Yo estaba enamorada de él en ese momento, o al menos eso creía, y pensé que lo que había hecho era sólo una broma de mal gusto y que las borraría. Pero al mirar hacia atrás, eso fue sólo la reacción de una estúpida chica de diecisiete años que estaba dispuesta a confiar en alguien que nunca pensó le haría daño o la traicionaría. La pregunta en este momento es si realmente conserva esas fotos. Esta noche, llamé a su hermana, Katie, y le conté todo. No hay fotos más en la casa de la familia de Kevin desde que lo rechazaron y tiraron todas sus pertenencias. No quedó nada, ni siquiera su computador. La pregunta es si todavía tiene ese iPhone. Katie piensa que posiblemente lo vendió para comprar droga. Pienso que es una posibilidad, pero también tengo que decirte que no puedo estar segura.

Cuando hablé, se notaba la rabia en su voz. —Entonces lo averiguaré.

—¿Cómo? Vive en las calles. ¿Cómo lo vas a encontrar? —Entonces se me ocurrió una posible forma de ayudarlo—. Se me olvidaba, mañana por la mañana, Katie me va a enviar una foto de Kevin de cuando tenía diecinueve años. Me dijo que se la diera a la policía y les describiera cómo es en este momento, y que ellos podían sacar una composición exacta de cómo se ve ahora.

—Guarda esa foto para mí. Yo puedo hacer lo mismo con ella. No acudas a la policía.

—¿Por qué no?

—Porque yo me encargo de esto ahora. Nadie va a hacerte eso a ti en mi presencia y salirse con la suya. ¿Te hizo algo más?

—Sí. Me subí al taxi y me amenazó. No me dejó cerrar la puerta. Después de que le di un puño en los dedos, se inclinó sobre el coche y me dijo que me cubriera la espalda. Me dijo que yo no sabría cuándo volvería a aparecer, ni qué me haría cuando me hiciera algo. En ese momento, el conductor arrancó. Kevin tomó otro taxi y me persiguió hasta que el conductor de mi taxi lo perdió. Pero como Kevin dijo que sabe dónde vivo, tengo los nervios de punta. Quisiera que



estuvieras aquí, más de lo que te imaginas. Estoy tan avergonzada por esas fotos, Tank. Eso fue hace tantos años, que lo había olvidado. Pero pueden estar por ahí. Es una posibilidad. Tienes que saberlo.

—Él se aprovechó de ti cuando estabas en la situación más vulnerable. No vuelvas a pedirme disculpas por esas fotos. Es culpa de él, no tuya.

*Cielos, lo amo.*

—Esto es lo que vas a hacer —me dijo—. Esta noche, uno de mis hombres se quedará vigilando enfrente de tu edificio. Se llama Cutter. Es un buen tipo. Te llamará tan pronto llegue ahí, en más o menos treinta minutos. ¿Tú crees que yo soy grande? Espera a que lo veas. A donde vayas, él u otro miembro de mi grupo irá contigo. Tal vez Max, él es muy bueno. ¿Entendiste?

—En realidad es un alivio.

—Hasta que yo regrese a New York, Cutter va a ser tu mano derecha. Dile cuál es tu agenda y ya sea él u otro del equipo se asegurarán de que nunca estés sola. ¿Entendido?

—Sí.

—¿Cómo se ve Kevin ahora?

Se lo describí a Tank.

—¿Katie te manda la foto mañana por la mañana?

—Eso fue lo que me dijo.

—Si no la tienes por la mañana, llámala. Después, dásela a Cutter. Él te llevará para que conozcas al grupo, ellos te harán preguntas específicas que permitan crear una composición exacta de cómo es Kevin hoy en día. Lo mismo que hubiera hecho la policía. Si vamos a buscarlo, es fundamental que tengamos esa composición.

—¿Por qué no tan solo voy a la policía?

—Porque yo me quiero encargar de él. Pienso impartir otro tipo de justicia.

—Tank...

—Por favor, hazlo por mí.

—Pero no quiero que te metas en problemas.

—No pienso hacerlo.

—¿Cómo lo vas a encontrar? Hay millones de personas en esta ciudad. Nunca lo encontraremos.

—Lo *encontraremos* —dijo—. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque es un adicto a las metanfetaminas. Se nos revelará sin siquiera darse cuenta. Tengo mis métodos y debes confiar en mí. ¿Le has contado a Blackwell algo de esto?

—Todavía no. No sabía a qué hora se iba a la cama. Estaba pensando en

contárselo todo mañana por la mañana.

—Asegúrate de que entienda bien la situación en que estás con Boss y también con Kevin.

—Lo haré. Lo lamento mucho, Tank.

—¿Por qué te disculpas? Te pedí que no lo hicieras. Lo dije en serio. Esto no cambia nada entre nosotros.

—Es solo que...

—Lisa, yo estoy enamorado de ti. Te protegeré. Soy un ex SEAL. ¿Sabes lo que eso significa? ¿Sabes cómo me entrenaron? Espero que lo sepas, porque así es como soy. Buscar sujetos como Kevin es algo que llevo en la sangre, especialmente por alguien a quien amo. No te juzgo por nada de esto, tienes que saberlo. Recuerdo cómo era tener diecisiete años. ¿Quién diablos lo sabe todo a los diecisiete? Él te hizo eso a ti, no tú a él. Se aprovechó de ti y ahora quiere sacarte un buen millón de dólares. Eso no va a ocurrir mientras yo esté. ¿De acuerdo? No va a ocurrir.

Y esto fue todo. Había hecho lo correcto. Le había contado todo. Le había contado episodios de mi vida que había olvidado y no me juzgó por eso. Él me amaba. Era tan claro como la furia en su voz. Tenía que escucharlo ahora. Y confiar en él.

Y lo hice.

—Lamento que te haya ocurrido todo esto esta noche —dijo con una voz suave—. Y yo aquí pensando que esta iba a ser una de las mejores noches de tu vida. Me molesta que no lo haya sido para ti. Me molesta no poder estar a tu lado. Espero que lo sepas.

—Te puedo sentir desde aquí.

—Cutter estará allá en veinte minutos, tan pronto como lo llame. Llamaré también al portero para avisarle que hay un problema y que Cutter y los otros permanecerán ahí para asegurarse de que estás a salvo. Podré estar lejos de ti en distancia, pero no de corazón. Te protegeré de esto.

—Te amo, Tank.

—Yo te amo más.

—Hoy, antes de que te fueras, pensé que dos semanas sin ti serían interminables. Ahora sé que lo serán. No quiero parecer una novia ridícula, débil y dependiente, pero me siento así ahora.

—Te han amenazado. De hecho, ese desgraciado te persiguió esta noche. Espero que entiendas la diferencia con ser una novia ridícula, porque yo sí la entiendo, y tú no eres una. Cuando te despiertes mañana, ve a presentarte a Cutter. Si Katie te envió la foto, ponla en una unidad USB y entrégasela a él, si

no, llama a Katie y pídesela. Dile que la necesitas cuanto antes. Cuando la tengas, ve con Cutter a la Wenn. El grupo se hará cargo del resto. Con lo que recuerdas de la apariencia de Kevin ahora, elaboraremos una composición clara de él y la usaremos para buscarlo. ¿De acuerdo?

—Sé que es egoísta de mi parte, pero quisiera que estuvieras aquí conmigo ahora.

—Yo también quisiera. Más de lo que crees. Pero te puedo decir esto, estoy allí en espíritu. Estoy alrededor de ti. ¿Me sientes? Cierra los ojos e intenta sentirme.

Cerré los ojos e imaginé a Tank de pie detrás de mí, mientras yo estaba sentada en la computadora, y que me maten si no sentí el roce de sus manos en mis hombros. Estaba ahí conmigo. La conexión que teníamos no podía separarla el espacio.

—Te siento —dije—. Sí, te siento.

—Ve a dormir un poco.

—No voy a poder. Estoy demasiado tensa. Trabajaré en las correcciones de Boss y intentaré avanzar en el libro.

—Puede ser que mañana por la mañana Boss ya haya desaparecido de tu vida.

—No me molestaría, pero entonces tendría que lidiar con un nuevo editor y todos sus deseos para el libro.

—Intenta dormir —dijo—. Veré si puedo encargarme de eso también.

## CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, me desperté sobresaltada y me hallé recostada en la silla de mi escritorio con las manos reposando sobre mi estómago. ¿Qué me despertó? Fue un ruido, y supe inmediatamente de qué se trataba. Parece que había resoplado tan fuerte en mi sueño que yo misma me desperté.

*Con estilo, pensé.*

En algún momento de la noche, debí haberme reclinado, cerrado los ojos y caído dormida. Miré al cielo raso por un momento. Luego, me refregué los ojos y los entrecerré para recorrer la habitación, brillante por el rayo de sol que entraba por la ventana a mi izquierda. Mi cabeza estaba tan atiborrada con pensamientos de todo lo que había pasado la noche anterior que me sentía como atontada.

*Un café, pensé. No, un espresso.* Estaba a punto de pararme cuando recordé mi conversación con Tank. Me había pedido específicamente esa foto de Kevin y no podía defraudarlo. Entonces, me senté de nuevo, recobré la calma, desperté mi computadora de su hibernación y me puse a eso.

Revisé mi correo electrónico para ver si Katie me había enviado la foto y me sorprendió que efectivamente lo había hecho. La abrí, y la persona que vi que me sonreía me produjo un shock. Este Kevin no se parecía en nada al hombre que había visto anoche. Solo habían pasado seis años desde que tomaron esta foto, pero ahora, por la forma en que había escogido vivir, parecía unos quince años más viejo.

Metí la mano en el cajón de mi escritorio, saqué una unidad USB, la introduje en una de las ranuras del teclado y guardé la foto ahí. En ese momento timbró mi teléfono. Miré la pantalla con la esperanza de que fuera Tank, pero era Blackwell. Ojalá hubiera sido Tank, pero tomaría la llamada de Blackwell. Respondí.

—Bárbara —dije.

Había preocupación en su voz cuando dijo: —¿Cómo estás?

—¿Ha hablado con alguien de lo que pasó anoche?

—Alex me llamó después de que Tank hablara con él. Lo sé todo. Lo

lamento. Nada de esto te debería haber sucedido a ti, comenzando por las payasadas del borracho de Marco Boss hasta las amenazas de tu ex novio, abiertamente en Times Square, nada menos. ¿Podemos encontrarnos a las nueve en Wenn?

—¿Qué hora es ahora?

—Seis y media.

—Por supuesto que puedo. ¿Cuál es el problema?

—Las cosas tienden a perderse por el camino cuando pasan de una persona a otra. Quiero escuchar tu versión de todo esto, directamente de ti, así podré entender exactamente lo que sucedió. Cutter te está esperando abajo. No lo conoces todavía pero no te vas a confundir. Es un gigante, pero uno amable. Te va a agradar. Toma una ducha y un café. Nos vemos en mi oficina a las nueve.

—¿A qué hora aterrizan ellos en Singapur?

—Alrededor de las seis y treinta esta tarde. Han estado volando toda la noche. Es un vuelo de dieciocho horas desde Los Angeles. Les faltan todavía doce horas.

Después de haber visto a Kevin anoche, ansiaba hablar con Jennifer, a quien nunca le había agradado él. *¿Qué me irá decir cuando le cuente esta historia...?*

—Ahí estaré a las nueve —dije—.

Cuando colgué el teléfono, me di cuenta de cuánto deseaba ver a Jennifer. Ella me daría la perspectiva que necesitaba. Eché la silla hacia atrás y entré corriendo al baño donde me duché y luego me arreglé el pelo, lo suficientemente suelto como para que se ondulara en mis hombros. Me puse un poco de maquillaje, mis jeans oscuros favoritos y una blusa de seda blanca. Completé mi atuendo con un cinturón de cota de malla y unos espectaculares tacones Dior. Luego, después de ponerme el abrigo de cachemir que Blackwell me había comprado, me faltaba hacer una última cosa.

Y la hice.

\* \* \*

Llegué al vestíbulo con dos tazas humeantes de espresso en las manos. No sabía cómo le gustaba a Cutter, así que me arriesgué y lo hice como más les gusta a ellos, con una buena dosis de azúcar para suavizar lo amargo.

Como Tank y Blackwell habían prometido, era imposible confundirlo.

Cuando atravesé el vestíbulo, mis tacones golpeaban con determinación. Él estaba de pie, haciendo guardia en la entrada y, aunque fuera increíble, era aun

más alto que Tank o Boss. ¿De dónde provenía esa gente? ¿De otro planeta? Nunca antes había visto unos hombres tan grandes o tan fornidos. O tan apuestos. Cutter llevaba un traje negro con corbata azul, y encima un largo abrigo de invierno negro. Tenía pelo negro ondulado, y después de permanecer parado aquí toda la noche, algo de barba sin afeitarse. Cuando se volvió hacia mí, se enderezó.

—Señorita Ward —dijo.

—Por favor —dije mientras me acercaba—. Llámame Lisa. ¿Eres Cutter?

—Sí.

—Has estado aquí afuera toda la noche. No sabes cuánto te lo agradezco. Te deben estar doliendo los pies y debes estar aburrido como un demonio. Te daría la mano, pero como puedes ver, están ocupadas. ¿Quieres un espresso? Traje uno para ti. Pensé que cada uno podría tener una buena inyección de cafeína antes de ir a Wenn.

—Gracias —dijo, cogiendo una de las tazas—. Lo necesito.

—¿No te ofreció el portero un café?

No respondió.

—Me ocuparé de eso hoy mismo —dije—. Me gustaría que me hubieras llamado. Te hubiera traído yo misma una jarra.

—Te agradezco, pero no es un problema realmente. Estoy bien.

¿Habría una voz más grave en el planeta? Pensé que la voz de Tank era grave. Luego conocí a Marco Boss cuya voz sobrepasó la de Tank. Ahora Cutter les ganó a ambos. Se oía como si su voz saliera del hueco de un barril profundo.

—¿A los hombres como tú los crían en una granja? —pregunté.

Me miró asombrado. —¿Nos crían dónde?

—Una granja. Tank es el ser humano más grande que he conocido. Después alguien más entró en escena y tomó la corona. Seguramente tú sabes quién es, pero no voy a mencionar su nombre. Pero tú, Cutter, te llevas el premio.

Me sonrió. —Hay unos cuantos tipos como nosotros por ahí.

—Tal vez en la lucha libre, pero ¿quién iba a pensar que algunos de ustedes tenían otras profesiones? ¿Cuánto mides?

—Dos metros diez.

—¿Y encuentras ropa de tu talla?

—Puede ser complicado. Digamos, simplemente, que por lo general recurro a un sastre.

—Yo también. Tengo que ajustar todo. Nada me queda bien, todo es siempre demasiado grande. Blackwell se burla de mí porque soy poca cosa.

—No en Times Square, no lo eres.

—Eso es porque me han ampliado más grande de lo que soy. Por cierto, puse

azúcar en tu espresso. No sabía cómo te gustaba, y decidí irme por lo tradicional. Pero ahora que te veo, creo que he debido traerte un espresso triple. Esto a duras penas va a hacerte efecto.

Tomó su bebida y sacudió la cabeza. — Estoy totalmente en desacuerdo, señora. Esto hará que comience mi día perfectamente.

—Por favor no me digas que parezco una señora para ti.

—No era lo que quería decir...

—Llámame Lisa simplemente, ¿OK? Tengo veinticinco años. Casi una niña. No estoy lista para que me llamen ‘señora’ por el momento. No sé si algún día lo estaré. Llámalo vanidad. Mejor, llámalo engaño. Pero no voy a hablar de eso ahora, especialmente si estamos a punto de ser buenos amigos. Así que somos Lisa y Cutter.

—Está bien —dijo—. Lisa y Cutter.

—Y por cierto, ¿de dónde sacaste el nombre de ‘Cutter’?

—De hecho, es mi segundo nombre.

—¿Cuál es tu primer nombre?

—Edward.

—Me gusta Edward. Pero tengo que decir que me gusta más Cutter.

—A mí también.

Tomé lo que quedaba de mi espresso y luego estiré la mano para recibirle su taza. —Blackwell me está esperando a las nueve —dijo—. Si le fallo a ella, le habré fallado al mundo occidental y me reprenderán por eso. Déjame darle estas tazas al portero que no te ofreció café. Las recogeré más tarde. Tenemos que salir de aquí ya o mi cabeza rodará.

—Tengo el coche esperando en la acera —dijo.

Cuando regresé con las manos vacías, busqué en los bolsillos de mi pantalón la unidad USB con la foto de Kevin. —Tank me pidió que te entregara esto.

—¿Esta es la foto de su ex?

—¿Ya lo sabes?

Él asintió. —Tenemos que hablar más tarde para que puedas darle al grupo una descripción completa de la persona que viste anoche.

—De acuerdo.

—¿Lista para irnos?

—Más que lista. Ella me matará si llego tarde.

Cutter me explicó rápidamente el protocolo que debía seguir. Luego salió a la acera, miró hacia arriba y abajo de la calle y me hizo señas para que lo siguiera. En cuestión de segundos, yo ya estaba en el auto y salíamos para Wenn.

\* \* \*

Cuando llegamos a la oficina de Blackwell en el piso cincuenta y uno, ella me echó un rápido vistazo, ladeando la cabeza para estudiar lo que yo había elegido vestir, mientras yo me quitaba el abrigo. Luego, buscó rápidamente a Cutter con la mirada.

—Fase dos —dijo.

—Por supuesto, señora.

—Por favor cierra la puerta al salir, Cutter. Gracias. Y gracias por cuidar de ella anoche. Vas a ver un incremento en tu salario por esto. No discutas —dijo cuando él comenzó a protestar—. Siempre quieres discutir conmigo cuando hay dinero extra de por medio y eso me vuelve sorda. Ahora, ve rápido. Te lo has ganado. Danos quince minutos y luego procede. Cuando lo hagas, te necesito a ti y a otro miembro del equipo de seguridad aquí. Tú sabes por qué.

—Sí señora.

Él cerró la puerta y yo miré a Blackwell, sin saber qué esperar después de esa conversación. Pensé que ella se veía más formidable que nunca. Su traje era negro, ajustado, a la última. Su pelo negro, usualmente estilo bob, tenía unas puntas levantadas y sugería un estilo agresivo y anguloso. Su piel parecía brillar desde su interior y el delineador y sombra de ojos estaban más pronunciados que nunca, pero sus labios eran lo verdaderamente especial, eran más que rojos. Lo único que le faltaba eran unas pinceladas grandes de pintura en las mejillas y parecía que estuviera a punto de ir a la guerra. Había una energía que salía de ella que yo no había sentido antes. Ella siempre había sido agresiva, pero lo que tenía ante mí era feroz. Parecía como un halcón listo para darse su primer banquete en semanas.

Su rostro se suavizó y ella se levantó de su silla, vino hacia mí, buscó mis manos y las tomó entre las suyas. —Me encanta, me encanta, me encanta lo que tienes puesto. Es tan de moda. Tan fabuloso. Lo habría completado con unas gafas de montura roja, pero tú posiblemente todavía no tienes cosas así. Bueno, las conseguiremos más tarde. Solo tú y yo, ¿de acuerdo? Será nuestra salida de la tarde. Por cierto, los tacones Dior me hicieron estremecer cuando los vi.

—Son los de Jennifer.

—No me importa de quién sean. Te los pusiste a propósito. Te los pusiste por mí, ¿sé que lo hiciste! Y te adoro por eso. Luces como una joven y pujante escritora lista para tomar el mundo por las pelotas.

Se apartó de mí y luego me evaluó—. Lamento lo de anoche. Más que todo por lo que ocurrió al principio y claro, por lo que pasó más tarde con tu ex. Pero



ya nos haremos cargo de cada uno de ellos pronto. —Me dio un beso en la mejilla, se sentó en su escritorio y levantó una ceja cuando me senté—. Si Jennifer tuviera tu sentido de la moda, no estaría envejeciendo tan rápido como lo estoy haciendo ahora.

—Oh, por favor. Se ve exactamente igual que cuando la conocí.

Blackwell me señaló con el dedo. —No te atrevas a mentirme. No ahora. Ni nunca.

—No estoy mintiendo.

—Entonces explícame esta pequeña línea junto a mi ojo derecho. —La señaló—. Esta. Esta que está aquí.

—¿Espera que la vea?

—Claro que sí.

—Bueno, pues no la veo.

—Entonces tenemos que llevarte al médico y que te formula lentes de verdad. Bifocales. No puedo tener una escritora ciega a mi cargo.

—Me está matando.

Cuando se inclinó hacia adelante, pude ver por la expresión de su rostro que las bromas habían terminado. —No tenemos mucho tiempo.

—¿Para qué?

No dijo nada. En cambio, se irguió en su silla. —Cuéntame exactamente, con tus propias palabras, lo que sucedió entre tú y Boss anoche. Antes de que pase algo, tengo que oírlo de tu boca antes.

*¿Antes de que pase algo...?* —¿Qué va a pasar?

—No seas tonta, ambas lo sabemos. Ahora, rápido. Escúpelo. Solo tenemos diez minutos.

Le conté todo.

—¿Entonces, él realmente te hizo eso? —dijo—. Al principio, no podía creerlo. ¿Cómo se comportaba él con Julian West?

—Estaba bien hasta que solté la noticia que el libro que West quería comprar iba a ser reescrito totalmente. Y luego Julian se fue contra él. Cuando Boss lo desafió, West solo alzó las manos y se fue. Él estaba dispuesto a hacer una oferta de millones de dólares. Creo que seguiría dispuesto a pagar ese monto, pero lo que nos hizo entender claramente a ambos era que lo haría solo si el libro que se publicaba conservaba su versión original, *no* la que Boss estaba proponiendo.

—¿Boss hizo algo cuando West se fue?

—Me reprimió. Me acusó de haberlo echado a los leones, lo cual es pura mierda.

—¿Por qué te dijo eso?

—Porque me niego a mentirle a nadie, Bárbara. Julian estaba entusiasmado

con mi libro y, sin embargo, Boss estaba tratando conscientemente de evitar hablarle de los cambios que estaban en camino. Yo sentí que Julin tenía todo el derecho de saber eso. Lo lamento si esto nos costó un contrato para una película, pero no tolero mentiras por omisión. Así soy yo.

—Hiciste lo correcto —dijo ella—. Conozco a West a través de Alex. Gracias a tu honestidad, creo que todavía tenemos una buena oportunidad de conseguir ese contrato.

—Pero ¿cómo? Tengo un contrato para entregar el libro que Boss quiere. Pero le puedo decir esto, después de la bronca de West, sé que tampoco es el libro que Boss quiere.

—No tenemos que preocuparnos más por eso.

—Claro que tenemos. Estoy bajo contrato.

Ella cogió su teléfono, y antes de marcar, dijo —Lo estás hasta un cierto punto, pero en este caso, con otro editor. Uno con una visión fresca. Uno con una visión que comparte contigo.

Oí que alguien hablaba en el teléfono y Blackwell subió las cejas. —

Margaret —dijo. —¿Está Boss afuera? ¿Sí? ¿Se ve malhumorado? ¿Carilargo? ¿Furioso? ¿Desconcertado? ¿Todas las anteriores? Ah, bueno. ¿Y tenemos seguridad a mano? ¿Están justo afuera? ¿Está Cutter con ellos? Divino. Estoy lista para la pelea. Y si conozco bien a ese hijo de puta, voy a necesitar a Cutter y al que esté con él para que se paren detrás de Boss. Así que, por favor, háganlo pasar. No veo la hora de ver cómo esto se viene abajo.

Colgó el teléfono.

—¿Lo va a despedir delante de mí? —dije.

—¿Qué piensas?

—¿No debería irme?

—¿Y perderte el espectáculo? Vamos, Lisa. Tú escribes a diario acerca de tener agallas. Ahora muéstrame que tú misma tienes algunas.

Y dicho esto, la puerta se abrió y apareció Boss. Tenía puestos unos jeans azul oscuro, una camisa blanca y una corbata azul. No lo había visto nunca con anteojos, pero ahora los llevaba: negros, angostos, elegantes. Tenía los brazos cruzados sobre su enorme pecho. Me miró desde su altura con franca hostilidad y luego miró fijamente a Blackwell.

Pasó un minuto sin que se dijeran nada entre ellos.

Y a partir de ahí todo empeoró.

## CAPÍTULO SEIS

—Marco —dijo Blackwell—. Qué bueno que nos acompañes. ¿Quieres un cóctel? ¿Tal vez un martini? He oído que disfrutas de unos cuantos en horas de oficina.

—¿De verdad, Bárbara? ¿Va a comenzar por ahí? Creo que la he visto tomarse los suyos en el pasado.

—Cierto, me has visto. Pero nunca hasta el punto de perder el control. O que no pudiera manejar lo que bebí, no soy descuidada. Nunca lo he sido. Nunca lo seré. No es mi estilo. Y si vamos al caso, yo tampoco amenazaría nunca físicamente a otra persona porque tuviera problemas de irritabilidad que aparentemente no puedo controlar. Eso es algo de lo que no me puedes culpar, Marco. Pero después de lo de anoche, Yo sí puedo inculparte de todo esto a ti. — Ella se recostó en su asiento—. A menos, claro, que quieras negar algo de eso.

—¿Qué tal si solo nos ocupamos de los hechos de anoche?

—Oh, los hechos —dijo ella dirigiéndome una mirada altiva—. Estamos a punto de escuchar los hechos, Lisa, ¿te puedes imaginar? Yo, por mi parte, me muero por oírlos...

—Primero, no se perdió ningún negocio por mi culpa. Si Julian West no aparece con ninguna propuesta para el libro de Ward, la puede culpar a ella. West estaba casi de acuerdo con llevar el libro al cine cuando esta abrió su boca y mandó todo al diablo. Segundo, yo tampoco soy descuidado. Usted sugiere que yo estaba borracho, estoy aquí para decirle que no lo estaba, y si usted cree lo contrario, háganos un favor y pruébelo. Tercero, yo nunca amenacé a nadie físicamente. Usted me conoce desde hace años, Bárbara. ¿De dónde demonios salió todo esto?

Y con esto, se me colmó la copa. Lo miré fijamente.

—¿De verdad te vas a parar ahí y vas a mentir en frente de mí? —pregunté.

—La única que está mintiendo aquí es usted, señorita.

Me levanté y lo confronté. Nadie me llamaba mentirosa, nunca. Podría no ser tan alta como él, pero mi furia era más grande, y en cierto modo, nos ponía al mismo nivel. Noté que Cutter y otro hombre se acercaban a nosotros, y me

arrepentí. Quería decirle a Boss unas cuatro verdades por mi cuenta sin sentir que necesitaba un respaldo. Pero ese era el trabajo de ellos. Lo entendía. Así que lo acepté.

—Vayamos al grano, princesita —dije—. Llamé a la policía anoche para denunciarte por un buen motivo. Hay registros de ese motivo. Tú me arrancaste la cartera de las manos y me sentí amenazada cuando lo hiciste. Eres tres veces mi tamaño, por el amor de Dios, ¿qué hubieras hecho después? ¿Golpearme?

—¿En serio? —preguntó.

—No te conozco, Marco. No sé de lo que eres capaz de hacer fuera de lo que he visto. Y después de anoche, lo que sí sé es que eres capaz de algún tipo de violencia.

Se movió para hablar, pero yo levanté un dedo y lo corté en seco. —No mientas. No lo hagas. En este momento, la verdad sobre lo que hiciste está escrita en tu cara, lo que en algunas culturas te sugerirían que guardaras ahora mismo. Ambos sabemos que lo hiciste. Le informé a la policía. Está registrado. Así que, no hagas mal las cosas, Marco. Antes de que me insultaras por no aceptar subirme a tu maldita limosina, estabas tambaleándote en la acera. Estabas enojado y disperso. Te veías enfurecido y fuera de tí. En ese momento, esos tres martinis te estaban golpeando duro y haciendo de las tuyas. Estabas borracho.

—Nunca me tomé tres martinis, Lisa.

—Oh, por favor, otra mentira. ¿Entonces, qué tal esto, Marco? Por tu tamaño y tu aspecto, eres un hombre difícil de olvidar. Me pregunto lo que nos respondería el camarero donde Julian si le preguntamos si recuerda haberte servido esos martinis anoche. Creo que hay una buena posibilidad de que lo recuerde, especialmente porque pedías uno tras otro. ¿Quieres correr ese riesgo? Con seguridad podemos acordar una cita y ver lo que dice el hombre. Pero ya sabemos lo que va a decir, ¿no? Tus mentiras te atraparían. Perderías. Y te verías aun más ridículo de lo que te ves ahora.

—Oh, vaya —dijo Blackwell con entusiasmo—. Ninguna novata, ella. —Alcanzó un vaso lleno de hielo que estaba a su lado, se echó un cubo a la boca y lo mordió con fuerza con un crujido—. El hielo es como mis palomitas de maíz y este es el acto central. Por favor, Lisa, continúa. En todo caso, esto es, después de todo, un final feliz.

Volví a dirigirme a Boss. —Finalmente, también le mentiste a Julian West, como él lo confirmará. Intentaste venderle mi libro sin mencionarle ni una vez que lo ibas a cambiar radicalmente. Yo no miento. Sentí que West merecía saber la verdad, aunque esto significara perder una propuesta de millones de dólares. El dinero no me importa mucho, Marco. Ser una persona honesta sí me importa,

lo que probablemente esté haciendo dar vueltas a esa cabezota suya. Julian se fue contra ti cuando se enteró de cuáles eran tus planes para el libro. Y ya que es amigo de Alex, creo que Julian estaría encantado de contar cómo ese pequeño intercambio entre ustedes dos se fue a pique. Recuerdo que fue tan desagradable como cortante, pero tal vez estabas demasiado borracho para recordarlo. Tengo que preguntártelo. Pero si hay un mentiroso en este salón, puedo asegurarte de que no soy yo. Eres tú.

—Bueno —dijo Blackwell aplaudiendo—. Fantástico.

—Como sea —dijo Boss—. Ella no puede probar nada de eso.

—De hecho, creo que ha trazado cómo probarlo todo. No es que realmente importe, Marco. Lisa estaba tan disgustada al final de la noche que le contó todo a su novio, Tank. Ella estaba enojada. Estaba todo tan fresco que cuando se lo contó salió como un torrente. Lo que ella te acaba de decir es exactamente igual a lo que le dijo a Tank, con quien he hablado. Por este lado no hay mentirosos. Ya he hablado con Alex también para saber qué pensaba de la situación, y hace un momento le pedí a Lisa que me contará todo tal y como lo recordaba. Todo lo que he escuchado es lo mismo, y me temo que nada de esto es bueno para ti, querido. Alex me dijo que evaluara la situación lo mejor posible y lo he hecho. Se acabó, Boss. Kaput. Terminado. ¿Capiche?

—¿Me está despidiendo?

Ella abrió los ojos. —Haces que suene tan definitivo —dijo poniéndose la mano sobre el pecho—. Haces que suene cómo si yo acabara de arruinar una carrera. —Y luego, con una brusquedad que me sorprendió, golpeó con el puño el escritorio, se inclinó hacia adelante y asintió con la cabeza. —Te *estamos* despidiendo. Nadie se comporta como tú lo hiciste y se sale con la suya. Hoy es tu último día en Wenn.

—¿Por qué motivo?

—¿Estás sordo? ¿O simplemente tonto? —ella miró arriba—. En este momento no sabría decir... y realmente no me importa. Si no has oído todas las razones por las cuales te están dando una patada en el culo en este momento, te sugiero que te consigas un intérprete y nos encontremos aquí más tarde. Digamos, ¿hacia las tres? Haremos un recuento de todo lo que has hecho, así puedes entenderlo correctamente. Después de todo, Wenn sigue la normativa para ayudar a personas con discapacidades.

—No tiene ninguna prueba, Blackwell.

—¿Entonces ahora soy Blackwell y no Bárbara? Cómo cambian de rápido las cosas. Qué rápido esas entrañas tuyas se vuelven heladas.

—Usted me tendió una trampa.

—Por favor dime cómo. ¿Alguna vez tú y yo nos hemos encontrado así?

Nunca. Esto es sobre tu desempeño laboral y tu comportamiento intimidante, que ninguno de nosotros tolerará. Si lo complicas más y nos arrastras al tribunal, encontrarán que no hay agendas escondidas entre nosotros. Y luego tomarán todo lo demás en cuenta. Esto no es personal, mi querido. Es profesional.

—Si usted me deja ir, la demandaré.

—¡Ay, mi pobre bloque de hormigón! te sugiero entonces que te consigas un abogado. Busca el mejor que puedas. Pero solo recuerda esto, si lo haces no vas a volver a trabajar en este pueblo. Alex te pondrá en la lista negra. Estarás acabado.

Ella extendió las manos ofreciendo ayuda de manera condescendiente. —Entonces, mi recomendación para ti es esta. —Agarró una caja de archivar documentos que estaba sobre la mesa detrás de ella y la sostuvo sobre sus piernas—. Tienes una hora para sacar de tu escritorio tus pertenencias. Esta caja servirá, no parece ser un hombre muy apegado a nada personal, con excepción quizá de una o dos costosas plumas Montblanc. Tú sabes, para poder marcar tus manuscritos con un gesto triunfal de importante tinta roja. Ya me puedo imaginar el gran gesto que haces cuando matas, digamos, algo tan corrosivo como un adjetivo.

—Si me van a despedir, Alexander Wenn puede hacerlo en persona.

Y Blackwell suspiró. —Nunca me entendiste o entendiste mi cargo, ¿no? O cuanto poder tengo aquí en Wenn. Eso fue arriesgado de tu parte, claro. No tomarse el tiempo para saber quién soy yo realmente en la organización, puede ser bastante devastador. El desplome de una carrera. Por ejemplo, ya que hemos estado charlando sobre empujarte hacia la salida, los de IT ya estuvieron en tu oficina, como un enjambre de avispas. En este momento, ya no tienes acceso a tu computador, ya te lo hemos quitado. Todo lo que hay ahí siempre ha sido propiedad de Wenn y ahora estamos seguros de que lo seguirá siendo. Después de todo, nos hemos asegurado de no dejar que actúes con resentimiento y te deshagas de archivos importantes, ¿verdad? Tú sabes, como trabajos en curso que probablemente tengas con algunos escritores de Wenn. Nunca dejaríamos que eso pasara. Ahora, otros editores en jefe se encargarán de esos proyectos. Editores más razonables y menos ególatras. Pero tú ya lo sabías. Puedo verlo en tu cara.

Cuando Boss habló, su voz sonó como si refunfuñara. —Donde quiera que aterrice, mis escritores me seguirán.

Blackwell me miró. —¡Qué terrible! Lisa, siento mucho que te vayas.

—Yo no me voy con él —dije.

—Tampoco los otros. Porque contractualmente, le pertenecen a Wenn, no a Marco. Pero tú sabes eso, Marco, entonces ¿por qué no publicarlos aquí hasta

que terminen el contrato y tengan la libertad de hacer lo que quieran?

—Ahora —ella siguió— una última cosa que debes saber antes de que te vayas, todas tus contraseñas han sido cambiadas. Ya no tienes acceso a tu cuenta de correo electrónico con Wenn ni a tu buzón de voz. Además, tu tarjeta de ingreso ha sido desactivada. —Ella le tiró la caja que le golpeó el pecho y cayó al suelo—. Tienes cero acceso a Wenn y yo no tengo tiempo para ti. Adiós, Marco. Y buena suerte.

—Váyase a la mierda —dijo.

—T. S. Elliot no podría haberlo dicho mejor.

—Arruinaré su reputación, Blackwell.

—Solo prométeme que harás lo mejor que puedas. Odio un esfuerzo a medias.

Cuando él se volvió a mí, lo que vi en sus ojos fue algo peligroso, una premonición. No era solo odio lo que vi. Era una tónica inquietante de revancha. —Nos veremos pronto, Ward. No creas que me voy a olvidar de esto. Lo pagarás. ello.

—¿Es esto una amenaza?

—Digamos que se suma a la lista de hechos que enumeré antes. Y cuando vaya tras de ti, no te darás cuenta. Pero dolerá.

—¿Oyeron eso muchachos? —dijo Blackwell al grupo de seguridad—. Esto fue claramente una amenaza y no lo toleraré. Acompañen inmediatamente al señor Boss afuera del edificio. Le enviaremos sus artículos personales al final del día. Si no se va tranquilamente, llamen a la policía y que lo arresten por invasión a propiedad privada.

Antes de que Boss pudiera decir algo, Cutter lo alejó de Blackwell y de mí y, con un escalofrió que sentí en mis huesos, vi a Marco Boss salir por el pasillo echando humo por las orejas. Se había ido, por lo menos por un tiempo, de nuestras vidas.

## CAPÍTULO SIETE

Por un momento, después de que nos quedamos solas, ni Blackwell ni yo dijimos una palabra. Sujeté los brazos de mi silla y tomé aliento para tratar de calmar mis nervios, pero no había forma de hacerlo.

Mi corazón latía a golpes después del altercado con Boss. Sentía un nudo terriblemente apretado en el estómago. Me sentía orgullosa de haber encontrado la fuerza para enfrentarme a él, pero yo no era así y estaba desconcertada por lo intenso que había sido el momento. Estaba especialmente preocupada por la amenaza de Boss y presentía que Blackwell también lo estaba.

Se levantó de su escritorio, recogió la caja que le había tirado a Marco, cerró la puerta de la oficina y se sentó, después de poner la caja en la mesa que tenía a su espalda. Se inclinó hacia adelante, puso los codos sobre el escritorio y luego se presionó la frente con los dedos y cerró los ojos.

La mayoría de la gente habría llegado al límite con lo que acababa de ocurrir, pero tuve que admitir que me sorprendió ver que Blackwell era una de esas personas. Ella siempre me había parecido tan fuerte, tan dispuesta a pelear. Un rato antes se veía muy resuelta a despedir a Boss, y como se defendió fue la personificación misma de la compostura, el cálculo y el control.

Pero ahora, la expresión de preocupación y fatiga en su rostro era palpable.

—¿Está bien? —le pregunté.

—No me gusta que te haya amenazado.

—¿Qué me podría hacer?

Se sentó con cansancio en sus ojos y luego movió la mano delante de su cara de una manera despectiva. —No nos preocupemos de eso en este momento. Esperemos a ver cómo acaba esto.

*¿Cómo acaba qué...?*

—Has tenido unas veinticuatro horas muy pesadas pero, al menos, un hijo de puta ha salido ya de tu vida. Si conozco bien a Tank, y lo conozco, del otro se van a hacer cargo cuando él regrese de Singapur. Ninguna de las dos sabemos cómo lo hará, pero encontrar a alguien como tu ex novio en una ciudad tan grande como Manhattan es la especialidad de Tank. Para eso fue entrenado y es



lo que hará cuando regrese a casa. Lo encontrará. Se las arreglará con él. Y luego, ojalá que sigamos adelante.

—¿Ojalá?

Me miró, pero no me respondió.

—¿Tú crees que Boss va a llevar acabo sus amenazas?

—Me gustaría pensar que es lo suficientemente inteligente como para no pensar siquiera en hacer algo tan estúpido, pero ese hombre es irracional. Ya lo demostró anoche y de nuevo hace un momento. Yo siempre supe que tenía un ego grande y que era arrogante, pero es peor de lo que imaginé. Yo no sé de qué sea capaz.

—Ahora me está asustando.

—No es mi intención. Solo quiero ser honesta contigo. Tenemos que considerarlo.

—Si hiciera algo, ¿qué haría?

—Quién sabe. Lo único que sé es que no me gustó la mirada en sus ojos cuando se fue. No me gustó cómo te miró. Eso me molestó. Era una mirada de pura maldad. No confío en él. Le tendí una trampa esta mañana, él ya lo sabe, y lo único que lamento es haberte hecho quedar para su despido. Nunca debí hacer eso. Fue un error. Yo sabía que no iba a salir bien, pero ciertamente no esperaba que te amenazara en público. Soy la primera en admitir cuando me equivoco, y me disculpo contigo. Manejé la situación muy mal.

—Ya se fue —dije—. No me voy a preocupar por eso. Demasiada gente escuchó lo que dijo. Sería un estúpido si tratara de hacer algo.

—Si no encuentra un trabajo de inmediato, no sé que hará. Así que le pediré a Tank que le haga una pequeña visita para estar seguros de que Boss ve a Dios, en caso de que tenga otras ideas. Una visita de Tank debería aplacar cualquier pensamiento de venganza.

—De hecho, Tank ya mencionó eso antes.

—¿De verdad?

—Sí. Estaba furioso por la forma como Marco se comportó anoche. Cuando regrese a casa, quiere estar a solas con Marco.

—Otra razón por la que adoro a Tank.

—Soy muy afortunada.

—Ambos lo son. No lo olvides. Después de que esa mujer lo engañó, Tank la pasó muy mal hasta que tú apareciste en su vida. Ahora, tiene una mujer maravillosa que está loca por él y viceversa. Su exnovia le hizo tanto daño que, por un tiempo, pensé que no iba a tener una relación de nuevo. Pero lo hizo. Se arriesgó y no creo que tengas ni la menor idea de lo que significas para este hombre ahora.

Se levantó de su escritorio, se alisó el traje con las manos y pareció como si se hubiera repuesto. Sus ojos volvieron a brillar. Centrada.

—Ahora —dijo—. La mañana apenas comienza. Llegó la hora de que conozcas a tu nuevo editor, Iris Masterson. Es rara como un demonio, pero es una excelente editora. Mejor aun, quiere dejar tu libro tal y como está con unos cambios razonables que no afectarán la historia. De hecho, su idea es darle más fuerza a lo que ya escribiste. A las cinco de la mañana me reuní con ella. Yo misma vi los cambios que tiene en mente y estoy de acuerdo con ellos. En algún momento a lo largo del día, ella sabe que se van a reunir. Y ese momento es ahora. Ven conmigo. Te la voy a presentar.

\* \* \*

Tomamos el ascensor hasta Wenn Publishing y cuando las puertas se abrieron en el piso veintiuno, la primera persona que vi fue a Beatrice, la mujer que había sido grosera conmigo la primera vez que me reuní con Marco Boss en su oficina, cuando él aun trabajaba para Wenn. Me había juzgado por ser una ‘escritora independiente’, como ella dijo, y me hizo esperar de pie contra una pared mientras Marco venía a buscarme.

Tenía un aspecto tan serio como el de Blackwell, pero cuando la vio salir del ascensor conmigo, la mujer se enderezó en su silla y esbozó una sonrisa demasiado rápidamente para ser real, o para que se reflejara en sus ojos.

Como los de IT ya habían estado ahí para sacar el computador de Boss de su oficina, ella ya sabía qué estaba sucediendo y que él se había ido, pero ¿sabía que lo habían despedido por mi culpa? Probablemente no, pero con Blackwell y yo frente a ella, ahora ya lo sabía.

Me pregunté entonces cuánto tardaría ella en enviar el mensaje de correo que me convertiría en la paria de Wenn Publishing. En una cultura corporativa como esta, Beatrice solo tenía que enviar un mensaje de correo a sus colegas y de ahí en adelante todo el mundo me conocería como la persona que hizo que despidieran a uno de sus colegas con más experiencia.

*¿Y qué pensarán de mi entonces?*

—Bárbara —dijo Beatrice.

Blackwell no le devolvió la sonrisa. —Beatrice.

—Qué bueno volverte a ver. Hace tanto ...

—Estamos aquí para ver a Iris Masterson. La nueva editora de Lisa Ward.

—¿Nueva editora?

—Eres una actriz terrible, Beatrice, mejor desiste, es embarazoso. Tú y yo sabemos que Marco Boss fue despedido. Tú y yo sabemos que muy pronto este lugar va a ser un avispero de chismes, seguramente por tu lengua suelta. Así que, por favor, no actúes conmigo, no lo toleraré. ¿Debo llevar a Lisa a la oficina de Iris en persona, o prefieres llamarla primero?

—Todo el mundo está tan ocupado... Es mi deber llamar.

—Sí, Dios sabe cómo está Iris de ocupada en este silencio sepulcral. Adelante, llama. Pero antes de llamar, ¿no deberías por lo menos darle la bienvenida a Lisa? Me imagino por qué no la has saludado, pero no volverá a pasar. Ella es una de las principales adquisiciones de Wenn. Necesitas saberlo y respetarlo.

—Por supuesto. Y lo hago. Lisa y yo tuvimos un grato encuentro cuando nos conocimos.

—No, no fue así —dije—. Usted fue horrible conmigo. Me menospreció y me juzgó. No fue nada agradable.

Se ruborizó y pude ver cómo la ira iba aflorando en su rostro. —Lamento que se haya sentido así. No fue nunca mi intención. Me agrada tanto volverla a ver, Lisa.

Blackwell miró hacia el techo. —Bueno eso sonó sincero. Por favor llama a Iris, Beatrice. Pongamos este tren en movimiento.

—Un momento. —Ella levantó el teléfono y marcó unos números—. Lisa Ward quiere verte. Sí, está aquí con la señora Blackwell. Muy bien. Ya las hago pasar. Gracias, Iris. —Nos miró—. Iris las verá enseguida.

—*Quelle surprise*. Pero no vamos a entrar las dos, solo Lisa. Tengo que regresar a mi oficina y completar el papeleo del despido de Marco Boss de Wenn. Pero esto es bastante fácil, tengo que lidiar con despidos a diario, Beatrice. No es que me moleste. Lo que necesito que hagas es que cierres la puerta de la oficina de Boss y te asegures de que está bajo llave, en caso de que el personal de IT no lo haya hecho ya.

—Oh, ellos cerraron la puerta con llave.

Blackwell cruzó los brazos. —¿Y cómo te enteraste de esto? ¿Has revisado?

—Bueno, yo...

—Listo. Revisaste. Claro, revisaste. Por lo que sé de ti, está en tu naturaleza mirar en todos los rincones. Siempre has sido, digamos, de naturaleza curiosa. Pero esto es lo que realmente necesitas saber. Nadie se acerca a esa oficina hasta que las pertenencias del señor Boss hayan sido sacadas de ahí. Seguridad se va a hacer cargo de eso. Nadie más en este piso. ¿Queda claro esto?

—Queda claro.

Blackwell se volvió hacia mí. —Ven a verme tan pronto termines con Iris.

Mientras tanto, aquí Beatrice va a ser profesional y amable y te acompañará hasta donde Iris, ¿no es así, Beatrice?

—Por supuesto que sí.

Beatrice dio la vuelta alrededor de su escritorio, aturdida, y nos miró a ambas cuando Blackwell me dio un beso en la mejilla. —Si alguien es hostil contigo, y me refiero a cualquiera, incluida la presente compañía, quiero saberlo. ¿De acuerdo? Y voy a querer tener sus nombres, así que asegúrate de obtenerlos. Estoy de humor para despidos. ¿Entiendes? Bueno. Ahora, vete con Beatrice. Es hora de que conozcas a tu nueva editora.

\* \* \*

Cuando llegamos a la oficina de Iris Masterson, que no era una de las oficinas agradables esquineras de las que Marco había disfrutado, salió a recibirnos a la puerta una mujer de unos cuarenta años, de aspecto taciturno, con una cabellera roja que caía sobre sus hombros con unos crespos. No llevaba maquillaje o joyas y su traje azul le quedaba tan suelto que parecía casi varonil.

—Iris Masterson —dijo Beatrice—. Lisa Ward.

Le extendí la mano a Iris, pero ella la rechazó. —No, no —me dijo—. No me des la mano. Tengo un catarro horrible. El peor en décadas. Es risible. —Bajó la voz—. Creo que todavía lo estoy encubando.

Bajé la mano. De cierto modo, me sentí tranquila al oír que no mentía, sonaba terrible. Era obvio que de otra manera me hubiera dado la mano. Por otro lado, sentí pena de que estuviera enferma.

—No quieras que te lo pase —me dijo—. Mantente lo más lejos posible. Usa una máscara si tienes. Vacúnate mientras puedas. Estoy plagada de gérmenes. Los siento por todo mi cuerpo. Por favor entra, pero solo bajo tu responsabilidad. Recuerda, te lo advertí.

Miró a Beatrice que se había quedado merodeando a mi lado, como entrometida. —Ya nos presentaron, Beatrice —le dijo Iris con una voz fría—. ¿Algo más? ¿También quieres tomar asiento? ¿Ser parte de la conversación así puedes compartirla con otros más tarde? O tal vez *te* gustaría darme la mano...

Sin decir una palabra, Beatrice se alejó. Cuando ya no podía oírnos, Iris Masterson me dirigió una mirada de cansancio y entramos a su oficina. —Ten cuidado con esa —dijo mientras se sentaba en su escritorio y señalaba la silla de enfrente—. Posiblemente no es justo que te envenene la cabeza tan pronto, pero el diablo acaba de salir.

Decidí de inmediato que me gustaba Iris.

—Lamento que estés enferma —dije—. ¿Lo programamos para otro día?

—Solo si te preocupa que puedas morir si te me acercas mucho.

—Estaré bien.

—Bueno —dijo—. Ahora, mira, he leído tu libro. Es súper. Me encantó. Y esta no es una respuesta prefabricada que me dijeron que te la diera por tus asuntos con Marco Boss.

—¿Lo leíste tan pronto?

—En realidad, lo iba a adquirir yo misma, pero Boss me ganó. Así es, sí, lo he leído. Releí unas partes esta mañana cuando lo revisé con Bárbara. ¿Que si tu novela necesita un poco de trabajo? Sí lo necesita. ¿Que si necesita una transformación completa? Por Dios, no. Todo lo que tenemos que hacer es ajustar un par de cosas, darles más fuerza a unos personajes, suprimir unas redundancias, afinar algunos de los diálogos, aclarar un poco más aquí y allá, ese tipo de cosas. De otro modo, por lo que a mí respecta, tenemos ya una buena novela aquí. Espero que el trabajo que tenemos que hacer no nos tome más de una semana o algo así.

Cogió un Kleenex de una caja sobre su escritorio y se limpió la nariz.

—Honestamente, no entiendo por qué todo este alboroto. Marco siempre ha sido difícil, así es él. Un sabelotodo. Y francamente, un bastardo en el fondo.

—Quiero ser franca contigo, sé que a mi libro le falta mucho para ser perfecto. Agradezco tu ayuda. ¿Que si estaba de acuerdo con los cambios radicales de Marco Boss? No, no lo estaba. Él quería irse con el zombi de cliché y de eso no se trata mi libro. Este es sobre volver a imaginarse el género, y ensayar algo nuevo. Lo nuevo atemoriza a la gente en este oficio. Lo entiendo. Por eso fue que elegí ser mi propia editora en primer lugar. El libro fue un best seller por un motivo, creo que la gente ansía algo nuevo.

—Pero con un olorcillo familiar...

—Exactamente.

—Así que, mira —dijo, mirando alrededor de su oficina—. No te voy a mantener más tiempo en esta placa de Petri, no te puedes enfermar también. Tenemos mucho trabajo por hacer. Entonces, ¿qué te parece esto? Tan pronto te vayas, voy a comenzar a revisar el libro y te enviaré sugerencias por correo electrónico. Iniciaremos una conversación y llegaremos a un acuerdo sobre los cambios que yo sugiera. Luego, tú puedes trabajar en esa parte del libro. De esta manera, a menos que me las arregle para contagiarle un virus a tu computador, lo cual puede ser posible dada la gravedad de mis síntomas, podrás mantenerte saludable. ¿Te parece bien?

—Me suena perfecto. ¿Tienes mi dirección de correo electrónico?

—Sí, la tengo.

—Entonces estoy lista para trabajar. Déjame llegar a casa y nos lanzamos al ataque.

—Si de alguna manera logro librarme de esta enfermedad, creo que vamos a trabajar bien juntas, Lisa —dijo—. Y por cierto, vi ese anuncio tuyo en el *Times*. Entiendo por qué una cierta persona se enloqueció por la forma en que estabas arreglada, pero qué importa. A mí me gustaron los diamantes en tus labios. Lucías fresca, interesante, de vanguardia. Blackwell tenía razón, como suele tenerla. Llamando la atención sobre ti, llamó la atención sobre tu libro. Y lo va a seguir haciendo por ti. Wenn ha hecho una gran inversión contigo, no podemos perder con esa inversión. Por tanto, ahora que la bruja mala ha muerto, vamos a escribir un buen libro juntas.

—¿La bruja mala?

—Oh, vamos —dijo con una mirada sincera—. Tú sabes perfectamente de quién estoy hablando, ese hijo de puta de Marco Boss.

\* \* \*

—Me encanta —le dije a Blackwell cuando entré a su oficina.

—Pensé que te gustaría. Iris es una excéntrica y se viste como un hombre, lo que hace que mis Diors quieran enroscarse y morir, pero es muy inteligente, astuta, y como editora ha ganado premios. Además, tiene un endemoniado sentido del humor que puede ser sorprendentemente cortante. Por lo tanto, tengo la mayor admiración por ella. No te saldrá con gilipolleces, pero trabaja como una bestia de carga, y vas a tener que seguirle el paso.

—Gracias por conseguir todo esto.

—Gracias a Iris. Marco se le adelantó con la adquisición de tu libro y eso la frustró terriblemente, ella lo quería a toda costa, pero lo perdió. Ahora lo tiene, y me consta que está encantada por eso. Es una situación en la que las dos ganan.

—Alcanzó su vaso con cubos de hielo y se echó uno a la boca—. ¿Quieres oír de otra victoria?

—¿Otra victoria? pregunté.

—Así es.

—¿Cuál victoria?

—Alex se puso en contacto con Julian West.

Me senté en la silla enfrente de ella. —¿Cuándo? Si no han aterrizado todavía.

—¿Crees que Alex no puede hacer llamadas cuando está volando? Vamos, Lisa. Hablaron esta mañana.

Masticó fuertemente el hielo en su boca. La miré fijamente.

—Ármate de valor, chica, porque el contrato fue aprobado. West compró los derechos de tu libro para la película por un millón de dólares, y esto es solo el contrato de opción. Vendrá mucho más después. Tu libro está a punto de convertirse en una película.

—¡Ay, Dios mío!

—Tendrás que firmar unos documentos, por supuesto, que están siendo redactados mientras hablamos. Espero que ellos lleguen del viaje la próxima semana o algo así. Y después cerramos el trato.

—No puedo creerlo. Julian West va a dirigir una película basada en uno de mis libros.

—La va a dirigir *potencialmente*. Es solo un contrato de opción, ahora él tiene que buscar financiación, lo cual puede ser un desafío. Pero seamos realistas, con esa cantidad de dinero sobre la mesa, él ya sabe que no tendrá problemas. Así que felicitaciones. Después de una mañana que nos iba ahogando en un mar de cosas horribles, tenemos esto para celebrar.

—Me gustaría que Tank estuviera aquí para celebrar con él. Y Jennifer y Alex. Si no fuera por usted, estaría aquí sola.

—Entonces, ¿qué tal si tú y yo salimos a tomar un cóctel esta noche?

—¿De verdad?

—Por supuesto. ¿Por qué no? Encontrémonos a las ocho en el Waldorf. En el bar Peacock Alley. ¿Has estado ahí? ¿No? Acaban de hacerle una gran remodelación y escuché que quedó espectacular. Te mereces tener una celebración. Asegurémonos de que tengas una.

—Perfecto. Y quién sabe... tal vez encontremos un hombre para usted.

—Oh, por favor. En este punto de mi vida, prefiero estar sin hombre. Ciertos deseos no son lo que solían ser, se alejaron hace años. Ahora, escúchame. Cuando firmes los documentos para la opción de la película, Wenn publicará un comunicado de prensa al igual que West y el estudio con el que está trabajando. Creo que es Paramount. En ese momento, espera que el interés en ti aumente. Entonces la maquinaria de Wenn Publicity se pondrá en marcha y obtendrá entrevistas con los periódicos y revistas más importantes. Apenas estamos comenzando a despertar interés en ti y tu libro. El anuncio en el *Times* y el cartel publicitario en Times Square no son nada comparado con lo que te espera. Tienes que saberlo.

—No sé qué tan cómoda me siento con toda esta atención —dije.

—Entonces, querida, me temo que elegiste la profesión equivocada. Porque

esto es parte de lo que significa ser una escritora de best sellers. ¿Sobrevivirás a esto? Por supuesto que sí. Me tienes a mí y a todos tus amigos velando por tus intereses. ¿Que si será extraño exponerte frente a tanta gente? Absolutamente. Pero esto es el negocio. Y para sacar tu negocio adelante, esto es lo que se necesita. De nuevo, no vas a estar sola. Nos tienes a Bernie y a mí para arreglarte, y hay profesionales aquí en Wenn que te entrenarán en cómo dar una excelente entrevista ya sea frente a las cámaras o no.

—¿Frente a las cámaras?

—Bueno, sí. ¿No lo ves? En pocas semanas vas a ser un nombre conocido.



## CAPÍTULO OCHO

La semana siguiente estuve tan ocupada que pasó volando, lo cual no me desagradó.

De hecho, fue una de las mejores y más productivas semanas de mi vida, que fue bueno pues ya estaba empezando a extrañar a Tank más de la cuenta. Hablábamos todas las mañanas cuando yo me despertaba y todas las noches antes de irme a la cama, y nos comunicábamos por Skype cada vez que nuestros horarios nos lo permitían.

Pero para mí, no era suficiente. Extrañaba a mi novio. Extrañaba su presencia, extrañaba su rostro, extrañaba su silenciosa fuerza, extrañaba estar cerca de él, extrañaba hacer el amor con él... y sin embargo todavía tenía que esperar otra semana para su regreso.

Hace una semana, cuando salí con Blackwell por la noche al bar Peacock Alley, me dio algunos sabios consejos.

—Sé que lo extrañas —dijo—. Todos lo extrañamos, realmente, pero no como tú. Así que esto es lo que vas a aprender esta semana cuando trabajes en tu libro con Iris: nuestro trabajo nos salva. Siempre lo hace. Recuerda eso, nuestro trabajo nos salva. Ya verás. El trabajo fue lo que me ayudó a salir adelante después de mi divorcio con Charles. Si no hubiera tenido que lidiar con lo de Jennifer cuando estaba atravesando por ese divorcio, me hubiera vuelto loca. En serio... esa chica me puso a prueba tanto como yo a ella. Si te metes de lleno en tu trabajo, lo cual Iris va a obligarte que hagas de todas maneras, el tiempo pasará más rápido. —Luego, ella levantó su Martini y lo sostuvo frente a mí—. Ahora, salud, por tu éxito, mi querida. Y bien hecho por la opción de la película. Bien merecido.

Como siempre, Blackwell tenía razón, la gran atención que tenía que poner en mi libro me mantenía ocupada todo el día y me dejaba tan cansada en la tarde que caía desplomada en la cama por la noche. Iris Materson era sin duda como una mula para trabajar, pero, como yo también lo era nos entendíamos fabulosamente. Todas las mañanas después de hablar con Tank, Iris y yo discutíamos sobre los capítulos en los que estuviéramos trabajando. Luego,

quedaba libre para atacar esos capítulos el resto del día.

Y qué diferencia había marcado Iris en mi libro. Sus observaciones y sugerencias siempre daban en el clavo. Con cada capítulo reescrito que le entregaba, podía sentir su entusiasmo crecer junto con el mío. Con su ayuda, mi libro estaba mejorando. Ella era exactamente la persona indicada para corregir mi libro, no solo porque entendía cómo yo estaba tratando de darle un vuelco al género, sino también porque identificaba sus debilidades y me asesoraba en cada una de ellas. Yo sabía con certeza que una vez termináramos, que sería en cuestión de días al paso al que íbamos, tendría un libro del cual me sentiría orgullosa.

Y ahora, después de cada incidente que me había llevado hasta Iris, podía fácilmente decir que todo había valido la pena.

\* \* \*

Más tarde, cuando ya estaba bien entrada la noche y mis ojos estaban cansados de mirar fijamente la pantalla del computador, empecé a desvanecerme.

Tank y yo habíamos hablado antes. Parecía que las cosas iban bien en Singapur para Jennifer y Alex. Pero, Dios, lo extrañaba tanto como él decía que me extrañaba a mí. Cuando colgamos el teléfono estaba tan deprimida que solo quería ir a la cama y recargarme para el día siguiente. Pero aun había trabajo pendiente. Iris esperaba un nuevo capítulo en la mañana y no lo había terminado, así que decidí dedicar otra hora más o menos a editar y reescribir antes de acostarme.

Estaba pensando en cambiar una sección del libro que Iris había identificado como quizás la escena más problemática de la novela, y yo estaba de acuerdo, cuando escuché un chasquido que venía de algún lugar del apartamento.

O al menos lo que sonó como un chasquido.

Me detuve un momento, me giré hacia la puerta abierta de mi habitación y escuché la quietud que solo era interrumpida por el débil sonido del tráfico que circulaba bien abajo en la Quinta Avenida.

¿Había imaginado algo? Se oyó como si la puerta de entrada se hubiera cerrado, pero eso era imposible. Cutter estaba abajo, vigilándome, como lo venían haciendo él y sus hombres desde hacía más de una semana. Y luego también estaba la tarjeta de entrada necesaria para ingresar el apartamento. Si no se tenía, este lugar era tan seguro, que nadie podía entrar.

Entonces me saqué la idea de la cabeza y regresé a trabajar, solo para

escuchar un momento más tarde el inconfundible sonido de pisadas. Eso fue suficiente para acelerar mi corazón. Inmediatamente apareció en mi mente Kevin, a quien había descrito en detalle a Cutter y sus hombres hacia unos días para que pudieran usar mi descripción, junto con la foto que Katie había enviado para crear una composición precisa de él.

*¿Y si Cutter se había ausentado para ir al baño?*

*El portero está ahí. Nadie podría pasar sin ser visto.*

*¿Pero si él estaba distraído?*

*No importa. No hay manera de entrar a este apartamento sin una llave.*

Pero podía sentir una presencia. Estaba segura de ello. Algo había ocurrido. Algo había salido mal. Por algún motivo, no estaba sola. Podía sentirlo en mis entrañas y sentir el temor.

Tan silenciosamente como pude, me puse de pie, agarré un par de tijeras de mi escritorio y caminé al centro del salón. Mi cama estaba a mi derecha. Mi escritorio a la izquierda. Permanecí allí escuchando por un momento y luego dije: —¿Quién está ahí?

—¿Lisa?

*¡Dios mio!*

Tiré las tijeras sobre el escritorio, y emocionada de reconocer su voz temblorosa, me precipité hacia el vestíbulo para encontrar a Tank, de pie, justo al lado de la puerta. Debajo de su abrigo, llevaba un traje negro y una corbata azul, y tenía un ramillete de rosas rojas en la mano. Hubo un momento en que simplemente nos miramos. Luego, corrí hacia él y salté. Él se rió a carcajadas y dejó caer las rosas al suelo mientras me atrapaba. Pasé mis brazos por su cuello y enredé mis piernas alrededor de su espalda mientras él me sostenía firmemente y yo cubría su cara y sus labios con mis besos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije cuando me separé de él—. No puedo creerlo. Estoy tan contenta. Hablamos antes y se suponía que estabas en Singapur.

Él me sonrió. —Cerraron el trato más pronto, así que salimos ayer. Jennifer me prestó sus llaves para que yo pudiera sorprenderte esta noche. Ella se queda donde Alex.

—Pensé que tenía un intruso acechándome.

Su cara se ensombreció. —Esa no era mi intención. Lisa, lo siento. Pensé que, con toda seguridad, a esta hora estarías dormida. Mi plan era usar mi celular para llamarte desde el vestidor y despertarte, y luego pedirte que te encontraras conmigo en la puerta de tu habitación. No podía esperar hasta mañana para verte. Aterrizamos hace solo una hora y no quería ir a casa sin antes haberte visto. Pero ahora te he asustado. Te pido disculpas.

—¿Hablas en serio? Yo estoy bien. Bueno, tengo que aceptarlo. Hace un momento, llevaba un par de tijeras en las manos y estaba a punto de orinarme o de causarle un daño serio a alguien. Pero ahora estoy en tus brazos. No puedo creerlo. ¡Estás aquí! Parece como si te hubieras ido hace un mes, pero solo ha sido un poco más de una semana. No tienes idea de cuánto te he extrañado.

—Si se parece a cuánto te he extrañado yo, tengo una idea.

Tomé su cara entre mis manos y lo besé con todo lo que tenía dentro de mí. Él me devolvió los besos con una ferocidad que no me había mostrado antes. Sosteniéndome entre sus brazos, me llevó a la habitación y me acostó en la cama.

—¿Qué estás tramando? —pregunté.

—¿Qué crees?

—Pero yo debería tener puesto algo bonito. Unos shorts y camiseta no son muy apropiados.

Se paró al borde de la cama y me miró levantando una ceja. —No me importa que llevas puesto, para mí eres hermosa. Quítate la ropa.

—Suenas como una orden.

—Lo es.

—¿Me estás dando órdenes?

—Tú sabes que sí.

—Nadie me da órdenes.

—Yo lo hago, nena.

—¡No me digas! ¿Por qué no te quitas *tú* la ropa?

—Tal vez lo haga.

—Tal vez lo hagamos juntos.

No pudo evitar soltar una sonrisa, pero rápidamente se controló y retomó su papel. —¿Por qué no vemos qué sucede?

—Veamos.

Me quité la camiseta por encima de la cabeza, la lancé a través de la alcoba y luego atenué la luz. —Tu turno, pero tú tienes más ropa que yo, así que déjame ayudarte con eso.

Me acerqué a él llevando puesto solo mi sujetador y los shorts y tiré de su corbata. La deslicé por su cuello y la dejé caer al suelo. Luego le quité la chaqueta, y con el aire agitado por el movimiento de la tela, sentí el olor de su colonia almizclada. Era solo una pizca, pero me rodeaba por completo, envolviéndome en ese olor embriagador que siempre me recordaba a él.

Puse las manos en su pecho y sentí la tela suave de su camisa blanca almidonada. Después deslicé mis dedos por sus prominentes abdominales hasta sentir que comenzaba a humedecerme con solo pensarlo. Bajé las manos aún

más, sentí toda su erección palpar contra mi palma y luego lo acaricié por un momento antes de comenzar a desabotonar su camisa.

Me besó suavemente en la boca primero y luego con fuerza hasta que casi no pude respirar. Sentí su barbilla sin afeitar, que por poco me enloquece de pasión. Su barba se sentía áspera contra mi mejilla, y luego contra mi cuello a medida que él iba explorando más abajo.

—¿Cuánto tiempo va a tomar esto? —me preguntó impaciente.

Desabroché el siguiente botón. Y luego el siguiente. —¿Tienes prisa?

—Creo que sabes que la tengo

—Solo estoy dejando que se vaya dando. He aguardado por esto una semana.

Desabotoné el último botón mientras él se desabrochaba los puños. Cuando salió su camisa, quedó al descubierto una camiseta blanca que rápidamente le quité.

—Ahora tú —dijo.

Me llevé las manos a la espalda, pero luego me detuve.

—¿Qué tal si me lo quitas tú? —pregunté.

Su respuesta fue silenciosa y rápida. En un instante mi sostén se fue y entonces su boca estaba en uno de mis pezones, chupándolo y pasando su lengua por él antes de ir al otro y hacer lo mismo. Había una urgencia desenfadada. Me incliné hacia él, pasé los dedos por su espalda y lo acerqué más. Estaba lista para todo, él ya me estaba llevando al límite. Me mordió uno de los pezones y me apretó el culo. Eché la cabeza hacia atrás y su boca llegó a mi cuello mientras sus manos se deslizaban entre mis piernas.

—Tank —dije.

—Eres bella —me dijo al oído—. Me vuelves loco cuando me tocas. Eres la mujer más hermosa que he conocido.

Me besó con una intensidad tan agresiva que sentí como si todas las ataduras que me habían amarrado durante la última semana se hubieran ido. Desatada, me apreté contra él hasta sentir todo su cuerpo. Quería venirme. Sentía su longitud contra mi pierna y la sensación me enviaba hasta los límites grises del clímax. Bajó su cabeza de nuevo hasta mi pecho, tomó mi sexo con la mano y entonces uno de sus dedos comenzó a rozarlo de una forma más que erótica. Cuando mordió uno de mis pezones, me vine con tanto ímpetu que quedé temblando.

—Quítate los pantalones —dije.

Se los quitó y quedaron en el suelo. Dudó por un momento, hubo un silencio, pero luego siguió y se quitó los boxers. Los lanzó a un lado y se puso de pie, enfrente de mí, desnudo.

—Ahora tú —dijo.

Me quité mis shorts y mis bragas, y antes de darme cuenta, él me estaba

alzando hasta la cama. Me sentía liberada en ese momento, completamente libre de la semana infernal que había dejado detrás de mí.

Vi a Tank mirar mi pecho con lujuria y deseo, entonces los cubrí con mis manos, usando el pulgar para estimular mis propios pezones. Me observó por un momento y luego su mirada recorrió todo mi cuerpo. Me besó suavemente el estómago y luego el pecho antes de que nuestras miradas se encontraran.

—Te amo —dijo en voz baja.

—Yo también te amo. Estoy tan feliz de que estés aquí. —Me incliné para besarlo, nuestras bocas se encontraron en un ardiente ataque de pasión y luego me recosté en la cama—. Déjame verte. Todo. Muéstrame.

Se sentó, y con la luz titilante de la ciudad detrás de él, pensé que se veía como un dios. Así como él había admirado mi pecho antes, yo ahora recorría cada pulgada de él, especialmente aquellas pulgadas que palpitaban enfrente de mí, y así de difícil como fue acomodarlo dentro de mí al principio, así deseaba tenerlo dentro de mí ahora.

Pero Tank tenía otras ideas.

—¿Ya viste lo suficiente? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, él hundió su cabeza entre mis piernas, llegó más allá de mis pliegues húmedos con su lengua y me hizo gritar extasiada mientras me llevaba al orgasmo casi inmediatamente. Estaba tan excitada en ese punto que me sentía casi delirante. Saqué las manos y me aferré a las sábanas. Me retorcí en la cama hasta que los últimos deliciosos vestigios de mi clímax se desvanecieron. Y luego le lancé una mirada.

—Tómame —dije.

—¿Quieres que te folle? La última vez querías que te azotara.

—No creas que no quiero que lo hagas de nuevo.

—No creas que no lo haré.

—No creas que no te lo voy a pedir.

—No creas que no haré que te arda el culo de dolor cuando tengas el valor de pedirlo.

Una oleada de energía estalló entre nosotros. Cuando no pude soportarlo más, estiré las manos y lo atraje hacia mí hasta que nuestras bocas se unieron en un beso ardiente. Mientras que nos besábamos, estiré las manos entre sus piernas, agarré su polla y la presioné contra la punta de mi sexo.

—Fóllame —dije.

Apretó sus labios contra mi oído. —Entonces quieres que te follen. ¿No es así?

—Solo si eres lo suficientemente hombre para hacerlo. Esperemos que Singapur no te haya ablandado.

Vi que sonrió con eso y supe que ambos queríamos estallar en carcajadas en este punto, pero nos contuvimos. Era todo por diversión y gracias a Dios él estaba preparado para esto. Me gustaba un poco de actuación, y con Tank, tenía que admitirlo, me sentía segura para experimentar cómo nunca lo había hecho antes con alguien.

—Bueno, listo —dijo—. Follemos. —Me dio la vuelta y me levantó las caderas—. Esto puede tomar un tiempo.

—¿Y eso qué significa? ¿Unos cuantos minutos?

—¿Qué tal unas cuantas horas?

—Ya te advertí, puedo hacerlo por horas.

Inesperadamente, me dio una palmada en el culo. Antes de que pudiera reaccionar, lo hizo de nuevo, y esta vez tan fuerte que me dolió, pero en el buen sentido.

—Has estado aguardando esto, ¿no?

—He estado aguardando algo, lo admito. Pero lo que me estás dando es casi respetable. ¿Para qué son todos tus músculos, de todas maneras? ¿Temes que no pueda soportarlo? ¿Tienes lo que se necesita para que yo lo pueda tener realmente como antes? —Aparentemente, sí. Me azotó el culo tan fuerte que me ardió, claro que no le di el gusto de saberlo—. Eso no dolió —dije.

—Lo dudo.

—Por favor. Te fuiste una semana. Has olvidado cómo me gusta.

—¿De verdad? ¿Es eso lo que crees?

—Si estoy equivocada, entonces dame lo que quiero, si puedes recordarlo.

Y esto fue todo lo que hizo falta. Después de golpearme el culo tres veces con el dorso de la mano, me agarró las caderas con sus enormes manos, me dio un tirón hacia él y me penetró con un profundo empujón.

Yo no iba a quedar mal ahora. Así que, a pesar de todo el dolor que sentía en este momento, me fui contra él y respondí a sus empujones con los míos. Luego, cuando se inclinó para pellizcarme los pezones, me mordí los labios con fuerza. Este solo acto casi me hace venir, pero yo quería prolongar ese momento, así que le di unas palmadas en las manos para quitármelas de encima y evitar venirme.

Solo con Tank me había sentido así de segura como para explorar mis fantasías sexuales, como esta, y parte de esas fantasías era tener el control para permanecer lo más callada posible mientras él hacía todo lo posible para complacerme. La intención no era que fuera un gesto cruel, Tank sabía lo que yo estaba haciendo. Él sabía que era un juego, que lo estaba haciendo trabajar un poco más duramente hasta que yo no pudiera aguantar más y se volviera un grito, un enredo lujurioso.

La excitación de los dos me estaba llevando allá... ¿cuánto más podría

aguantar antes de ceder? Tank era más que todo un hombre alfa, triunfador en todo, y ahora mismo, por la forma en que me estaba golpeando, yo sabía que no era capaz de durar más tiempo antes de venirme de nuevo.

Así que me giré sobre la espalda, abrí mis piernas en una amplia V y lo dejé entrar de nuevo. Quería ver su cara cuando se viniera y que él viera la mía cuando yo me viniera.

—Vamos —dije—. ¿Qué te pasa? Más fuerte.

Llegó a un punto que era más que fuerte y, fue tan así, que la cama temblaba con cada una de sus embestidas. Pero no iba a dejar que él pensara que ya era suficiente.

—No seas un cobarde —dije—. Dámelo.

—¿Crees que soy un cobarde?

—Creo que eres una niñita.

Comenzó a reírse de esto, pero luego se detuvo. —Nadie me llama niñita —dijo.

—¿Tienes una palabra mejor?

—Tengo esto.

Se salió de mí, se inclinó para besarme de modo que su lengua penetró profundamente en mi boca y luego me miró durante un ardiente y malicioso momento antes de que su lengua se deslizara dentro de mí nuevamente. Se hundió entre mis húmedos pliegues durante un tiempo que pareció una eternidad y luego pasó al clítoris. Y lo cubrió con su boca, succionandohasta que finalmente cedí, me agarré de las sábanas y llegué al clímax con un grito.

Pero él no había terminado de probarse digno.

Con esto, me penetró de nuevo y el acto fue tan asombroso que me vine justo cuando él me embestía de nuevo. Apreté mis manos contra su pecho para apoyarme y lo monté como si fuéramos uno solo, lo que en este momento éramos. Él estaba a cargo ahora y, por su mirada intensa, lo estaba disfrutando. Le había pedido que me follara y él lo había hecho más fuerte de lo que imaginaba. Sentí que él sabía que podía hacerlo aun más fuerte, pero no lo hizo. En lugar de eso, continuaba empujándome con fuertes golpes rítmicos, pero con sus ojos clavados en los míos para asegurarse de que yo estaba con él y lo estaba disfrutando tanto como él. Cuando finalmente se vino, yo me vine con él, sostuve su cara, lo sostuve contra mí mientras nos estremecíamos y luego lo besé profundamente cuando estábamos agotados.

—Dios, eres divertido —dije.

—Tú eres salvaje.

—Puedo ser aun más salvaje.

—¿Si crees?



—Tómame de nuevo en la mañana —dije—. Ya verás.

## CAPÍTULO NUEVE

No habíamos dormido más de un par de horas, cuando timbró el teléfono. Miré el reloj en la mesa de noche, vi que eran las seis en punto y me solté del abrazo de Tank para contestar.

—¿Aló?

—¿Con quién hablo?

Confundida por la pregunta, entreabrí los ojos a la luz de la mañana. —*Usted* me llamó. ¿Con quién hablo?

—¿Quién crees que es? Soy Bárbara, por amor de Dios. Al menos mi voz es reconocible. Suenas como si te hubieran dado una paliza y drogado. ¿Qué te pasa?

—Digamos simplemente que es falta de sueño.

—¡Oh! —dijo—. Oh, ya veo. Y creo que sé por qué. Me alegra que haya regresado, querida. Pero ahora tienes que salir de ahí, tienes un día importante por delante.

—¿Qué quiere decir eso? No tengo nada en mi calendario aparte de trabajar en mi libro con Iris.

—Cambiaron las cosas. Ya prepararon tus contratos para la oferta de la película. Tu abogado los aprobó anoche, y tienes que leerlos y firmarlos hoy en la mañana. Si hay algo que quieras discutir con él, te aconsejo llamarlo después de que colguemos. Después de firmar el contrato, vas a estar unas horas con el equipo de publicidad de Wenn para que te entrenen en cómo dar una buena entrevista. Te darán las herramientas que necesitarás luego en la tarde cuando la AP te entrevistaste.

Me senté en la cama y sentí que Tank me ponía la mano contra mi espalda desnuda. —¿Me van a entrevistar hoy?

—Por supuesto... te dije que esto ocurriría muy rápido. Al conectar tu vagón al tren de Julian West, esta es ahora la noticia. Y es una noticia importante para la industria del entretenimiento. Saben que hay todo tipo de pequeños adictos a Julian West que están pidiendo a gritos saber cuál es su próxima película. Ya que esta película se basa en tu libro, tú eres una parte natural de la historia. Es una

ganancia para ti y para Wenn. La AP es la encargada de la entrevista, así que espera que aparezca por todas partes al final de la semana.

—¿Me van a tomar fotos hoy?

—¿Tú honestamente crees que no tendría completo control sobre eso? ¿Que te lanzaría a los lobos tan fácilmente? Wenn se encargará de las tomas publicitarias, que haremos mañana por la tarde. Aura aceptó fotografiarte de nuevo. Bernie y yo te arreglaremos. Luego le daremos a la AP las fotos que necesitan. Solo tienes que presentarte y estar preparada para dárselo todo a Aura, quien ya sabemos hará lo mejor contigo.

Tank se levantó de la cama, buscó sus boxers, se los puso y luego me lanzó una mirada mientras mascullaba las palabras: —Prepararé el café.

Le mandé un beso. —¿Para que más tengo que estar preparada?

—Para que tu vida cambie completamente al final de la semana.

— Pan comido.

—Como si no lo hubieras oído antes. He sido amable y te he preparado para la presión que vas a tener. He sido honesta contigo acerca de todo lo que te espera. Ahora está ocurriendo. Ya hablé con Iris. Me dijo que ibas por delante del calendario y que tu libro estará finalizado esta semana. Solo tiene elogios para ti. Me dijo que habías sido muy profesional.

—Así es, a diferencia de Marco.

—De acuerdo. Ahora, hay algo más para lo que tienes que estar preparada.

—¿Qué es?

—Cada invierno, Wenn Publishing tiene una gran fiesta de gala donde se presentan sus libros de primavera y sus autores. La hacen en el Garden Court, en el Frick, y tengo que decir que es sublime. Ya que tu libro va a lanzarse en unos pocos meses, estarás entre los autores a los que Wenn va a hacer reconocimiento. Vas a ir a esa fiesta.

—No hablas en serio. ¿Por qué no me dijiste de esto antes?

—Porque necesitaba que te concentraras en tu libro, lo que has hecho. No había necesidad de ponerte más presión. No es que esto sea más presión. Es solo una fiesta, Lisa, no es la guillotina. Todo lo que tienes que hacer es aparecerte con Tank de tu brazo, mezclarte con la multitud, estar preparada para ser fotografiada unos cientos de veces y responder varias docenas de preguntas.

—¿De quién?

—Personas claves de la prensa estarán ahí queriendo hablar contigo. Pero este evento es más que eso. Van a estar patrocinadores del arte. También han sido invitados miembros de la alta sociedad, sobre todo porque esto es Wenn. Y Wenn significa Alex, a quien adoran. Donde Alex va, buena parte del libro va.

—No puedo creer que me esté lanzando todo esto hoy. ¿Va a asistir?

—Por supuesto voy a asistir. No es que me vayas a necesitar. Bueno, tal vez me necesitas un poco. No importa. Pronto, vas a ser una profesional para todo esto. Y puedo garantizar que pasarás un buen rato en la fiesta. Gracias al cartel publicitario y al anuncio en el *Times*, la gente ha empezado a preguntar si vas a estar allí. Cuando el artículo de la AP salga, más gente preguntará si vas a estar presente. Entonces, ya sabes, vas a asistir.

—¿Estará Iris también?

—Naturalmente. Ella es la editora.

De nada servía discutir con ella sobre esto, así que me resigné.

—¿Cuándo es la fiesta?

—En dos semanas, lo tomas o lo dejas.

—Supongo que me va a enviar un correo electrónico y me avisará la fecha exacta.

—Déjame anotar eso.

—¡Es de tanta ayuda! Prométame esto —dije.

—Yo nunca hago promesas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no hago promesas porque soy lo bastante mayor para saber que a veces no se pueden cumplir.

—Bueno. Entonces al menos considere esto.

—¿Por qué de pronto me siento acorralada? ¿Por qué siento que me estás tendiendo una trampa?

—¿Quiere decir como la trampa que usted me acaba de tender?

Ella suspiró. —¿Qué quieres que considere?

—Que cuando haya terminado la semana, todos nosotros, usted, Iris, Jennifer, Alex, Tank y yo, saldremos a cenar.

—¿Esperas que yo coma?

—¿En serio?

—Espero que tengas una buena razón.

—Sí tengo una. Me gustaría celebrar la finalización de mi libro con mis amigos. Me gustaría que Iris estuviera ahí para poder darle las gracias públicamente por todo su arduo trabajo. Creo que ella necesita ser reconocida por lo que ha logrado bajo una gran presión. Y me gustaría estar con todos de nuevo, así como la mayoría de nosotros lo estuvimos durante las vacaciones. Echo de menos estar con Jennifer y Alex. ¿Son estas razones lo suficientemente buenas para usted?

Ella dudó. —Bueno, te mereces una pequeña velada antes de la gran velada. Has trabajado arduamente, has pasado por un infierno, has manejado una situación ridícula mejor de lo que imaginaba y lo que vas a enfrentar hoy no será

fácil tampoco. Aunque cenar nunca hubiera sido mi primera elección, admitiré que estas razones al menos le dan a tu cena un punto.

Asentí con la cabeza. —Estupendo. Entonces, me encargaré de eso.

—Por supuesto que no te harás cargo. Dado tu amor por los zombis, tú probablemente nos llevarías a un lugar como Brushstroke en Tribeca, con sus platos llenos de comida cruda o ¡peor aun! viva, retorciéndose en el plato, temiendo por su vida mientras los tenedores y cuchillos la sobrevuelan. Eres tan cruel, Lisa... realmente lo eres.

—¡Oh, no lo soy!

—Solo déjame hacerme cargo de los detalles. Yo reuniré a la manada. Encontraré un lugar adecuado y lo intentaremos este sábado en la noche. Para ese entonces, tu libro estará terminado, tus fotos estarán listas para ser publicadas y tu entrevista con la AP sobre ti y West habrá salido un día o dos antes. Entonces, podremos ir de compras para la fiesta de Wenn Publishing. Para cuando asistas a esta, serás ya la estrella naciente que necesita la división. Todo el mundo te reconocerá.

—Eso no me preocupa en absoluto. Pero si te vas a encargar de la cena, no se atreva a llevarnos a uno de esos bares de ensalada —dije.

—Dame un respiro, Ward. Cuando se trata de elegir casi cualquier cosa, yo nunca fallo. De hecho, cuando menos, doy en el clavo.

\* \* \*

Y después de una semana infernal, que culminó el viernes con la entrevista que salió en miles de periódicos y blogs gracias al despliegue masivo de la AP, mi vida cambió. Blackwell me llamaba la nueva chica de actualidad 'It'. Le dije que no se adelantara.

—Mi libro todavía podría ser un fracaso —le dije en el teléfono cuando llamó.

—Ni hablar —respondió—. No con este tipo de publicidad. ¿Has leído el artículo?

—Lo leí.

—¿Te gustó?

Admití que sí.

—¿Has visto los pre-pedidos en Amazon?

—¿Hay pre-pedidos en Amazon?

—¿De qué cueva te tengo que sacar? ¿En qué mundo vives?

—Oh, no sé... el mundo del trabajo. El mundo de terminar un libro. El mundo de sesiones de fotos y entrevistas, y ahora una fiesta en el horizonte para la que tengo que prepararme.

—Oh, querida. Te tengo noticias.

—¿Qué noticias?

—Desde que el artículo apareció hoy, tienes ahora muchas, muchas más entrevistas por delante. *Entertainment Weekly*. *The Hollywood Reporter*. *Variety*. La revista *People*. *The New York Times*. El *L.A. Times*. Y estos son solo unos pocos medios impresos. En cuanto a la televisión, estamos hablando de CNN, *Entertainment Tonight*, y si tenemos mucha suerte, parece que Charlie Rose está interesado. Y hay montones más, todos importantes. Estás a un paso de un éxito masivo. Pero yo ya te había dicho que esto ocurriría. Después de todo eres de nuevo un best seller.

—¿De qué está hablando?

—¿En serio, Ward?

—Solo responde mi pregunta.

—Gracias a la entrevista de la AP hoy, estás de regreso entre los 100 primeros de Amazon con el pre-pedido de tu libro. ¿Quieres adivinar qué puesto?

—No tengo idea.

—¿Estás en control de tu carrera?

—Yo creo que usted lo está. ¿Qué puesto?

—Estás en el número tres.

—¿En toda la tienda?

—¿Para qué iba a perder tiempo contigo contándote esto si no lo fueras?

—No puedo creerlo.

—Este libro era ya el número uno de los best sellers cuando Wenn lo compró y lo sacó de Amazon. Volverá al primer lugar de nuevo. Y luego va a estar de primero en todas las listas cuando sea lanzado. Ya verás. Lo hemos planeado todo.

—Lo hace parecer tan fácil. Como si pudiera hacerlo para cualquiera.

—Y ahí es cuando no te sabes vender bien. Estaremos en todas las listas porque has escrito un buen libro. Ayer enviamos copias para una revisión previa. Cuando lancemos el libro en dos meses, estaremos bien preparados para el éxito.

—Éxito que tengo que compartir con la gente en persona. Esta semana solo he hablado brevemente con Jennifer porque he estado muy ocupada. Ella se ha quedado con Alex porque cree que necesito mi espacio, cuando en realidad solo quiero verla a ella. Y hablar con ella. No por teléfono, sino cara a cara. ¡Han pasado dos semanas! ¿Qué ha planeado para mañana por la noche?

Me contó.

—Oh, no está mal.

—¿No está mal? Será fabuloso. Ya hemos comido allí antes.

—¿Todos están al tanto?

—¿Realmente crees que no lo están?

—¿Y todos van a ir? ¿Incluyendo a Iris?

—Sí, incluyendo a Iris. A las ocho en punto en JoJo mañana por la noche.

JoJo estaba justo al lado de Lexington en la 64 en una estrecha casa adosada que solo frecuentaban los de la zona y rara vez los turistas. —¿Qué me pongo?

—El traje de Prada que te estoy enviando esta tarde para felicitarte por tu arduo trabajo.

—¿Ha hecho eso por mí?

—Claro que lo he hecho por ti. Y por mí también. No quiero estar sentada al lado de alguien ataviada con alguna prenda de mierda de Century 21 que nadie compra ni rebajada.

—De hecho, si se pasa unas horas escudriñando los estantes, puede encontrar una buena ganga...

—¡Esa palabra otra vez!

—Bueno, es verdad. Se puede. Le gustó uno de los trajes que compré allí.

—Una casualidad.

—Un hallazgo.

—Lo que sea. Ya que tus senos fuera de control todavía tienen que seguir apareciéndose, solo espero que este maldito vestido te quede bien. Si no, tienes que llamarme inmediatamente, y ya encontraremos algo más para que te pongas. Bernie no te va a arreglar esta noche, es solo una cena, ¿qué necesidad? pero he hecho todo lo posible con un traje adecuado. Ve con el pelo suavemente ondulado, que solo se rice en los hombros, como siempre lo haces, y ponte solo un toque de maquillaje. Tienes una piel hermosa, no necesitas nada más. Si quieres, no te pongas lápiz labial porque tienes labios finos, solo delinéalos un poco. Ya has visto cómo te lo hace Bernie. Si haces eso, vas a estar bien. Pero si te apareces luciendo como un desastre, ya te daré tu merecido. ¿Por qué? Porque Bernie y yo te hemos enseñado cómo hacerlo bien. Te estoy previniendo. No lo estropees.

## CAPÍTULO DIEZ

Más tarde esa noche, cuando Tank y yo llegamos a JoJo, Cutter salió de la limosina y revisó las calles. Solo cuando sintió que todo estaba seguro, nos indicó que saliéramos del auto y camináramos por la acera.

Tank estaba vestido con un traje negro, corbata dorada y un abrigo negro. Se veía muy atractivo. Yo tenía puesto el elegante vestido de Prada color champaña que Blackwell me había enviado, y que me quedaba perfecto, y el abrigo de cachemira que me había regalado también hacía unas semanas, pues en ese entonces yo era muy pobre para tener un abrigo apropiado. También había tomado prestado un par de Jimmy Choos de Jennifer y llevaba puestas las joyas que Tank me había regalado en Navidad.

—¿Estás preparada para esto? — preguntó mientras nos alejábamos de la limosina.

—Totalmente. No veo la hora de estar con Jennifer Y Alex. Parece que hubiera pasado un siglo. Quería almorzar con Jennifer esta semana, pero no hubo tiempo. Me muero por verla. Por la tarde nos enviamos una millonada de mensajes para ver qué nos íbamos a poner esta noche, y puede que le haya preguntado si podía tomar prestado un par de zapatos, lo cual no le importa a estas alturas. Siempre le estoy robando sus zapatos.

—Me pregunto cómo lo llevarán Blackwell e Iris.

Caminamos hacia la entrada del restaurante. —¿Qué quieres decir?

—Solo es una sensación que tengo.

—¿Qué clase de sensación?

—Son tan diferentes, pero en el fondo, son dos mujeres de carácter fuerte. — Se encogió de hombros—. No sé, nunca las he visto juntas en una reunión social que no fuera en Wenn, pero tengo la sensación de que esta noche va ser memorable precisamente por eso. Ninguna de la dos quiere dejar de decir la última palabra.

—Estoy segura de que se van a comportar bien. Esta noche es una celebración.

Me dio un beso en la mejilla. —Claro que lo es. Esperemos que ciertas



personas se comporten bien, porque te lo mereces.

Abrió la puerta y entramos, adentro la mujer en la recepción me miró reconociéndome. —Lisa Ward —dijo.

Esto me tomó por sorpresa. ¿Cómo sabía quién era yo? El artículo se publicó solo ayer. —Si —dije—. Vamos a cenar...

—Por supuesto —dijo, ofreciéndose a recibir nuestros abrigos—. Estamos muy complacidos de tenerla aquí. Es un honor, realmente. Estoy impaciente por leer su libro cuando salga.

*¿Ella realmente sabía quién soy yo? ¿Qué demonios?*

—Sus invitados los están esperando adentro. Por favor, síganme y los llevaré hasta la mesa. Les reservamos la mejor mesa y los mejores puestos. La primera ronda de bebidas es cortesía de la casa. Es un placer para nosotros. Si alguien los interrumpe, por favor avísenos. Nos aseguraremos de que los dejen tranquilos.

—Y así comienza —dijo Tank poniendo su mano sobre mi espalda.

Por mi parte, no sabía exactamente lo que acababa de comenzar, pero era algo. Y así como fue de amable la mujer, así era de surrealista la situación.

\* \* \*

Nuestra mesa estaba en la parte de atrás de la casa. Cuando pasamos las cortinas que separaban los dos salones, vi que mis amigos se volvían hacia nosotros, y los saludé con la mano y una gran sonrisa. Jennifer se puso de pie inmediatamente y se acercó para darme un abrazo.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo.

—Mis zombis me han mantenido muy ocupada. Ahora incluyo a Blackwell entre ellos.

—Estoy tan orgullosa de ti. Estás por todas partes. La entrevista de la AP estuvo fantástica. Este ha sido tu sueño desde que éramos niñas, y aquí está la oportunidad golpeando justo delante de ti.

—De hecho, ‘golpear’ es la palabra correcta.

—Ya te ajustarás.

—He comenzado a preguntármelo.

—No tienes idea cuánto te he echado de menos —dijo—. Solo han sido dos semanas, pero parecen meses.

—He tenido síntomas de síndrome de abstinencia.

—Trastorno de ansiedad por separación.

—¿Has tenido también?

Se separó de mí con un guiño. —He tenido, pero ya estoy curada.

—Excepto cuando tú y Alex estuvieron en la isla, creo que nunca habíamos estado separadas tanto tiempo.

—No lo vayamos a hacer de nuevo pronto.

—Quiero hablar contigo sobre Singapur.

—Más tarde. Esta noche es para ti.

Miré detrás de ella y vi a Alex, tan elegante como siempre. Dos metros de altura, pelo oscuro brillante echado hacia atrás, dejando ver una cara angular con una barba de pocos días, labios gruesos y ojos color del mar. Eran su mejor rasgo, azules verdosos enmarcados por largas pestañas. Llevaba puesto un traje azul marino con camisa blanca desabotonada en el cuello.

Le di un abrazo, lo besé en la mejilla y le susurré al oído: —Gracias por todo.

—No tienes de qué agradecerme.

—Creo que vemos las cosas de una manera diferente. Así que, por favor, déjame agradecerte por todo esto.

—Eres tan amable, Lisa.

—Lo que estoy es agradecida.

—¿Qué vestido! —dijo Jennifer.

—Bárbara me lo envió.

—Es perfecto.

Levanté un pie. —¿Qué tal estos tacones?

—Me parecen curiosamente familiares...

—Gracias por prestármelos.

—Lo que es mío es tuyo. —Miró hacia Tank—. Mira que apuesto que estás.

—Lisa me hace ver bien.

—Bien dicho —dijo Alex—. Me voy a robar esa frase.

Tank se encogió de hombros. —Lo que es mío es tuyo.

Nos reímos de eso antes de que Blackwell se aclarara la garganta. —¿Han terminado de adularse el uno al otro? Se está poniendo incómodo. Tomen asiento, por el amor de Dios. Lisa y Tank, a mi lado.

—Eres tan mandona —dijo Jennifer.

—Lo que soy, querida, es la ley.

Puse mi mano en el hombro de Iris y la saludé antes de que Blackwell interrumpiera de nuevo. —Lisa —dijo—. El vestido, divino.

—Me encanta. Muchas gracias.

Estaba sentada al frente de Iris y de frente al salón, como Tank y yo. Me senté junto a Bárbara y Tank a mi lado. Estábamos bien aparejados, Jennifer al

frente de mí y Tank al frente de Alex.

—Yo no sé ustedes, pero estoy que me muero por un trago —dijo Iris—. He estado pensando en tomarme un Martini todo el día.

Blackwell levantó una ceja y la miró. —¿De verdad, Iris? ¿Ya vas a comenzar con el cliché? ¿Tan pronto en la noche? ¿Es así?

Iris, que se había vestido maravillosamente para la cena con un traje negro ajustado que acentuaba una figura preciosa que nunca me hubiera imaginado ella tenía dada la manera en que usualmente se vestía, se inclinó hacia adelante en su silla y demolió a Blackwell con la mirada. Nunca antes la había visto maquillada o con su pelo rojo rebelde echado hacia atrás de la cara en un apretado moño. Pensé que se veía elegante y formidable.

*Tank tenía razón. Blackwell está acostumbrada a ser el centro de atención. Esto no iba a salir bien.*

—No sé a qué te refieres, Bárbara —dijo Iris.

—Es bien sabido que a ustedes los de edición les gusta emborracharse a diario, generalmente a media tarde.

—¿Es eso cierto?

—Puedo asegurar que, al mediodía, tu garganta está ya rebozada con alcohol. Tú sabes, como si te hubieras bebido un litro de mezcla para pancakes, así de espesa y de cubierta. Eso es de estar borracha.

—Te puedo asegurar que nada de eso es cierto, Bárbara. Mi querida, dulce y bombástica Bárbara. Yo rara vez bebo, pero ya que esta es una fiesta para Lisa, te puedo decir desde ya que voy a beber. Mucho. Toda la noche. ¿Y quién sabe? Puedes terminar con tus manos untadas con una porqueríasi no eres cuidadosa.

—*Mon Dieu.*

—Pero ya que has planteado el tema de los clichés. Creo que es justo señalar que has caído en tu propio hoyo.

—Imposible.

—¿De veras? Entonces déjame llevarte de regreso a la escuela. Cuando una mujer de una cierta edad...

—¿Una *cierta* edad?

—Correcto, de una cierta edad. Puesto que uno puede engañarse dolorosamente cuando se trata de ver las ruinas en que se ha convertido en ese deslizarse cuesta abajo, hacia las profundidades de la muerte, déjame ser la que te dé la noticia, tú, mi querida, eres de una cierta edad. Cuando veo mujeres mayores mostrando demasiado escote, como tú ahora, siempre huelo un olorillo de desesperación. Una tigresa al acecho. Y me dan ganas de llorar.

—Ahórrate tus lágrimas, Iris. De lo contrario, vas a salar tus cocteles con ellas.

—¿No es ingenioso? Y nuevo para mí. ¿Puedo señalar que esta es información que solo una borracha llorona sabría?

—Estoy lejos de ser una borracha, Iris.

—Como también estás lejos de tener veinticinco años. Tal vez deberías dejar de vestirte como si los tuvieras.

—Tengo puesto un Chanel.

—Entonces los franceses te odian. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Con todo ese pelo de paja, sin mencionar todas las varillas y gomaespuma que usas para que parezca que tienes una figura, no sé si eres una mujer o un juego de sala de cinco piezas de Frank's Warehouse.

—Esto de una mujer que por lo general se viste como un hombre —dijo Blackwell—. ¡Ay, cómo me han calado el corazón tus palabras!

—Y esto de una mujer que pone su autoestima en las frías garras de la alta costura. ¡Ay, cómo me gustaría que mis palabras pudieran encontrar al menos tu corazón!

—Tú no reconocerías lo que es la alta costura así te mordiera las nalgas.

—Puede que no todo el tiempo, pero como persona sensible que puede disfrutar de lo etéreo al instante, siempre puedo oler aquel ligero aroma de tristeza en el aire cuando la juventud se ha ido para siempre. ¿Y ese aroma? Oh, está alrededor de ti, Bárbara. Está prácticamente fumigando este sitio.

Blackwell soltó una risita, se pasó una mano por la cara y nos miró al resto de nosotros. ¿Habría visto nuestras caras de mortificación? Si lo hizo, creo que no le importó. Y yo estaba confundida. Pensé que le gustaba Iris. ¿Cuál era su problema? ¿Habría pasado algo entre ellas antes de venir aquí? Estaba a punto de decir algo, cualquier cosa, para cambiar el tema de conversación, cuando Blackwell me detuvo con una mirada de advertencia.

—Bueno, todo el mundo. Ahora, díganme la verdad. No se preocupen, si no están de acuerdo conmigo, no tengo problema. No van a herir mis sentimientos. Necesito preguntar. ¿Parezco un día mayor que una mujer de cuarenta y cinco años?

—Oh, por favor —dijo Iris—. ¿De verdad? Ahora estás buscando solidaridad. Y de tus amigos, nada menos. Aquí va un consejo. Si estás buscando solidaridad, puedes buscarla en el diccionario, justo al lado de 'muerte', 'mierda' y 'suicidio'.

Blackwell se volvió hacia Iris y estaba a punto de decirle algo cuando Iris bajo la vista.

—Está bien —dijo Blackwell—. Aparta tu mirada de mí, con vergüenza como hizo tu madre cuando te parió. Y mientras que estás en esas, pon tu dentadura postiza al revés y muérdete la cabeza de un tajo.

Y con eso, Iris levantó la cabeza, estaba a punto de decirle algo a Blackwell, pero entonces, inexplicablemente, las dos mujeres comenzaron a reír a carcajadas.

—¿Qué diablos era eso? —dijo Jennifer.

Blackwell tomó un sorbo de agua mientras Iris se secaba los ojos con la servilleta. Seguían riéndose.

—¡La vergüenza en la cara de mi madre cuando me parió! —le dijo Iris a Blackwell—. Oh, esa estuvo preciosa.

—¡Los franceses me odian! ¡Un juego de sala de cinco piezas!

—Salar mis cocteles con mis lágrimas, esa tuvo que ser tu mejor frase. Tan espontánea. Casi me meo cuando la dijiste. ¡Estuvo perfecta!

—¿Era una broma? —dije.

—Por supuesto que sí —dijo Blackwell—. Iris es una de las pocas personas que le gusta tanto el juego de palabras malicioso como a mí. Hemos hecho esta rutina por años, solo que en privado. Esta noche fue un espectáculo solo para ti, querida. Una manera muy fina de animar la fiesta. Gracias a nosotras, no olvidarán esta noche muy pronto, y ese es el punto. Ahora, Jennifer, cierra la boca y deja de poner cara de maldito *guppy*. Alex, tú, zorro astuto, tú ya sabías lo que estábamos haciendo, bravo por quedarte callado. Lisa, deja de parecer horrorizada o desconcertada o lo que diablos sea que estoy viendo en tu cara. Sé más como Tank, creo que él más bien disfrutó el espectáculo, pero también creo que ya se había dado cuenta. ¿Es cierto, Tank?

—Creo que tenía una idea.

—Creo que sí, no es fácil que se le escape a un ex SEAL. —Ella levantó la mano para llamar la atención del camarero. Cuando él se acercó, Blackwell le dijo a los de la mesa: —Se acabó el espectáculo. Pidamos las bebidas para poder brindar por nuestra invitada de honor, Lisa Ward.

\* \* \*

Cuando terminó la cena y se llevaron los platos, me sentí feliz y agotada. Qué noche había sido con mis amigos más cercanos, y con mi nueva amiga Iris Materson, sin mencionar a mi fantástico novio, que sostuvo mi mano debajo de la mesa cuando no estábamos comiendo.

Marco Boss y Kevin nunca fueron mencionados, así que el ánimo se mantuvo en alto y ligero, especialmente después de las inesperadas travesuras de Blackwell e Iris. Finalmente me pude poner al día con Jennifer, hablamos de su

viaje a Singapur, del contrato para la película, de cómo era trabajar con Iris, de cómo no podía esperar para leer el libro recién editado y cuánto Alex y ella deseaban unirse a nosotros para la fiesta de Wenn Publishing.

—Vamos a ir todos juntos —dijo ella.

—Listo —dije—. Y posiblemente será divertido.

—Me quedaré donde Alex esta noche otra vez. Envíame el manuscrito esta noche por correo electrónico. Lo leeré de inmediato.

—En este momento estás prácticamente viviendo con él.

—Pensé que necesitabas estar sola para poder terminar tu libro. No me necesitabas rondando cerca de ti para distraerte. Después de esta noche, si quieres, pienso quedarme el resto de la semana contigo en el apartamento. —Nos miramos a los ojos—. Después de todo, tenemos mucho de qué hablar para ponernos al día...

Este era el código para: “Tenemos que hablar de Alex y de mí, de ti y Tank y todo lo demás”.

—De acuerdo —dije—. Te he echado de menos.

—Entonces, esta noche estaré con Alex. Y, tú sabes, podrías estar con alguien más.

—Creo que nos están tendiendo una trampa, Tank —dijo Alex.

—No tengo problema en que me tiendan una trampa como esta —dijo él.

Alex asintió. —Pienso lo mismo. —Se volvió hacia Jennifer y le dio un rápido beso en la mejilla justo cuando nuestro mesero se acercaba a la mesa con un Martini en una bandeja redonda.

—¿Un último cóctel para la señorita? —me dijo.

No lo había pedido, pero no lo dejaría pasar en caso de que Jennifer lo hubiera hecho por mí. Miré alrededor de la mesa. —¿Alguno de ustedes está intentando emborracharme? —dije—. Solo lo tomo si el resto de ustedes toma otro trago conmigo. De lo contrario, de ninguna manera.

El mesero sonrió. —De hecho, es de un admirador suyo, señorita Ward. Él compró el Martini y me pidió que se lo trajera con este sobre al final de la velada.

Blackwell se frotó las manos. —Mi plan está funcionando. La gente ya comienza a reconocerla.

—¿Dónde está él? —pregunté.

El mesero dejó el Martini frente a mí y me entregó el sobre, que no estaba sellado. En el interior había un pedazo de papel. —De hecho, se fue hace un rato.

Tank estiró la mano para tomar el sobre. Se lo entregué y él apartó el Martini de mi alcance. —¿Dónde estaba sentado ese caballero? —le preguntó al mesero.

—No cenó aquí esta noche —dijo el mesero—. Poco después de que usted y la señorita Ward entraran y se sentaran, él llegó. Pagó por su bebida y me pidió que esperara hasta que ustedes estuvieran a punto de irse para traérsela junto con el sobre a la señorita Ward. Ahora parecía el momento adecuado.

Tank tomó el sobre y lo levantó contra la luz. Lo vi entrecerrar los ojos y vi cómo la frustración invadía su cara. Luego apretó el sobre seguramente para poder ver más claramente lo que había dentro. Tank era un maestro ocultando las emociones y no reveló nada a nadie en este momento.

—¿Qué es? —pregunté.

—No toques ese Martini —me dijo. Miró al mesero. —¿Usted tomó el pedido?

—Así es.

—Entonces tenemos que hablar. ¿En la recepción?

—Por supuesto.

—Tank —dije.

Pero me ignoró. Se levantó de su silla con el sobre apretado en la mano y salió del comedor trasero. Abrió las cortinas que separaban los dos salones comedor y las atravesó desapareciendo de vista.

—¿Qué está pasando? —preguntó Blackwell.

—No sé, pero lo voy a averiguar. Permiso.

Me levanté de mi asiento y pasé frente a Jennifer que a mi paso me apretó la mano. Seguí a Tank tras las cortinas en el primer comedor y luego entré a la pequeña recepción, donde Tank estaba ya interrogando al mesero.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

Cuando Tank me vio, se veía irritado. —Me gustaría estar un momento a solas con nuestro mesero. ¿Te molestaría dejarnos solos un momento?

—Sí. Si esto tiene que ver conmigo, quiero saber qué está pasando.

—¿Por favor? —dijo.

—Lo siento, pero no. Algo está mal. Y obviamente tiene que ver conmigo. Tengo derecho de saber de qué se trata. ¿Qué hay dentro del sobre?

—No tiene importancia —dijo.

Por la mirada cautelosa en su rostro, supe que estaba tratando de protegerme de algo. Pero si me conocía lo bastante bien en este punto de nuestra relación, entonces sabía que yo no era de las que salía corriendo ante ninguna situación. —Tienes que respetarme ahora —dije—. No soy tonta. Como tampoco lo son nuestros amigos. Algo no está bien. ¿Qué pasa?

Nos respetábamos lo suficiente como para que él supiera que tenía que ceder y ser claro conmigo. Y así lo hizo.

—Has recibido una amenaza —dijo.

Dada la forma en que actuaba, sentí que este era el caso. ¿Pero quién la había enviado? ¿Qué clase de amenaza? ¿Está en el sobre? Déjame ver.

Renuente me lo entregó. Saqué el pedazo de papel que había dentro y lo desdoblé. Por un momento, me quedé simplemente mirando las palabras. En la mitad de la hoja, con letras recortadas de revistas y periódicos, alguien había pegado las palabras “Disfrute su último trago, puta, porque es su último”.

Temblando, se lo entregué a Tank que trató de consolarme poniendo su mano en mi brazo. Pero no había forma de consolarme. —¿Quién hizo esto? —le pregunté al mesero—. ¿Quién me compró una bebida y le entregó este sobre para mí?

El hombre parecía nervioso. —No lo sé, srta. Ward.

—¿Cómo no sabe? ¿Cómo pagó?

—En efectivo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Musculoso. De pelo castaño.

Inmediatamente pensé en Kevin que tenía pelo castaño. ¿Nos habría seguido esta noche? Alguien lo hizo. —¿Tenía barba?

—No, no tenía.

Esto me tomó por sorpresa, Kevin tenía barba. O al menos, la tenía la última vez que lo vi. ¿Se la habría afeitado? Por supuesto que podría haberlo hecho. —Describámelo —dije—. ¿Qué llevaba puesto? ¿Qué aspecto tenía? —Miré a mi alrededor—. ¿Tienen cámaras de seguridad aquí? Si tienen, sería útil.

—No tienen —dijo Tank—. No es un sitio que frecuenten los turistas. La mayoría de la clientela es del área y los conocen por el nombre. No hay cámaras, solo un código de seguridad para entrar al restaurante.

Miré al mesero. —Describámelo.

—Había mucha gente. Él solo entró y dijo que la había reconocido y que quería comprarle un trago y luego me pidió que le entregara una nota de un admirador. Es sábado por la noche. El restaurante estaba lleno. Ha sido una locura. Simplemente tomé su dinero, cogí el sobre y le pregunté cuándo quería que le entregara a usted el trago con el sobre. Me dijo cuándo. Lamento haberla alterado, Srta. Ward.

—Estaba haciendo su trabajo —dije—. No es culpa suya, discúlpeme si me salí de mis casillas. No era mi intención... estoy preocupada. Y un poco furiosa. ¿El hombre era de estatura promedio o alto?

—¿Estás pensando en Boss? —dijo Tank.

—Por supuesto. Estoy pensando en Kevin y en Boss. Los dos la tienen tomada conmigo.

—Yo diría que medía más o menos dos metros —dijo el mesero.



—¿Está seguro de eso?

—No completamente. Pero yo mido dos metros y estábamos a la misma altura. Me acuerdo de eso.

Marco Boss era un gigante. Kevin media como un metro ochenta, pero quien sabe que tan alto era con los zapatos que llevaba puestos. —¿Le pareció que este hombre era un indigente?

—De ningún modo.

—¿Le pareció que estaba drogado o borracho?

—No señora.

—¿Qué llevaba puesto?

—Un abrigo marrón, recuerdo. Y creo que un suéter. No recuerdo qué tipo de pantalones tenía. No me di cuenta.

Tomé aliento para tranquilizarme. —El motivo por el que hemos sido tan inquisidores es porque ha habido una amenaza previa. Estoy frustrada, es todo. Por favor acepte mis disculpas si he sido demasiado agresiva.

—No es necesario.

Miré a Tank. —¿Qué piensas de todo esto?

—Que es hora de mostrarle la composición fotográfica a él.

—¿La tienes contigo?

—Te han amenazado. Cualquier cosa puede suceder en cualquier momento. Lo de esta noche lo confirma. Entonces, por supuesto que la tengo. —Miró al mesero—. Solo necesito mi abrigo. —Cuando el hombre se lo trajo, él sacó la composición de un bolsillo interior y se la mostró al mesero. —¿Era él?

—No, no tenía barba. Y su pelo era mucho más corto.

—Entonces olvídense de la barba. ¿Se lo imagina con pelo corto? Use su imaginación. ¿Podría ser él si estuviera más aseado?

El mesero estudió la fotografía. —Es difícil decirlo —dijo—. Tal vez. No estoy seguro. El hombre que compró el trago se veía más joven que este tipo, pero una afeitada y un corte de pelo le *harían* parecer más joven, entonces no lo sé. —Nos miró—. Me gustaría poder ayudarles, pero no los quiero confundir.

—Está bien —dijo Tank pasándole de nuevo su abrigo—. Gracias por su tiempo.

Cuando el mesero se fue, dije: —¿Ahora qué hacemos?

—Tenemos que llevarte a ti y a todos los demás a sus casas a salvo. Déjame llamar a mi equipo. Tendrán autos esperándonos a todos y se asegurarán de que la calle esté despejada cuando salgamos.

Se hizo a un lado, sacó su celular del bolsillo de la chaqueta e hizo una llamada, era todo lo que se necesitaba. Cuando terminó dijo: —Estarán aquí en quince minutos. No salimos del restaurante hasta que nos lo digan. Nuestros

amigos deben estar preocupados por ti en este momento, obviamente. Volvamos al comedor y cuéntales lo que pasó y cómo estamos haciéndonos cargo de todo.

Cuando lo hicimos y Tank explicó la situación en la que estábamos, Jennifer buscó mi mano y la cerró entre las suyas. —¿Estás bien? —preguntó—.

—Realmente no.

—Esto fue tu ex o Marco Boss —dijo Blackwell—. Apuesto a que fue Boss. Por lo que me contaste de Kevin, él no puede pagar un cóctel, trajes nuevos o un barbero para que le corte el pelo y le afeite la barba.

—De hecho, no estoy de acuerdo —dijo Tank—. Si Kevin puede pagar por su adicción a la metanfetamina y al alcohol, que cuestan mucho dinero al día, entonces puede conseguir una cantidad mínima de dinero para hacer esto. La ropa vale casi nada en lugares como the Salvation Army. De hecho, si realmente estás necesitado, alguien ahí le pudo haber dado un nuevo conjunto de ropa gratis. Un viaje a una barbería barata para un corte de pelo y afeitada son treinta dólares, como máximo. Una ducha en un albergue le podría costar unos quince dólares. ¿Esta noche? El trago fueron dieciséis dólares. Entonces estamos pensando en una inversión mínima de su parte. Si planea meterse con Lisa, se lo puede permitir. ¿Quién sabe cómo es su vida? ¿Está vendiendo metanfetaminas? Si lo hace, tiene una entrada. ¿Tiene un empleo de medio tiempo? No sabemos, pero ¿si lo tiene? Un ingreso. Lo que tenemos que considerar es lo siguiente, puesto que sabe dónde vive ella, es un candidato para esto. Podría haber estado acechando por la cuadra y seguirnos hasta aquí en un taxi. Le podría haber costado unos ocho dólares. Para Kevin, sin tener en cuenta el hecho de que esté sin hogar, todo esto es posible.

—Déjenme sugerir algo aquí —dijo Alex—. Boss no es tonto. Es demasiado inteligente para implicarse directamente. Si está detrás de esto, y yo creo que es capaz de algo así, contrató a alguien para que siguiera a Lisa e hiciera todo lo que ocurrió esta noche.

—Podría ser —dijo Tank—. ¿Pero probarlo? Esa es la parte difícil.

—Lo siento mucho, Lisa —dijo Iris—.

—Todo saldrá bien, Iris. Pero gracias. Tengo a Tank, él es mi apoyo. Él me cubre la espalda, como creo lo estamos presenciando ahora.

Blackwell miró a Tank. —Su foto ha estado por todas partes últimamente. El cartel en Times Square y el anuncio que circuló en el *Times* era sexual y provocativo. Fue mi culpa y lo acepto. Así que tengo que preguntar: ¿Podría algún fanático trastornado, si aun quieren llamarlo así, estar detrás de esto?

—Esa es otra posibilidad —dijo Tank—. Así ella lo quiera admitir o no, y yo creo que lo haga en este momento, Lisa está a punto de convertirse en una celebridad. La anfitriona la reconoció cuando entramos al restaurante esta noche.

Ese cartel publicitario en Times Square es poderoso, así como el anuncio en el *Times*. El artículo que escribió la AP sobre ella decía que vivía en Manhattan. Desafortunadamente, decía que vivía en la Quinta Avenida. Afortunadamente, no mencionaba su dirección exacta por respeto a su privacidad. Entonces, la pregunta es: Si fue un fanático, ¿cómo pudo esa persona seguirnos hasta acá si no sabía dónde vivía exactamente en la Quinta Avenida? Podría vivir cerca de Washington Square. Cerca de Harlem. En Midtown. La Quinta se extiende a lo largo de Manhattan. Yo no creo que esto tenga que ver con un fanático. Pero naturalmente, lo examinaremos.

En el bolsillo de la chaqueta de Tank, timbró su celular. Lo buscó, contestó y luego colgó sin decir una palabra. Nos miró. —Mis hombres están afuera —dijo—. Este es el protocolo. Ya revisaron el área. Cuando salgamos del restaurante, Blackwell e iris, comparten el auto a su izquierda. Jennifer y Alex, toman el auto del centro. Lisa y yo tomamos el auto a nuestra derecha. Salimos en ese orden. ¿Entendido?

Todos estuvimos de acuerdo.

—Entonces vamos a casa —dijo Tank—. Y cuídense.

## CAPÍTULO ONCE

Salimos de JoJo sin incidentes, pero el miedo ya estaba corriendo por mis venas y dejado un mal presentimiento en mi corazón.

*¿Quién había hecho esto? ¿Por qué?*

Yo no me comía el cuento del fanático trastornado. Había sido Kevin o Marco Boss. Y si había sido uno de ellos, sabía por qué.

Me senté al lado de Tank y tomé su mano mientras avanzábamos entre el tráfico camino a mi apartamento en el 800 de la Quinta Avenida. Cuando llegamos, la limosina se detuvo cerca a la acera, nuestro conductor, Cutter, salió del auto, y solo cuando nos indicó que era seguro salir lo hicimos y entramos rápido al edificio.

Fue en ese momento que la noche tomó un giro aun más oscuro.

Cuando entramos a la recepción, el portero, George, nos detuvo. —Srta. Wart —dijo con una sonrisa—. Tengo un paquete para usted.

Miré a George y sentí que se me enfriaba la sangre. *No ha terminado todavía...*

Sobre el escritorio de la recepción, había una caja blanca rectangular con una cinta negra alrededor. Era claro que provenía de una floristería. Tank la interceptó.

—No la toques —me dijo.

—No pienso hacerlo.

Miró al portero. —¿Quién trajo esto?

—Floral on Fifth.

—¿Habían hecho entregas antes aquí?

—Traen entregas diariamente. Conozco a los conductores por el nombre.

Aparentemente, es la floristería que todos usan en el edificio. Hoy por la noche era Tom. Ayer era Mike. Están aquí todo el tiempo.

—¿Alguien más ha tocado esto?

—Solo Tom y yo, que yo sepa, y obviamente la persona que hizo el arreglo en la floristería.

Tank levantó la caja. —Es liviana —dijo.

—Lo que me parece raro es que es obviamente una caja para una docena de rosas —dijo George—. Pero no es posible que haya una docena de rosas en esta caja, porque usted tiene razón, es muy liviana. —Frunció el ceño y supe que se daba cuenta de que algo estaba mal—. Mis disculpas por haberla aceptado.

—Está bien, George —dije—. No ha hecho nada malo.

—¿A qué hora llegó? —preguntó Tank.

—Justo después de que ustedes salieron.

—Y naturalmente, Floral on Fifth está cerrada a esa hora.

—Sí, así es.

—Entonces necesito que ustedes dos se alejen. Contra esa pared allá.

—Tank, no la abras.

—Lisa, si hubiera algo explosivo aquí dentro, la caja sería más pesada. Lo sé. Estoy tomando precauciones solamente.

—¿Explosivo? —dijo George.

—¿Se hacen por favor al otro lado del salón?

Lo hicimos, y desde donde estábamos de pie, vi a Tank retirar cuidadosamente la cinta negra. Cuando ya la había quitado, con los dedos levantó la tapa, le dio un pequeño empujón y luego la retiró por completo.

Yo había retenido el aliento todo el tiempo y lo solté lo más silenciosamente posible para no preocupar a Tank más de lo que lo estaba haciendo.

—¿Qué hay dentro?

Él miró dentro de la caja y frunció el ceño. —Una rosa... y otra nota.

Crucé la recepción con George detrás de mí. —¿Una rosa? —pregunté.

La sacó de la caja. —Una negra.

*Muerte...*

Cuando le hablé a Tank, mantuve mi voz lo más tranquila posible. —¿Qué dice la nota?

—Antes de que responda —dijo George— díganme si prefieren tener cierta privacidad. Puedo ir al baño por un tiempo. Cuando estén listos, me avisan para regresar.

—Se lo agradecería, George —dijo Tank—. Gracias.

Cuando George se fue, Tank sacó la nota del sobre. Estaba escrita de la misma manera que la primera carta, palabras armadas con recortes de periódicos y revistas. —¿Qué dice? —pregunté.

—¿Por qué no me dejas a mí con mis hombres ...?

—Quiero saber qué dice. Tengo derecho a saberlo.

Se detuvo por un momento, y luego, con renuencia la volteó hacia mí. — Dice: “Al menos deténgase a oler la rosa, Lisa. Pero hágalo rápido, porque en este momento el olor a muerte la está rondando”.

## CAPÍTULO DOCE

Mientras subíamos en el ascensor al apartamento que compartía con Jennifer, estaba al borde del pánico, pero de alguna manera logré controlar mis emociones y mantenerlas bajo control. El pánico no me llevaría a ningún lado. En pánico es donde esa persona, quienquiera que fuera, quería que yo estuviera. Hasta donde fuera posible, pensaba negarle esa posibilidad. Pensaba trabajar con Tank y discutir las opciones que teníamos en frente de nosotros para acabar con esto de una vez.

Cuando entramos al vestíbulo, dejó caer la caja de flores al piso, me ayudó a quitarme el abrigo y luego se quitó el suyo. En lugar de colgarlos en el armario, no quería tomarme esa molestia, los doblé cuidadosamente sobre la silla que estaba justo al lado de la puerta.

—¿Un trago? —pregunté.

—¿Quieres uno?

—Oh, creo que me haría bien uno.

—Una Guinness estaría genial, pero yo me hago cargo. ¿Por qué no vas a la sala y te relajas? Yo me encargo de esto.

—Déjame a mí —dije dándole un beso en la mejilla—. Has estado maravilloso esta noche. Toma asiento en la sala. Llego en un segundo.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Cuando quedé sola en la cocina, me dejé caer contra la pared y me puse las manos sobre la cara. Tenía que recomponerme, tenía que ser fuerte. ¿Pero después de esta noche? Era mucho pedir.

Sin embargo, tenía que hacerlo.

Me moví para darle a Tank su cerveza y la serví en un vaso alto y frío salpicando un poco sobre el mesón de la cocina. Mis manos estaban temblando tanto que era gracioso. Alcancé una toalla de papel, limpié el desastre y comencé a prepararme un Martini.

*Disfrute su último trago.*

Intenté ignorar los recuerdos de esas amenazas, pero era difícil. Mientras

mezclaba el vodka con el hielo, recordé otra cosa.

*El olor a muerte la está rondando.*

Serví el coctel en un vaso de Martini y sentí que mi corazón latía más rápido. Estaba aterrorizada, no podía creer que esto estuviera ocurriendo, y estaba furiosa por todo aquello. No sabía qué estaba pasando, ni quién estaba detrás de todo. ¿Era Kevin o Marco? ¿Cuál? ¿Y cómo lo averiguaríamos? Kevin había vivido dos años en las calles. A estas alturas, las conocía tan bien que si quisiera podría desaparecer en ellas. Dudaba que Tank las conociera tan bien como Kevin. Kevin dormía ahí. Cuando estaba drogado con metanfetaminas, sabía exactamente adónde ir para esconderse de la policía. Vivía ahí, dormía ahí y por eso, las conocía mejor que la mayoría.

¿Pero las conocía Tank así de bien? Tank era un ex SEAL y mientras que él posiblemente tenía ideas de cómo buscar hasta dar con Kevin, no había manera de que conociera las calles de New York tan bien como él. Quería a mi novio con todo mi corazón, pero ni él ni nadie me podría convencer de que conocía tan bien los lugares para ocultarse en el laberinto de las calles y callejones de New York como Kevin. Kevin estaba tan familiarizado con las calles como ninguno de nosotros, Dios quiera, nunca lo estaría. Sentí entonces que, debido a esto, estábamos en desventaja para encontrarlo.

¿Y Marco? Yo fui el motivo para que lo despidieran de Wenn. Si quería vengarse de mí y estaba detrás de lo que ocurrió esta noche, él era demasiado listo para involucrarse directamente. Era muy alto, muy notorio, la gente lo recordaría inmediatamente si se le preguntara acerca de él, y lo sabía. Él no correría tal riesgo. Y como no lo haría, posiblemente habría contratado a alguien para esto.

*¿Pero realmente me quiere matar? ¿Por un simple despido que él mismo ocasionó?*

Recuerdo nuestra última conversación.

— *Nos veremos pronto, Ward. No creas que me voy a olvidar de esto.*

*Pagarás por ello.*

— *¿Es esto una amenaza?*

— *Digamos que se suma a la lista de hechos que enumeré antes. Y cuando vaya tras de ti, no te darás cuenta. Pero te dolerá.*

¿Quién sabía lo profunda que era su ira? ¿Lo habría puesto Alex en la lista negra, como Blackwell le había sugerido? No lo sabía, pero sería bastante fácil averiguarlo. ¿Habría ya encontrado Boss un nuevo trabajo? De nuevo, fácil de averiguar. Pero si no lo había hecho, tenía un motivo para estar detrás de todo esto.

Llevé nuestras bebidas a la sala de estar. Tank estaba sentado en un extremo

de uno de los sofás. Se había quitado la chaqueta y la corbata y las había puesto en el sofá de enfrente. Caminé hacia él. Me miró con preocupación cuando le alcancé la cerveza y me senté a su lado.

Levanté mi Martini y tomé un sorbo. —Por mi supervivencia —dije.

—Lisa...

Puse mi bebida en la mesa. —Tú sabes que está en mi naturaleza hacer bromas estúpidas en situaciones como esta. Así soy yo. Mi humor, tan negro como puede ser, es de hecho lo que me ayuda a mantenerme cuerda. No puedo permitir que quienquiera que esté detrás de esto me robe lo mejor de mí, Tank. No puedo... y no lo dejaré. Lo que no deja de darme vueltas en la cabeza es lo que les sucedió a Alex y Jennifer. Ambos casi pierden la vida. ¿Me sucederá lo mismo? Parece que podría pasar, por todos los demonios.

—Era una situación completamente diferente.

—¿Lo era? No estoy de acuerdo. Sí, las circunstancias eran diferentes, pero Kobus trató de matar a Alex y luego de una manera agresiva fue tras Jennifer. Casi la mata. Casi lo logra. Estuvo muy cerca de quitarle la vida a ella antes de que se matara él mismo.

—Hay algo que tú no sabes —dijo.

—¿Hay algo que yo no sepa?

—Ya comencé a trabajar en el caso de Kevin.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque, hasta ahora, no es nada comparado con lo que estoy montando para mañana.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Tengo dos hombres encubiertos en Times Square tratando de conseguir metanfetaminas. Lo están haciendo en este momento. Y así es como lo están haciendo, han oído hablar de un tal Kevin que puede potencialmente conectarlos con lo que están buscando. Necesitan una dosis, están preguntando por un tipo llamado Kevin y están dispuestos a pagarle a alguien para que se los presente. Si Kevin está tan establecido en Times Square y alrededores como creemos, esta es una forma de llegar hasta él. Después de pasar dos años en las calles, ya es conocido. Mañana, voy a desplegar más hombre en el sector, todos con la misma apariencia que mis otros hombres, y usarán ese método. Creo que tenemos una buena posibilidad de encontrarlo. Y creo que va a ser pronto.

—¿Por qué no me habías contado nada de esto antes?

—Estaban tratando de mantener tu mente lo más alejada posible de Kevin y Boss, así que lo mantuve en secreto por un tiempo. Esto comenzó hace solo unos días. Pero ¿después de esta noche? Aquí termina. Te informaré cada paso de lo que estoy tramando.



—¿Han tenido algo de suerte tus hombres?

—Todavía no.

—Tu idea es factible, podría funcionar.

—Creo que podemos atraparlo. Sé que estás preocupada, no solo por lo que te pasó esta noche, sino por las fotos que te tomó años atrás. Si lo encontramos, lo sacudiremos. Si tiene fotos tuyas, me aseguraré de que las entregue. Si está fanfarroneando, lo sabré. Créeme, tengo mis métodos para obtener lo que quiero, y reconozco a un mentiroso cuando lo tengo enfrente.

No lo estaba diciendo, pero podía leer el trasfondo, si Kevin no colaboraba, Tank y su equipo seguramente lo golpearían hasta que escupiera la verdad.

—¿Cómo manejamos a Marco?

—Es una posibilidad remota, pero mañana, voy a llamar a Floral on Fifth, me voy a presentar y voy a ver si las rosas fueron compradas con tarjeta de crédito. Dudo que ese sea el caso, de hecho, estoy casi seguro de que no es el caso, pero tengo que mirar desde todos los ángulos. Si es Boss, los dos sabemos que él contrató a otra persona para hacer esto por él. Y si lo hizo, esa persona está manejando dinero en efectivo. Dicho esto, si Marco contrató a alguien, ojalá que Floral on Fifth tenga cámaras de seguridad en el sitio para poder ver quién compró las rosas. Después de todo, la nota la dejaron dentro de la caja. Para asegurarse de que estaba dentro, alguien tuvo que ir allá personalmente para comprar las rosas y pasarle la nota a la florista para asegurarse de que ambas cosas te iban a ser entregadas. Si no hay cámaras, interrogaremos a la florista para averiguar quién las compró y obtener una descripción de la persona. Si esa descripción coincide con la descripción de la persona que te compró el Martini esta noche, al menos tendremos algo.

—Pero no mucho.

—Eso depende de cuánto lo recuerden y puedan describirlo. Solo dale tiempo a esto, Lisa.

—Eso es justamente... no sé cuánto tiempo me queda.

—Conmigo y mi equipo rodeándote, estarás a salvo.

Nunca se lo diría a él, pero no podía evitar enfrentar la realidad. *Alex no estaba a salvo esa noche que casi muere. Tampoco Jennifer... y tú los estabas protegiendo a los dos. Ninguno de nosotros es perfecto, ni ninguno de nosotros es infalible.*

Alcancé mi trago, tomé un sorbo y lo puse de nuevo sobre la mesa. —Estoy agotada —dije—. ¿Vienes conmigo a la cama? —*No quiero hablar más de esto. Hablar de esto solo me produce más miedo del que ya tengo*—. Necesito dormir un poco.

—Por supuesto.

Entramos a la alcoba, nos desvestimos, nos metimos en la cama y Tank me abrazó. No nos dijimos nada, pero pasaron horas antes de que me durmiera. Cuando finalmente me estaba quedando dormida, supe por su respiración que Tank estaba totalmente despierto, y eso me dijo todo lo que necesitaba saber. Estaba extremadamente preocupado por lo que me pudiera pasar.

## CAPÍTULO TRECE

Temprano a la mañana siguiente, me desperté sola en la cama. Cuando me incorporé, vi a Tank sentado en la silla al final de la cama. Estaba sin camisa y solo tenía puestos los boxers pero estaba despierto y observándome.

—¿Por qué estás sentado ahí? —pregunté—. ¿Por qué no estás en la cama?

—No podía dormir. Quería asegurarme de que tú pudieras.

—Oh Tank. Ven aquí. Por favor, métete en la cama conmigo. —Miré el reloj despertador sobre la mesa de noche—. Todavía no son las seis de la mañana.

—Intenta dormir un poco más.

—Solo si vuelves a la cama conmigo. No está bien que no estés aquí conmigo.

—Tal vez tengamos que pensar acerca de eso —dijo.

—¿Qué quieres decir?

Se metió en la cama, me tomó entre sus brazos y me besó la nuca. —Tal vez es hora de que te vengas a vivir conmigo —dijo—. Así puedo mantenerte cerca. Y a salvo. Te puedo proteger mejor así. Y no solo es eso... te amo. He estado pensando en esto. Quiero vivir contigo. Esto es, por supuesto, si tú quieres vivir conmigo.

Mis ojos se abrieron de sorpresa y sentí que mi cuerpo se ponía tenso. ¿Mudarme con Tank? Sabía que en algún momento esto sucedería, ¿pero ahora? Casi que parecía muy pronto, sin embargo, tenía que admitir que la idea era llamativa. Quería estar con este hombre por el resto de mi vida. Ya lo sabía. Estaba segura de que él era el indicado. Un día, me propondría matrimonio. En algún momento, nos casaríamos. Tendríamos hijos y envejeceríamos juntos. Podía imaginarme nuestro futuro juntos tan claramente como podía imaginarme una de las tramas de mis libros. Él era mi destino.

—¿Demasiado pronto? —dijo.

No respondí de inmediato.

—Hay suficiente espacio —continuó—. Tú conoces el sitio: tres alcobas, dos baños y medio, una cocina grande, mucho espacio en los armarios, una vista bonita. Múdate conmigo, Lisa. Quédate conmigo. Vive conmigo y déjame

cuidarte. Si quieres un apartamento diferente, buscaremos uno. Puedes tener lo que quieras. Venderé mi casa y podremos encontrar nuestro propio hogar. Juntos.

—¿Qué pasará con Jennifer?

—Pronto Jennifer se va a casar con Alex. Ya están comprometidos. Es solo cuestión de tiempo antes de que ella finalmente dé el salto. Ella prácticamente vive con él ahora, como le dijiste anoche en la cena. Después de llevar varios meses saliendo conmigo, creo que sabes que no soy de los que toma una decisión así precipitadamente. Es en serio cuando digo que lo he pensado mucho. Sí, hemos sido pareja oficialmente desde hace poco más de un mes, pero hemos sido una pareja no oficial y comprometida durante mucho más tiempo. No digo nada de esto a la ligera. Te estoy pidiendo que vengas a vivir conmigo.

—¿Y esperas que vaya a dormir ahora? —dije.

—Claro. Yo solo te meceré en mis brazos hasta que caigas dormida.

A pesar de toda la presión que tenía sobre mí, no pude evitar reírme de eso.

—Estás loco —dije.

—De hecho, estoy hablando en serio.

Y eso fue todo. Me di la vuelta en la cama para quedar enfrente de él y lo que vi en su cara fue una mezcla de tensión, de protección y, sobre todo, amor. Puse la palma de la mano sobre su pecho y lo besé en los labios. Luego mis ojos buscaron los suyos. —¿No crees que es muy pronto?

—No lo creo. ¿Pero tú...?

—Yo no sé lo que pienso. Acabas de soltármelo. Tú sabes que no estaba preparada para esto esta mañana. Y tienes que admitir que sería un paso bastante importante en nuestra relación.

—Me parece bien. Estoy de acuerdo ... lo es. Pero lo quiero. Quiero vivir contigo, quiero estar contigo, te quiero a mi lado, rondándome.

Con esas palabras, mi mente volvió de golpe a la nota que habían dejado anoche con la rosa negra que recibí. *El olor a muerte la está rondando*. Tank debió haber visto algo cercano al terror atravesar mi cara porque inmediatamente frunció el ceño. Luego sus labios se entreabrieron cayendo en cuenta de lo que había dicho. Cerró los ojos y me estrechó más cerca.

—Lo siento —dijo—. No era lo que quería decir. No era mi intención evocar...

—Está bien.

—No, no está bien. No estaba pensando.

Me relajé. —No querías decir nada con eso. Vamos, Tank... yo sé bien. Simplemente respondí de una forma estúpida e imprevista. No te preocupes por eso.

—Discúlpame.

—No es necesario. ¿De acuerdo? Tengo lo nervios de punta. Ahora, vamos. Nosotros somos más fuertes que esa amenaza, ¿no es así?

—Sí, lo somos.

Lo observé por un momento. Era un hombre tan leal, fuerte y amoroso. Tank no hablaba mucho, pero cuando lo hacía, posiblemente porque había sido un Marine, yo sabía que lo que me decía lo había pensado mucho. —¿Entonces quieres realmente pasar por el infierno de vivir conmigo? ¿Qué sucede contigo?

Su rostro se suavizó. —Nada.

—Creo que querrás reconsiderarlo.

—Lo he hecho. Varias veces.

*¡Oh, Jesús! Habla en serio. Necesito tiempo para pensarlo.* —¿Te ofenderías si me tomo algún tiempo para pensarlo? ¿Para comentarlo con Jennifer? Le afecta a ella también, después de todo. La estaría dejando a ella aquí sola.

—Por supuesto. Me imaginé que quierías hablar con Jennifer.

—Tal vez voy a mirar si está disponible para almorzar hoy. De hecho, no tengo nada previsto.

—¿Entonces, lo vas a considerar?

—Lo consideraré. Pero necesito hablar con Jennifer primero.

—Si vas a almorzar afuera, necesitarás personal de seguridad.

—Quiero personal de seguridad. Pero no puedes estar ahí con ellos. Necesito sentirme como si estuviera sola con Jennifer cuando hable con ella. De lo contrario, no me sentiré libre para hablar con ella abiertamente. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Sí. Mira si ella está disponible. Cuando lo sepas, me avisas y haré que te protejan.

—Te amo, Tank. Me siento halagada de que quieras esto.

—Solo espero que lo aceptes —dijo.

Y luego, inesperadamente, me hizo el amor.

\* \* \*

Más tarde esa mañana, justo antes de que las tiendas abrieran, Tank fue a Floral on Fifth para ver si podía averiguar quién me había enviado la rosa negra. Cuando regresó, una hora más tarde, yo acababa de salir de la ducha y me estaba arreglando para al almuerzo con Jennifer a mediodía.

—¿Alguna cosa? —pregunté cuando entró al baño y me besó en la nuca.

—Debido a su lista exclusiva de clientes, Floral on Fifth tiene una política de

nunca revelar la identidad de alguien que ha hecho un envío de manera anónima.

Lo miré en el espejo. —¿Discúlpame?

Él levantó un dedo. —Naturalmente, hablé con el encargado acerca de esto. Él se comenzó a disgustar hasta que le dije qué más había en la caja, la nota con la amenaza que recibiste, y se la enseñé. Luego, le dije que ya que su tienda te había llevado tanto la rosa como la nota, lo cual tu portero puede confirmar pues estaba presente cuando abrimos el paquete, Floral on Fifth era ahora cómplice en este caso y por lo tanto estaban listos para una demanda si no cooperaban conmigo. El encargado dijo que la demanda iba a ser infructuosa. Le dije que ninguno de los dos sabía lo que sucedería, pero que yo sabía que la mala publicidad acabaría con su negocio. Cuando me preguntó quién era yo, le dije que era el jefe de seguridad de Wenn Enterprises y que Wenn antepondría la demanda, tendría una conferencia de prensa y lo haría lo más público posible. Ahí fue cuando cedió.

—Eres un genio. ¿Qué te dijo?

—No me dijo nada. Regresó y trajo a la mujer que había atendido al hombre que compró la rosa. Lo que ella me dijo confirma que fue el mismo hombre que te envió el Martini. Dio una descripción similar. Cuando le enseñé la composición de Kevin, tuvo la misma reacción que el mesero de JoJo ... dijo que no era él. Cuando le dije que se lo imaginara sin barba y con un corte de pelo y ropa más limpia, dijo que había una posibilidad de que fuera, pero que no estaba segura.

—Entonces, ¿no hemos conseguido nada?

—Yo no diría eso. Todavía no hemos descartado a Kevin. Eso es algo. Si no es él, entonces alguien fue contratado para que hiciera el trabajo. Esta mañana, puse cuatro hombres más en la calle. Están buscando a Kevin, todos encubiertos tratando de comprar metanfetaminas. Aparecerá. Ya verás.

—¿Pero cuándo?

—Ojalá lo supiera, Lisa.

—¿Tenían cámaras de seguridad en la floristería?

—Tenían una sobre la puerta ... pero no funciona desde hace más de un año.

—Estás bromeando.

—Ojalá fuera así.

—Increíble.

Me envolvió en sus brazos y yo recosté mi cabeza en su antebrazo. —Nadie te va hacer daño —dijo—. Confía en mí. ¿De acuerdo? Ve y almuerza con Jennifer. Intenta olvidarte de esto y diviértete. Tienes que vivir tu vida. Cutter te llevará en el auto. Le pediré que traiga otro hombre. Estarás a salvo con ellos. Lo prometo.



## CAPÍTULO CATORCE

Era justo antes de mediodía cuando me encontré con Jennifer para almorzar en Le Bernardin en el 155 de la 55 Oeste. Estaba decidida a disfrutar nuestro rato juntas tanto como humanamente fuera posible, así que iba a tratar de no pensar en las amenazas contra mi vida. Tank tenía razón. Necesitaba vivir mi vida.

Y esto era lo que pensaba hacer.

Tanto Jennifer como yo éramos amantes de la buena comida, un interés que se quedó desesperadamente insatisfecho durante ese periodo podrido de nuestras vidas cuando llegamos a New York en mayo y solo podíamos permitirnos un apartamento en ruinas, vodka barato para nuestros Martinis y fideos Ramen, mientras que trabajábamos duro para lograr algo mucho mejor.

Viniendo de Maine, nos encantaba especialmente el marisco fresco, que era por lo que Le Bernardin, un restaurante de tres estrellas Michelin, era reconocido. Temprano esa mañana, Jennifer dijo que la manera en que preparaban el marisco ahí era ‘casi crudo, apenas tratado, ligeramente cocido, justo como en casa cuando solíamos cocinar juntas. Bueno, casi. Ok, probablemente no se parece, pero te puedes hacer la idea. De todas formas, te va a encantar allí. Solo he estado una vez con Alex para cenar, pero nunca para almorzar, cuando sirven solo un plato de precio fijo. Me muero por volver, y también quiero saber lo que está pasando contigo, especialmente después de lo de anoche’.

Llegué con Cutter y un nuevo guardaespaldas que no conocía, Max. Cuando se aseguraron de que era seguro para mí entrar, salí de la limosina, atravesé la acera con Cutter a mi lado y entré al restaurante, que era conocido por sus hermosos y altos arreglos florales. Sabía que Jennifer iba a estar vestida para el trabajo, así que me puse unos pantalones negros elegantes, un suéter rojo ajustado, y unos Louboutins de Jennifer. En algún momento, ella me iba a matar por robarle sus zapatos, así que tal vez una salida de compras, en algún momento, remediaría esto.

Cuando me acerqué a la mujer en la recepción, me saludó con una calurosa sonrisa. —Srta. Ward —dijo—. Jennifer Kent acaba de llegar y está esperándola.



Déjeme llevarla con ella.

¿Otra persona que me reconocía? Era inimaginable para mí.

Me llevó hasta la mesa de Jennifer. Llevaba puesto un traje de invierno blanco y había planchado su largo pelo castaño de tal forma que caía por su espalda y brillaba con la primera luz de la tarde. Pensé que se veía tan linda como siempre. Se puso de pie y me dio un sentido abrazo. —¿Cómo estás? —preguntó.

—Digamos simplemente que es complicado.

—¿Vino o Martini?

—¿Hola? Somos nosotras. Ya conoces la rutina. Martini, por favor.

Jennifer miró al mesero y dijo: —Belveder Martinis. Dos con un twist. —Me guiñó el ojo—. Y si puede, por favor hágalos tan suaves como la seda y tan fríos como enero.

—Por supuesto, srta. Kent.

Cuando la mujer se fue, dije: —Ella ni siquiera sabe lo que eso significa.

—Pero nosotras sí.

—Me alegra tanto que estuvieras libre.

—Como si no lo hubiera dejado todo para estar libre después de lo que te sucedió anoche. ¿Está todo bien?

Le conté lo que me esperaba cuando regresé al apartamento con Tank, la rosa negra y otra nota.

—Lo siento mucho. Debes estar aterrorizada. ¿Hay algo que Alex y yo podamos hacer? ¿Qué está pasando?

Le conté cómo Tank estaba manejando la situación y cómo se había reunido con los de Floral on Fifth esta mañana. Luego pasé a la situación más apremiante y reciente que tenía enfrente. —Esta mañana, me propuso irme a vivir con él —dije.

Abrió los ojos de par en par. —Él, ¿qué?

—Así fue más o menos como me sentí.

—Parece tan pronto.

—Extraoficialmente, hemos estado saliendo por meses. Oficialmente, poco más de un mes. ¿Cuál cuenta más?

—En lo que a mí respecta, lo que cuenta es lo que sientes por él. Punto. Eso es lo que debería dirigir tu decisión.

—Le dije que primero necesitaba hablar contigo. No me he comprometido con nada.

—Sé que estás enamorada de él.

—Lo estoy, locamente.

—Sé cómo te sientes. Pero déjame ponerlo de otra manera. ¿Es él el elegido?

—¿Quién sabe? Creo que sí, pero ¿quién puede estar seguro?

—Ninguno de nosotros puede estarlo. Pero podemos arrepentirnos de las cosas más adelante en la vida, incluso aunque no resulten tan bien como esperábamos. Lo único seguro es el presente y lo fuerte que sientas el futuro. Al menos, eso es lo que siento por Alex.

—¿Desde cuándo te convertiste en Yoda?

Se rio de eso. —¡Oh, Dios mío!, cuánto te he echado de menos.

—No comiences. Tú fuiste la que se fue para Singapur, no yo.

—No tenía opción.

—Estaba bromeando, simplemente.

Nuestros Martinis llegaron más pronto de lo esperado. Brindamos antes de tomar el primer sorbo. —Bueno —dijo levantando su copa para chocar la mía—. —Por la posibilidad de nuevos comienzos.

—Y esa es la otra cosa sobre la que tenemos que hablar —dije.

—¿Estás preocupada por irte del apartamento? ¿Es eso?

—Por supuesto que lo estoy. Yo sé que ese apartamento es tuyo, pero nos mudamos juntas. También sé que no estás considerando mudarte con Alex hasta que se casen en julio.

—Algunas cosas cambian.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que puedo estar también considerando una mudanza de mi parte, especialmente después de vivir con Alex en la isla y ahora en Singapur, lo cual fue mágico. Alex y yo estamos tan cerca el uno del otro que no quiero estar sin él. Pensé que esperaríamos hasta que nos casáramos, pero ahora pienso que me podría dejar convencer. Especialmente ahora, con tus noticias. Si quieres mudarte con Tank, Yo digo que deberías hacerlo porque sé que no vas a tomar esa decisión a la ligera. Si te mudas, lo estarías haciendo por una buena razón. Si debo mudarme con Alex antes de que nos casemos, será mi decisión. Soy libre de cambiar de parecer. Y también lo estaría haciendo por una buena razón.

—¿Así que lo has pensado?

—¿Estás bromeando? Alex ha sido muy persistente pidiéndome que lo reconsidere. Y aunque le dije que no lo haría hasta que nos casáramos, tengo que decir que, así lo haya descartado inicialmente, puedo estar reconsiderándolo. Me puedo ver viviendo con él. En este momento, de hecho, como que me gustaría vivir con él. ¿Y después de la charla que hemos tenido? Podría considerarlo seriamente porque puedo ver que esto es algo que tú quieres para ti y Tank.

—Pero ¿cómo sabemos si es lo que debemos hacer?

—No lo sabemos. Creo que nos dejamos guiar por nuestro instinto y esperamos lo mejor. ¿Qué te dice tu instinto?

—No estoy segura, Tank me lo preguntó tan solo esta mañana. Todo es aun muy nuevo. ¿Con respecto a ti? ¿Lo harías?

—¿Lo haría yo? O me estás preguntando si deberías hacerlo tú.

—Te estoy preguntando que harías tú.

Tomó un sorbo de Martini. —Me parece bien. Creo que estoy lista.

—¡La mierda!

—Lo sé.

—Supongo que uno de estos días no vamos a estar unidas como uña y mugre. Ya está ocurriendo. Estamos pasando cada vez menos tiempo juntas, y creo que probablemente es natural en este punto de nuestras vidas. Pero te voy a decir la verdad, Jennifer, me entristece pensar que no estaremos juntas como lo hemos estado desde que nos mudamos a New York.

—No eres la única.

—Una parte de mí no quiere seguir adelante.

—Pero otra parte sí quiere.

La miré, pero no respondió.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó—. ¿Al menos desde mi punto de vista?

—Por supuesto.

—Probablemente he estado pensando desde hace más tiempo acerca de nuestra inevitable separación porque he estado con Alex más tiempo del que tú has estado con Tank. Y estoy comprometida con él, lo que solo anima más ... oh, no sé ... todo. Pronto estaré casada. Eso quiere decir que en no mucho tiempo, voy a estar saliendo de nuestro apartamento y de tu día a día.

—Entiendo eso, solo que no esperaba que esa opción se nos presentara tan pronto.

—Nadie puede predecir cuándo vendrá un cambio. Y seguir adelante no quiere decir que no te importe más alguien. Solo significa que te estás dando cuenta que solo tienes control sobre ti misma y que el curso de tu vida está en tus manos. ¿Correcto? ¿No estás de acuerdo? Dar el siguiente paso en nuestras vidas significa que hay un punto en el que debemos pasar la página y creo que ese momento ha llegado. Podría ser el momento de aceptar el magnífico pasado que disfrutamos y pasar a la siguiente etapa de nuestras vidas, pero sin olvidar todo lo que hemos vivido juntas. Al contrario, deberíamos celebrar lo que hemos tenido como mejores amigas. Lisa, si cada una de nosotras decidiera que quiere irse a vivir con su novio, entonces deberíamos alegrarnos por eso porque las dos estaremos felices, y un día, si dejamos pasar esta oportunidad, tal vez no lo estemos. Ya sabes lo que nos decía mi tío Vaughn cuando pescábamos langosta con él, uno no pasa simplemente por la vida, uno crece con la vida. Y tenía razón. He guardado esas palabras cerca de mi corazón desde que entendí lo que

significaban, lo cual fue, lamentablemente, después de su muerte. Pero al menos me las pasó a mí, y también a ti.

—Hablas como si tuvieras todo esto analizado.

—Es simplemente que he tenido más tiempo para procesarlo. Tú has tenido apenas unas pocas horas. Obviamente, yo sabía que este día llegaría, como tú. Y sí, como ya dije, lo he estado pensando. Sabía que en algún momento íbamos a tener esta conversación. Tendríamos que afrontar que había llegado el momento de que cada una siguiera adelante. Pero espero que me hayas oído hace un momento. Nuestras vidas serán diferentes solo porque no nos despertaremos juntas cada mañana. Aparte de eso, ¿qué cambia? Yo voy a trabajar. Tú vas a trabajar. Nos encontramos un par de veces cada semana para ir de compras, almorzar, cenar. Es un cambio, pero ¿es un gran cambio si seguimos alimentando nuestra relación? No estoy segura de que lo sea. Te veo en mi vida por siempre. Así que, ¿qué piensas hacer?

Lo pensé un poco, le dije lo que pensaba que haría y luego el mesero se detuvo en nuestra mesa y tomó nuestro pedido. Dejamos el tema de lado hasta que llegó nuestro almuerzo, para entonces, en la mitad de lo que sería una de las comidas más espectaculares que haya experimentado, Jennifer me preguntó cómo me sentía con respecto a la propuesta de Tank.

—No quiero lidiar con eso ahora —dije—. Ya he tenido bastante drama. Primero, tengo que pasar por la fiesta de Wenn Publishing que es en solo dos días. Luego, seguiré pensándolo y le daré una respuesta, que puede cambiar al final de esta comida.

—Está bien —dijo—. Tómame tu tiempo.

—Creo que debo hacerlo.

—Entonces ¿qué tal esto? Llamaré a Blackwell cuando regrese a Wenn y le pediré que prepare una pequeña fiesta para nosotras antes de la fiesta de Wenn.

—¿Qué quieres decir?

—Le preguntaré a Bárbara si Bernie nos puede arreglar a todas. Me aseguraré de que tengamos Martinis a mano. Trataremos de apartar tu mente de todo esto. Luego, asistiremos a la fiesta de Wenn, conoceremos nueva gente, nos divertiremos y nos olvidaremos de toda esta mierda con los novios hasta que tengamos que lidiar con eso. Así, no habrá presión sobre ninguna de las dos.

—Te quiero Jennifer.

Me dio un beso. —Yo te quiero más.

## CAPÍTULO QUINCE

Dos días después, a las cinco de la tarde, cuando llegó el momento de que Blackwell y Bernie nos prepararan a Jennifer y a mí para la fiesta, llegamos a la oficina de Blackwell y la seguimos hasta el salón de conferencias vacío que nos servía de vestidor en Wenn.

Blackwell se veía fantástica con su traje negro ajustado que acompañó únicamente con un collar de perlas. Llevaba un par de gafas nuevas, de aspecto serio y marco negro ligeramente levantado en los bordes. ¿Se las pondría para esta noche? Por supuesto que lo haría, para llamar la atención. Su pelo, por lo general con un peinado bob, tenía una punta, un estilo más dramático, no muy diferente al que tenía el día que despidió a Marco Boss. Viéndola, era claro que Bernie ya la había arreglado y era todo un éxito.

Como siempre, Bernie estaba esperándonos en el salón de conferencias. Tenía todo listo y, dado que no sabía sobre las amenazas contra mi vida, era el mismo optimista de siempre. No había visto a Jennifer en meses y entonces se dirigió a ella primero. La abrazó y le murmuró algo al oído que la hizo reír. Luego, me saludó con un cálido abrazo y un beso en cada mejilla. Lo separé de mí y lo miré a los ojos, pero evité sus mejillas. En cambio, le di un breve beso en los labios.

—Bueno, si va a ser así, deberíamos tal vez apagar las luces y poner ‘Love to Love You, Baby’ de Donna Summer —dijo—. Con esa canción yo me echaba los polvos durante toda mi juventud. No con mujeres, por supuesto. Sino con cestas llenas de hombres. Tú sabes cómo es eso.

—¡Bernie! —dijo Blackwell.

—Solo estaba bromeando. —Nos miró a cada una—. Ustedes dos se ven fabulosas.

Le guiñé el ojo. —Creo que voy a lucir extra fabulosa después de que te hayas hecho cargo de mí.

—Lo mismo conmigo —repitió Jennifer—. No me he arreglado el pelo adecuadamente en semanas.

—Tengo justamente el truco para encargarme de eso, Jennifer.

—Tienes el truco para arreglarlo todo, Bernie. ¿No está de acuerdo, Bárbara?

—Por supuesto que sí. Mírenme a mí ahora, ¿creen que yo sola hice esto?

¡Oh, cómo me gustaría! Sé cómo vestirme, pero el resto ... sé cómo juzgar, pero no sé cómo hacer lo que hace Bernie. Pero hay una diferencia. Y miren lo que ha hecho con ustedes en el pasado, de puras ruinas a puras bellezas en menos de una hora. Todo con unas pocas horquillas bien puestas y unas pinceladas. Bernie es nuestro genio inmortal. Amor, amor, amor para ti, Bernie. Eso es lo que siento por ti, mi querido amigo, que me has salvado el trasero de estos dos baches a los que me gusta referirme como Jennifer y Lisa.

—¿De verdad? —dijo Jennifer.

—¿Es cierto? —contrarresté.

—Ustedes dos se engañan si creen lo contrario. Ahora, manos a la obra.

—¿Dónde está Iris? —pregunté—. Dijo que vendría esta noche.

—Lo hará, ya estuvo con Bernie más temprano hoy. Él tomó esa mata rojiza de ella y, por lo que oí, le hizo una transformación bastante despiadada, ¡puede que ni la reconozcan esta noche! Yo también la ayudé un poco. Le envié un bonito traje de Valentino porque me negaba a estar con alguien durante toda la noche que insistiera en vestirse como un hombre. No se preocupen. Ya nos hicimos cargo de Iris. Se va a encontrar con nosotros en Frick a las ocho.

—Perfecto —dije—. Me muero por ver lo que ustedes dos hicieron con ella.

—No veo ‘The Miracle Worker’ todas las semanas sin motivo alguno, Lisa. Y Bernie tampoco lo hace.

—Usted es una persona enferma—le dije a ella.

—No creo.

—Por favor. Está llena de críticas.

—Quizá en parte. Pero te gusta. Mis críticas solo harán que brilles, así que supéralas y pasa a la silla, vas primero.

Cuando me senté en la silla, Blackwell por supuesto no pudo contenerse, así que se puso de pie al lado de Bernie para supervisar lo que él me hacía.

—Mi perfecta tallita cero —dijo—. Mírate. Tan linda. Tan pequeña. Tan plana de pecho y con necesidad de un cambio de imagen. Por lo menos, Bernie hará lo último. Y yo haré lo que pueda para lograr lo primero. No podemos dejar que luzcas como una de tus cosas vivientes.

—¿Mis muertos vivientes? —dije.

—No sé lo que eso significa. Lo único que sé es que necesitas que te arreglen si queremos dejarlos muertos esta noche. Queremos que luzcas fresca y con vida.

—¿Tan mal estoy? —pregunté, mirándome en el espejo. Giré la cabeza de un lado al otro, y al hacerlo, mi cara se descompuso. Estaba contenta de estar donde estaba ahora, pero tenía que admitir que el estrés de los últimos dos días estaba

comenzando a pasar factura. Rara vez me había visto tan cansada como ahora. No se podía negar. Me veía demacrada.

—Estás peor que mal —dijo Blackwell—. Mira tu palidez. Te has convertido prácticamente en uno de tus personajes.

—Eso es un poco duro.

—Pero también es cierto. Bernie, por favor deshazte de esas ojeras, y por el amor de Dios, ponle un rubor saludable, y complétalo con un destello fresco de pelo rubio. Tengo la impresión de que ha estado trabajando tan duro para terminar la novela, probablemente en sudadera y camiseta, cuya sola idea me produce comezón, que es casi una muerta viviente ella misma. Tenemos que sacudir a esta chica para revivirla. Tenemos que pellizcarle las mejillas... todas.

—Hizo una pausa por un momento y luego me dijo:

—Esto es, claro está, si todavía quieres capturar la atención de Tank.

—Oh, creo que ya la capturé.

—¿Qué significa eso?

—No lo podrá tolerar.

—Yo puedo tolerar cualquier cosa.

*Ya veremos.* —Me pidió que fuera a vivir con él.

—Él, ¿qué? ¿Cuándo?

—Justo el otro día.

Blackwell parecía ofendida. —¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no la había visto. La estoy viendo ahora y le estoy contando ahora. Esto no es exactamente una conspiración.

—¿Lo vas a hacer?

—Puede ser.

—Entonces, eres una golfa.

—Oh, querida —dijo Bernie.

—¿Una qué?

—Una golfa.

—Después de haber estado exclusivamente con un hombre por meses, y dado lo mucho que lo quiero y lo mucho que estoy comprometida con él, difícilmente soy una golfa si decido irme a vivir con él.

—¿En la generación de quién?

—Probablemente no en la suya. Pero ¿en mi generación? No es gran cosa.

—Entonces vuélvete a tu mejor amiga y mira su buen comportamiento.

Jennifer ha aguantado. Está haciendo lo correcto y esperando a estar casada para irse a vivir con Alex.

—Ummm, sí —dijo Jennifer—. Eso podría haber cambiado.

Blackwell se volvió hacia ella. —¿De qué estás hablando?

—Si Lisa decide irse a vivir con Tank, entonces yo finalmente voy a ceder y me voy a vivir con Alex también, no me atrae en lo absoluto la idea de vivir sola. Además, Alex me ha pedido casi cada semana que me vaya a vivir con él. Él es persistente. No lo puedo ignorar toda la vida. Pero va más allá de eso. Después de nuestra experiencia en la isla y luego en Singapur, sé que no me molestaría vivir con él.

—Creo que he perdido la cabeza —dijo Blackwell—. Imagínate, Bernie. Irse a vivir juntos tan pronto. ¿Qué le ha pasado al mundo? No respondas, te lo voy a decir. Se está yendo al infierno. ¿Dónde están mis hijas? Tengo que hablar ya con ellas.

—Tal vez debería —dije—. Y si son honestas con usted, pregúntelas lo que harían en nuestras situaciones. Quieren a Tank. Quieren a Alex. Nos han visto a todos juntos. Creo que ambas sabemos lo que harían.

—No te atrevas a involucrar a mis hijas en esto.

—Creo que *usted* lo hizo. —Miré a Bernie—. De todos modos, basta con eso. No he decidido nada todavía. Así que, vamos a calmarnos y centrarnos en la tarea que tenemos a mano, que es revivir esta cara fatigada mía. Bernie, por favor, te lo pido... al ataque.

\* \* \*

Y lo hizo. Cuando terminó, se alejó de mí con los brazos estirados a los lados. Estudió mi cara y mi pelo por un momento antes de decir: —Voilà.

—Voilà, en efecto —dije, mirando mi reflejo en el espejo. No me veía en absoluto como hace una hora. Mi piel estaba brillante y perfecta y había peinado mi pelo en un moño elegante y apretado. Para efectos dramáticos, se lanzó al ataque con un rojo audaz que aplicó en mis labios, y también con el maquillaje de mis ojos, que ahora brillaban con la oscuridad y la luz. Era una apariencia atrevida que me hacía sentir como una persona diferente. —No sé cómo lo haces, pero me alegra que lo puedas hacer. Estoy segura de que yo no podría hacerlo. Eres tan talentoso, Bernie. Y soy tan afortunada de tenerte en mi vida.

—Eres una chica hermosa, Lisa.

—Con tu ayuda, puedo pasar por una. Y la ayuda de Bárbara, por supuesto, aunque ella piense que soy una golfa.

Ella se acercó detrás de mí, puso sus manos en mis hombros, les dio un apretón e inclinó la cabeza hacia el lado mientras estudiaba mi pelo y mi cara. Luego, su mirada se encontró con la mía. —Lo que sea que decidas, tú sabes que



solo deseo lo mejor para ti y Tank.

—¿Qué hay de Alex y de mí? —preguntó Jennifer.

—Todavía lo estoy procesando.

—Entonces, me muero por saberlo —le dije a Blackwell—. ¿Qué ha pensado que yo vista esta noche?

—Algo etéreo.

—Si ella se pone algo etéreo, yo me pongo algo sobrenatural —dijo Jennifer—.

—Espera a que veas lo que tengo para ti, Jennifer. Pero ya que Lisa es la primera en vestirse, veamos qué piensa.

Se volvió hacia el estante detrás de ella y sacó un vestido magnífico de seda azul clara con un cuello en V profundo y una enorme falda de pliegues salpicada con cristales de adorno.

—Prada —dijo—. Porque sé que te desvives por Prada. Es de su colección de costura de otoño. Mira cómo los cristales están incrustados a lo largo de los pliegues y cómo la falda se mueve con el viento. Es prácticamente sin peso. Es atrevido y da una imagen de ti. Sé que puedes llevarlo, especialmente con tu tono de piel. ¿Qué piensas?

—Me encanta. ¿Pero no revelará demasiado? Por lo que parece, mis senos apenas van a estar cubiertos.

—¿Tus senos?

—¿Cuándo va a dejar de insultarme? Sí tengo.

—Si insistes.

—Ya le dije que Tank puede jugar al motorcito conmigo.

—Oh, no, no lo hiciste —dijo Jennifer.

—Oh, sí, sí lo hice... y sí puede. Y lo hace.

—¡Basta! —dijo Blackwell.

—Bueno, es verdad.

—Ya te dije una vez que no quiero volver a escuchar esas cosas nunca más.

—Eso es solo porque nadie nunca ha jugado con usted al motorcito.

—Ustedes, muchachas, me van a matar. Bueno, de pie. Déjame ver cómo te queda. Tengo un sastre esperando afuera en caso de que se necesite ajustarlo. Póntelo.

Me había cambiado de ropa tantas veces delante de ellos que ni siquiera lo pensé. Cuando me deslicé dentro del vestido, fue claro que de nuevo había dado en el clavo.

—Oh —dije mientras daba vuelta frente al espejo de cuerpo entero a mi derecha—. Es exquisito. Tenía razón, miren el adorno de cuentas y cómo captura la luz. Y cómo se mece cuando me muevo. Es precioso, Bárbara. Es hasta ahora

mi favorito. Muchas gracias. ¿Qué piensan ustedes dos?

—Bravo —dijo Bernie.

—Eres una princesa —dijo Jennifer.

—Estoy indecisa —dijo Blackwell—. A ver, da la vuelta. Así está bien.

Sigue girando. Despacio. Ajuste perfecto. Gira. Sí. La caída está bien, porque no queremos que una de tus tetas inexistentes aparezca de pronto, te adheriremos la tela por si acaso pierdes la lotería y ocurre algo así. Y mira el largo. Casi que está muy largo, pero no te has probado los zapatos. —Se acercó a la mesa al lado de ella y me ofreció un par de tacones destalonados Prada que era del mismo color del vestido. De hecho, parecía como si hubieran sido hechos para el vestido.

Me los puse y el look quedó completo. El largo del vestido era perfecto. El pelo y el maquillaje sublimes. A pesar de lo que estaba atravesando, y todo el peso que eso acarreaba, me sentí contenta en ese momento. Y segura. Pocas veces me había sentido que me veía bonita, pero lo sentía ahora, lo cual era tan raro como especial. —Es fantástico —dije.

—Me alegra que te guste, pero no he terminado. —Se acercó a la mesa al lado de ella y sacó de una caja de terciopelo negro una diadema de oro y diamantes.

—¡No puede ser en serio!

—Claro que lo es. Esto es lo que hará que la gente hable...una verdadera pieza. Fred Leighton. Vintage. En préstamo, porque así me la dieron. —Se la pasó a Bernie, que la miró un momento mientras yo me sentaba en la silla al frente del espejo. Luego, él la puso en mi cabeza. El oro era un poco más oscuro que mi pelo, y no se perdían los diamantes, eran tan grandes que estaban por ser desagradables.

—Entonces, aparentemente soy toda una princesa —dije—. Al menos por esta noche. Tengo algún sentido de la moda, pero nada como esto. —Miré a Blackwell y Bernie—. Esto es todo gracias a ustedes dos. Gracias.

—Y tú vas a recoger los frutos —bromeó Blackwell—. Tan injusto. Pero tengo que admitir que, para ti, es hasta ahora el mejor. Hasta a los gays les va a encantar, y esto causará un rumor eufórico en los blogs. Lo más importante es que esto dice que eres seria con tu trabajo. Esto dice que has venido a participar en el juego, sin ser amenazante ni castrante. Y mira, —me dijo Blackwell mientras se giró a una mesa detrás de ella— un bolso que combina. Aquí está. ¿Ves lo pequeño que es? Y mira el color. ¡Oh, deja esas lágrimas! Está hecho de la misma tela azul pálido de tu vestido. Y no creas que no tuve que esforzarme para conseguirlo, porque tuve que hacerlo. Pero valió la pena. Te ves elegante así. Tengo que decir, cuando esto pasa es uno de los mejores momentos de mi

día. Me encanta. Y te quiero, querida.

—Eres una experta en moda —le dijo Bernie.

—Oh, no de nuevo —dijo Jennifer.

Blackwell la ignoró y presionó su mano sobre su corazón mientras lo miraba. ————— Puedo sentir el llamado de esa vocación, ha estado ahí desde que era niña, cuando evitaba esa horrible tienda de Macy's que le gustaba a mi madre y prefería el Bloomingdales que quedaba justo abajo de la calle.

—¿Cómo pudiste soportarlo? —preguntó Bernie.

—Era terrible, pero trataba de no pensar mucho en eso. Solo hacía que odiara a mi madre más de lo que ya la odiaba.

—Tienes un ojo que pocos pueden igualar.

—Lo han dicho antes, pero ¿quién soy yo para juzgar mi propio trabajo?

—Un verdadero artista lo haría.

—¿Lo crees?

—Lo sé. Te he visto en acción. He visto lo que puedes hacer. Y mira a Lisa ahora... es un desastre agradecido y emotivo. Todo gracias a ti.

—*Mon Dieu. C'est mon destin.*

\* \* \*

Más tarde, cuando Bernie terminó con Jennifer, él dio un paso atrás para evaluar su trabajo. Había planchado su pelo de tal forma que caía liso sobre su espalda, el cual era su mejor look, y la había maquillado casi tan dramáticamente como a mí, un poco menos marcado. La estudió cuidadosamente, luego agregó un toque más de pintalabios, un poco más oscuro que el mío, y la miró al espejo.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Perfecto —dijo ella—. Siempre lo logras, Bernie. Gracias a Dios, por tenerte a ti. Hablo en serio. No podría hacer nada de esto por mi cuenta.

—¿Te imaginas lo que Bernie podría hacer con Gollum? —dije.

—¿Con qué? —dijo Blackwell.

—Gollum.

—No sé quién o qué cosa es.

—Es ese pequeño demonio delgado y asustador que merodea por ahí en las películas del 'Señor de los Anillos' y el 'Hobbit'.

Jennifer me miró. —¿Piensas que sin maquillaje me parezco a Gollum?

—Ese no es el punto. Mi punto es que, si puede hacer esto con nosotras, solo imagínate lo que podría hacer... oh, olvídalo.

—Si, mejor olvidémoslo —dijo Jennifer con una expresión de altivez que me indicó que había entendido mi chiste.

Bernie le dio un beso a Jennifer en cada mejilla y luego se volteó hacia Blackwell. —Es toda tuya —dijo.

—Y está perfecta. Como esto. —Levantó un vestido que era de un rojo tan profundo y de una tela que se ajustaba tanto que estaba claro que era para resaltar las atrevidas curvas y el tono de piel de Jennifer.

—Giambattista Valli Couture —dijo Blackwell—. Apenas vas a poder moverte o respirar con este vestido, que no es que me importe realmente. Al igual que comer, respirar está sobrevalorado, solo te hacen ver hinchada. Ahora, vístete. Deja ver cómo te queda. La ropa interior está sobre la mesa. Los zapatos están aquí. Venga, vístete. Veamos. Naturalmente, tengo un plan B.

Sin dudar, Jennifer se quitó la ropa e hizo justamente eso. Blackwell la ayudó con el Spanx y a ponerse el vestido para que su pelo y maquillaje no se fueran a arruinar. Cuando todo estuvo listo, Jennifer se puso de pie frente al espejo para examinarse. De inmediato pensé que se veía más que fabulosa. Giró para un lado y para el otro. Pidió un espejo, que Bernie le pasó, para poder ver la parte de atrás de su pelo y vestido. Tenía mucha más experiencia que yo para esto, y era increíble ver en lo que se había convertido desde que se unió a Wenn, una pura profesional, que al igual que Blackwell, no se le escapaba un detalle.

—Creo que la parte baja de la espalda, justo encima del culo, necesita subirse. ¿Tengo razón?

—La tienes —dijo Blackwell. —Pero ajustar ese culo tuyo siempre es un reto. ¿Algo más?

—Un toque y un retoque, y estamos listas.

—Entonces trae a tu hombre —dijo—. Déjalo que toque y retoque. No le va a tomar mucho tiempo.

\* \* \*

Cuando el vestido de Jennifer ya había sido adecuadamente adaptado, se giró hacia mí. —¿Qué te parece?

—Gira despacio. Déjame absorberlo. No tengo el ojo de Blackwell.

—Yo diría que no —dijo Blackwell.

—Pregunté por su opinión primero —dijo Jennifer—. Después le pediré la suya y la de Bernie, Bárbara. Tres pares de ojos son mejores que uno.

—Yo soy Blackwell —dijo—. Tengo una docena de ojos. Pero dejemos que

Lisa y Bernie opinen primero.

Cuando giró, lo único que vi fue perfección. Su traje se le ajustaba tanto que hubiera sido un desastre si Jennifer no estuviera en tan fantástica forma. Pero lo estaba. Todo parecía ajustarse como si el vestido hubiera sido hecho para ella. ¿Pero quién podía decir si yo tenía la razón? ¿Quién sabía lo que Blackwell diría? Sin embargo, le di a Jennifer mi honesta opinión. —Creo que es aplastante —dije.

—Estoy de acuerdo —dijo Bernie.

—Yo también —dijo Blackwell—. Es del otro mundo. Al igual que su pelo y su maquillaje. Ahora, organicémonos, señoritas. Alex y Tank van a estar esperando por ustedes en el piso de Alex. Tenemos cinco minutos para llegar, movámonos. No queremos desilusionar a los chicos.

## CAPÍTULO DIECISEIS

Cuando llegamos al Frick, un museo ubicado en la Quinta con Séptima que una vez había sido una mansión propiedad del difunto Henry Clay Frick, había más gente de la que yo esperaba aguardando para entrar.

¿Era este evento realmente tan importante? No tenía idea. De hecho, no sabía casi nada sobre lo que me esperaba. Pero si la fila era una buena indicación, eran cientos los invitados.

—¡Vaya fila! —dije cuando miraba a través de la ventana. Íbamos todos en una de las limosinas más grandes de Wenn. Tank estaba sentado a mi lado. Blackwell, Jennifer y Alex estaban en los asientos enfrente del nuestro.

—Lo es —dijo Blackwell—. Y no tenemos que estar parados ahí. —Miró a Tank—. ¿Supongo que tienes las instrucciones de seguridad para cuándo salgamos?

—Las tengo. —Señaló por una ventana mientras la limosina se detenía justo frente a la entrada en la calle Séptima—. ¿Ven esos dos hombres allí? Son de los nuestros. Han estado ahí gran parte del día para asegurarse de que el lugar está cubierto. Otros hombres están en el edificio, vigilándolo todo. Cuando salgamos del auto, Cutter saldrá primero y nos acompañará. Luego, los dos hombres a la entrada nos conducirán hasta adentro, nos quitaremos los abrigos, nos dirigiremos al Garden Court y comenzará la fiesta. ¿Suenan bien?

—Gracias, Tank —dijo Alex.

—¿Vamos? —preguntó Blackwell.

—Solo llévame hasta el bar —dije—. Necesito calmar mis nervios.

—Estarás bien —dijo Jennifer—. ¿Y adivina qué? Julian West viene esta noche.

—¿Es cierto?

—Todo el día he estado que me moría por decírtelo, pero quería sorprenderte cuando llegáramos acá. Ayer voló desde Los Angeles para poder estar aquí.

—Es genial de su parte. Bueno, ahora estoy emocionada.

Tank tomó mi mano y la apretó. —Creo que todos estamos emocionados por ti. ¿Lista?

Le besé la mejilla y luego con mi pulgar le borré la marca del lápiz labial que le había dejado. —Completamente.

\* \* \*

No había estado en el Frick antes, pero no me decepcionó. El vestíbulo era grande y bellamente decorado, con techos altos y jarrones imponentes con flores frescas sobre unas mesas bajas colocadas a lo largo de las paredes. La iluminación era tan sutil que el lugar parecía brillar como iluminado desde adentro.

Después de quitarnos los abrigos y entregarlos en el guardarropa, seguimos a una multitud de gente vestida de gala al Garden Court, que era tan impresionante, que me dejó sin aliento.

En el centro del salón había una piscina larga y angosta dividida por una fuente ornamentada y tallada con mucho detalle que burbujeaba con el suave sonido del agua al caer. La piscina misma estaba iluminada por docenas de velas flotantes Y estaba rodeada de plantas, flores y esculturas de bronce. En la arcada, había un cuarteto de cuerdas tocando un adagio de Albinoni que hacía al espacio aun más mágico de lo que ya era. Pero lo que más me impactó fue algo que nunca esperé.

Entre las altas columnas jónicas que rodeaban el salón y se alzaban hasta el techo de cristal arqueado a diez metros de nosotros, colgaban dieciocho fotografías enormes de todos los escritores que iban a ser homenajeados esa noche.

Miré alrededor del salón, y en un instante, vi la mía, justo enfrente de mí, en el lugar que debía ser el más codiciado y prominente que pudiera desear un escritor. Al entrar al Garden Court, estaba al frente en el otro extremo del salón, en el centro, justo más allá y encima de la fuente. No podía pasar desapercibida. Era la foto que habían usado para el cartel en Times Square y el anuncio en el *Times*, aquella en la tenía los diamantes en los labios. Justo debajo de la cara estaba mi nombre en letras rojas y en la esquina inferior izquierda había una imagen de la portada de mi libro. Lo que yo estaba mirando debía tener por lo menos tres metros de altura, si no más.

Blackwell se me acercó y levantó la barbilla mientras estudiaba la fotografía. —Bueno —dijo—. Así que resulta que los diamantes sí *son* el mejor amigo de una chica, después de todo. ¿Qué piensas?

—Usted la puso en ese lugar, ¿no es cierto?

—Oh, no lo sé. Tal vez tuve algo que ver con eso. Después de todo, ¿cómo dicen? ‘Nadie pone al bebé en el rincón’ ¿Algo así?

Puse la mano sobre su brazo. —Gracias por todo lo que ha hecho.

—Es un placer, Lisa. Eres una buena chica. Has trabajado duro por esto. Por tanto, disfruta la noche. Acompaña a Tank. Acompáñanos a Jennifer, Alex y a mí. Y a todos tus admiradores presentes y futuros. Solo, por favor, no te emborraches en el bar por los nervios. Eso no lo soporto.

—Un Martini como máximo.

—Bueno, no seas tan cruel contigo misma. Vamos a estar aquí por lo menos tres horas, de modo que, si decides que quieres otro coctel, solo asegúrate que hayan pasado dos horas entre bebidas. Van a pasar *hors d’oeuvres*. Sé inteligente y asegúrate de disfrutar de algunos. Si haces eso, no habrá ninguna posibilidad de un paso en falso inducido por el alcohol que te haga aterrizar en la Página Seis, mañana en la mañana.

Jennifer se acercó a mí. —No lo puedo creer —dijo, mirando mi fotografía a través del salón—. Y, por otra parte, claro que lo puedo creer. Estoy tan orgullosa de ti, Lisa.

Le di un prolongado abrazo lleno de tanto amor y aprecio que sé que ella pudo sentirlo pasar entre nosotras. —Tú eres la única que sabe lo que este momento realmente significa para mí —dije—. Solo tú puedes entender lo que siento en este preciso momento. Dios mío. ¿Durante cuánto tiempo he estado soñando con esto?

—Desde que escribiste sobre el *affaire* de tu padre cuando tenías seis años.

—Escribió sobre ¿qué de su padre, cuándo? —dijo Blackwell.

—El *affaire* de mi padre. Escribí sobre eso cuando tenía seis años. Fue genial y solo déjeme decirle que fue muy inspirador, aunque realmente no sabía lo que había presenciado. Yo creo que escribí sobre sus brazos y piernas pataleando y dando golpes a la luz de la tarde, tú sabes, antes de que mi madre llegara a casa y los encontrara en la cama que ella compartía con mi padre. Y luego estaba el trasero desnudo de mi padre...

—¡Suficiente!

—Bueno, usted preguntó.

Blackwell parpadeó. —¿Quiénes son ustedes, chicas? ¿Las conozco? ¿Dónde estoy? ¿Por qué me siento engañada?

—Somos sus hijas sustitutas —dijo Jennifer.

—Entonces actúen como tales.

Sentí una mano sobre mi hombro y volteé para ver a Alex, a quien rápidamente abracé.

—Ya lo dije antes y lo seguiré diciendo —le dije al oído—. Gracias. Nada de



esto hubiera sido posible sin ti. No digas lo contrario. Ambos lo sabemos bien. Solo, por favor, acepta mi sincero agradecimiento por todo lo que has hecho.

Típico de Alex, que era todo un caballero, me dio un beso en la mejilla y dijo: —Esta noche es tu noche. Tus amigos solo lo están celebrando contigo. Recuerda, Wenn no escribió el libro, fuiste tú. Nosotros solo vimos su potencial y lo adquirimos.

En ese momento sentí un par de brazos fuertes alrededor de mi cintura y, solo por el olor masculino de su sutil colonia, supe que era mi hombre antes de que pronunciara una palabra. —Esos sí que son labios los que tienes, nena.

—Alégrate que no tengo esos labios esta noche, si no, probablemente te cortarían con ellos si te besara.

—Pero no los tienes en este momento...

—No, no los tengo. —Me volteé hacia Tank, tomé su cara entre mis palmas y lo miré a los ojos. Me sonrió cuando presioné mis labios contra los suyos. Estábamos en público, así que fue breve. Sin embargo, le murmuré al oído: —Si estuviéramos solos, ¿quién sabe dónde estarían mis labios?

—Tal vez podamos averiguarlo más tarde.

—Tal vez podamos.

## CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando todos llegamos al bar que estaba ubicado justo debajo de mi fotografía, Alex nos preguntó a todos qué queríamos y luego se inclinó para hablarle al camarero. Inmediatamente lo reconocieron, y en minutos, teníamos nuestros cócteles.

—Tú eres el hombre —dijo Jennifer, alzando su martini hasta el de él para que sus copas se encontraran.

—Pronto, tú serás la mujer —él respondió.

—¿Dónde está Iris? —pregunté—. He estado buscándola por todas partes, pero no la he visto.

—Puede que todavía esté atrapada en el frío —dijo Blackwell—. ¡Lástima por esa...!

—¿En serio, Bárbara? ¿En serio? ¿Le haría eso a ella?

—Solo estoy diciendo que es una posibilidad. Le dije que llegaré temprano para evitar las filas. No es mi culpa si no puede seguir una simple directriz.

—La hubiera podido recoger y venir todos juntos.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste antes?

*Oh, esta mujer.* —Probablemente porque tengo muchas cosas en mi cabeza.

—Quizá. En cuánto a la pobre, querida y temblorosa Iris, No te preocupes por ella. Sobrevivirá. Solo le dije que estabas tan ansiosa por llegar aquí, que no teníamos tiempo de pasar a recogerla.

—No se atreva a hacerme parecer un monstruo.

—De hecho, querida, creo que hay uno que viene hacia aquí ahora.

—¿Qué quiere decir?

—Tootie Staunton-Miller y su esposo gay, Addy, acabo de verlos.

Patrocinadores de las artes. Filántropos. Mucho dinero. Y están en lo del libro. A todos nos gusta Addy, es un amor, pero Tootie es una esnob miserable. Si yo fuera siquiatria, diría que es una sociópata. Algo no está bien con ella. Sus ojos me parecen muertos. Ciega.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Jennifer—. Me he enfrentado con ella cara a cara unas pocas veces.

—¿Ganaste?

—Vienen en esta dirección — interrumpí.

—¿Qué dices? Alex —preguntó Jennifer—. ¿Me mantuve firme frente a ella?

—Creo que le moviste el piso.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Ricos de toda la vida —dijo Blackwell—. Al menos por el lado de la familia de Addy. El dinero de la familia de Addy comenzó en New York antes de que clavara sus raíces profundas en Filadelfia, y después todo explotó. Todo el mundo aquí sabe que Tootie es la fachada bien remunerada de Addy. La farsa de matrimonio comenzó hace décadas con una celebración de beneficio mutuo que no tuvo nada que ver con amor y todo con encubrimiento. Tootie se casaría con alguien de una de las familias más prominentes del país y disfrutaría de todo lo que eso ofrecía, en tanto que Addy guardaría las apariencias por su familia, cubriendo su verdadera sexualidad en los brazos siempre amorosos de Tootie.

—Están a medio camino —dijo Alex.

—Aquí están.

—Me gustaría escribir un libro sobre ellos ahora —dije.

—No has oído ni la mitad de la historia —dijo Blackwell—. Los hombres con los que ha estado Addy son legendarios, pero nadie comenta nada sobre sus amoríos porque toda gran familia tiene su Addy, esa persona que les trajo vergüenza y humillación y tuvo que ser ‘tratada’, para que nada manchara el apellido o la ilusión de que la familia era todo menos perfecta. Por esa razón, pocos se atreven a lanzar la primera piedra a la familia Miller, por miedo que una piedra sea lanzada contra ellos mismos. Pero me encanta Addy—dijo—. A ti también te va a gustar.

—Está bien —dijo Alex—. Suficiente. Solo sonrisas. Están a menos de un metro y se están acercando. Aquí vamos. Y estamos sonriendo. ¿Correcto? ¿Todos? Sonríe, Bárbara. Vamos. Ayúdame con esto.

—Oh, está bien.

—Hola, Tootie —dijo él cuando la pareja se acercó. Se inclinó y le dio un beso en cada mejilla—. ¡Qué bueno verte! —Se enderezó y le apretó la mano a Addy—. Sabes que siempre me alegro de verte, Addy.

—Cielos —dijo Tootie—. Espero que no hayamos interrumpido nada. Todos ustedes se veían tan francos hace un momento. Como confabulando. Ahora es como si una rigidez cadavérica se hubiera instalado. Ojalá que no hayamos interrumpido ninguna conversación escandalosa...

—¿Y eso que quiere decir? —dijo Blackwell.

Tootie la miró arqueando las cejas. —Bárbara, ni siquiera te había visto ahí.

¡Qué sorpresa! Hace tanto. ¿Holacómoestás?

Tootie, que estaba en los cincuenta, aunque su cara había sido moldeada y estirada para parecer como en los cuarenta, le sonrió forzosamente a Blackwell. Su pelo rubio apenas tocaba sus hombros. Tenía diamantes en la garganta, las muñecas y los dedos, y un vestido azul oscuro que tuvo que admitir era sublime. Entendía lo suficiente sobre moda como para saber que un vestido como ese podría traicionar curvas más maduras, pero Tootie Staunton-Miller, sin embargo, se veía guapa y estupenda.

—La misma de siempre, Tootie... fabulosa. A la moda. En plena forma. Y más que feliz. ¡Qué bueno verlos! Y especialmente a Addy. —Blackwell tomó la mano de Addy entre las suyas—. ¿Algún día vas a envejecer? —le dijo—. ¿Llegará ese día? No lo creo. Has comenzado a verte más joven que nuestra querida Tootie...

Este comentario fue suficiente para enviar a Tootie más allá del universo y de regreso. Miró a Blackwell entrecerrando un poco los ojos. —Lindas perlas, Bárbara. ¿Pero nada más? *Je suis desolé*. Tengo que admitir que estoy un poco desilusionada. Pensé que, por lo menos, ibas a sacar la artillería pesada esta noche. Diamantes, diamantes, diamantes. No puras perlas, así sean bonitas. Cuando me estaba preparando para esta noche, naturalmente pensé que, dado el tipo de evento, uno debería hacer todo lo posible por brillar.

Blackwell se llevó un dedo a los labios. —Oh, querida —dijo—. ¡Qué has dicho! —Puso la mano sobre su collar de perlas—. —Este fue un regalo de Alex. Me lo regaló hace justamente dos años. Me lo puse esta noche por él y como apoyo a Wenn. Espero que tu comentario no lo insulte. Tú sabes, la insinuación de que son menos importantes porque no son diamantes...

—Bueno, no quise decir...

—Porque fue un regalo precioso, Tootie. Significan mucho para mí, al igual que Alex. Para algunos de nosotros, esta noche no es para llamar la atención. Esta noche es un homenaje a Alex y lo que ha hecho por la literatura.

Ella miró a Alex. —Espero que sepas...

—Está bien, Tootie —dijo él.

—Es solo que...

—De verdad. No pasó nada.

—¿Pero no? —dijo Blackwell—. Quiero decir, estas perlas no están exactamente deprimiendo a nadie, por amor de Dios.

—Me encantan —dijo Jennifer.

Tootie miró a Jennifer y vi su mirada recorrer su vestido. —Qué bueno verte con vida, Jennifer.

—¿A diferencia de verme muerta?

Soltó una risita que sonó casi demasiado suave. —¿Por qué tengo la impresión de que todos mis comentarios están siendo malinterpretados? Solo me estaba refiriendo a lo que te sucedió hace unos meses. ¡Qué horrible debió haber sido! Alguien que quiso matarte. Estuvo en todos los periódicos.

—Y ahora está todo en el pasado, Tootie.

—Así es. —De nuevo miró el vestido de Jennifer. —¿Es Valentino? —preguntó.

—Marc Jacobs.

—No, no. Valentino.

—Lo siento. Marc Jacobs.

—De todas formas, es tan ajustado ¿no crees? No deja nada a la imaginación. ¡Dios mío!

—Yo lo encuentro precioso —dijo Alex.

—Oye, oye —dijo Addy.

—Tal vez el corte de mi conjunto es mucho más conservador que el tuyo —dijo Tootie—. Pero nosotros siempre hemos sido así. Tendemos a pecar por exceso de precaución cuando se trata de moda.

—¿Solo moda? —pregunté.

—Oh, seguramente con otras cosas también. Nunca hemos querido que nos vean como de mal gusto.

—¡Qué lástima! —dije—. Tantas limitaciones, Tootie. Tanto que te detiene. Todo ese peso se debe notar en la báscula.

—¿Se debe ver dónde?

—En la báscula, pero solo figurativamente. A tu conjunto le hace falta mucho. La moda es uno de los grandes liberadores de nuestro tiempo. Deberías aprovecharla. Corre riesgos. Deja que el demonio dentro de ti se exponga en un Prada, por ejemplo. Creo que serías perfecta para eso. —Ella negó con la cabeza—. Pero ya hemos hablado bastante sobre moda. Esta noche es sobre literatura.

—Literatura —dijo Tootie—. Tal vez pueda hablar de eso sin pararme en un campo minado oculto. Con esos horribles libros digitales cada vez más populares, Addy y yo pensamos que debíamos venir esta noche para apoyar la publicación tradicional, porque nosotros preferimos los libros físicos a esos horribles libros brillantes y titilantes. Es a través de mi maestría en inglés que, después de todo, conozco a tantos de los grandes.

La miré. —¿Puedo preguntar a quiénes consideras entre los grandes?

—Primero que todo, déjame preguntar ¿tú quién eres? No nos hemos conocido.

—Mira ahí arriba —dijo Jennifer—. ¿Ves esa fotografía grande ahí? ¿Justo encima de tu cabeza? Sí, esa. Es Lisa Ward. La que no conoces. Está entre los

dieciocho autores que les van a hacer un reconocimiento esta noche.

Tootie y Addy miraron hacia arriba. Addy fue el primero en mirar hacia abajo.

—Un placer conocerla, Srta. Ward —dijo. Tomó mi mano en la suya y le besó el dorso.

—Es un placer. Por favor, llámame Lisa.

—Lisa, entonces. Luces preciosa, querida. Radiante.

—Gracias, Sr. Miller.

—Soy Addy. Siempre Addy. Nada de ‘Sr. Miller’.

Era realmente amable. Más aun, no parecía afectado, a diferencia de su esposa, quien ahora me estaba examinando.

—¿Es un Prada? —preguntó.

—Entonces, volvemos a la moda... —suspiró Blackwell.

—Es un Prada —dije.

—Lo vi en las pasarelas.

—No me digas.

—Paris. Ese escote tuyo tan profundo ciertamente va a atraer las miradas esta noche.

—Creería que era la intención del diseñador.

—Parece un poco audaz para un evento como este. Tanta carne a la vista en un acto benéfico para apoyar libros. ¡Cielos!

—Yo creo que es hermoso —dijo Tank.

Tootie levantó la vista y le hizo un guiño a Tank. —Oh, bueno, claro que lo es. Prada y todo. No te puedes equivocar. Bueno, en realidad, no del todo.

—Como sabes, Tootie, cuando mi madre estaba viva, le encantaba Prada —dijo Alex—. Le gustaban especialmente sus vestidos. Te acuerdas de mi madre en Prada, ¿no es así?

—Lo que recuerdo es a ella en Dior. Pero, sí, también Prada. Y Karl, claro está. Le encantaba Karl. Ese estilo de tu madre. Ese porte. ¿Se equivocó alguna vez? No. La moda era simplemente una extensión de ella misma. La extrañamos tanto, Alex. Incluso después de todos estos años.

—Gracias, Tootie.

Addy miró de nuevo mi fotografía. —Tengo que decir, Lisa, que me encantan tus labios.

—¡Qué vulgar! —dijo Tootie.

—Me refiero a los diamantes que tienen en la fotografía, querida.

—Gracias —dije—. A mí también me encanta cómo me arreglaron Bernie y Bárbara, pero algunos piensan que fue un poco atrevido.

—Estoy de acuerdo —dijo Tootie—. Una apariencia audaz. Dios mío. No sé

que decir de ellos y de la portada de tu libro. Me desespera, como el título también, ‘Yo, el zombi’. ¿Qué diablos significa? —Antes de que pudiera responder, se pasó la mano por la cara como si acabara de oler un pedo—. Yo no me meto con novelas comerciales —dijo—. Sé que tienen su lugar en la cultura popular, pero yo siempre regreso a los clásicos. Los clásicos me calman.

—Entonces, ¿a quién lees con más frecuencia? —pregunté.

—Oh, querida. Yo asistí a Smith. Recibí mi maestría en literatura. Puedo hablar horas y horas sobre mis favoritos.

—¿Qué tal si escoges al menos uno? Yo también tengo mi maestría en literatura.

—¿De qué universidad?

—De la Universidad de Maine.

—Oh —dijo—. Ya veo.

—Entonces tengo que preguntar. ¿Cuál es tu autor favorito? Tú sabes, de los clásicos.

—Bueno, eso es fácil —dijo—. James Joyce. *J’adore* Joyce. *J’adore* ‘Ulises’.

—No es uno de mis favoritos, pero conozco bastante bien su obra, especialmente ‘Ulises’. ¿Cuál es tu teoría detrás de su “mar acojonante”?

—¿Su qué?

—Su “mar acojonante”. De Telémaco. Ciertamente tienes tus teorías al respecto.

—Lo haces parecer tan vulgar.

—¿Yo? Joyce fue el que lo escribió, y esta es simplemente una conversación sobre tu autor favorito y su libro más famoso.

—¿Y tenías que hablar precisamente de *eso*?

—Naturalmente. Es uno de los pasajes más comentados del libro... deberías saberlo. Todos los académicos lo saben. Así que déjame preguntarte: ¿qué piensas de la asociación que hace Joyce del mar con el nacimiento y las madres, y con la muerte y el ahogamiento?

Me dirigió una mirada que sugería que estaba sorprendida que una graduada de la Universidad de Maine pudiera hablar de ese tema, y cuando se movió para hablar pareció que le fallaron las palabras.

Aproveché la oportunidad.

—Y recuerdo dos formas totalmente diferentes en que Mulligan se refería al mar —dije—. Si el mar está relacionado con las madres, entonces ¿qué imagen se relaciona con la figura paterna en Telémaco? Es una vieja pregunta.

Seguramente, durante tu estadía en Smith, alguno de tus profesores tuvo que haber planteado la pregunta.

—Yo...

—O tal vez no lo hicieron.

—Nunca hablamos de cojones en Smith.

—Y esto, mis queridos amigos, es una vida no vivida —dijo Blackwell.



## CAPÍTULO DIECIOCHO

—Esa mujer no es nada más que puro veneno —dijo Jennifer mientras veía a Tootie y Addy mezclarse con la multitud.

—Por lo menos Addy no lo es —dijo Alex.

—De acuerdo —dijo Blackwell—. Independientemente del hecho de que esté viviendo una mentira, es un hombre amable. He llegado a apreciarlo con los años. Lo que tiene con Tootie no debe ser fácil para él. Pero entiendo, es su posición y su generación que lo mantienen en el closet y con ella, así sea muy triste. Solo me gustaría que le hubiera dicho a su familia que se fuera al infierno y hubiera salido ya del closet.

—Oh, Dios —dije.

—¿Cuál es tu problema? —preguntó Blackwell.

—La versión mexicana de Jessica Rabbit está aquí.

—¿Por qué será que tú y Jennifer siempre están hablando en otro idioma?

—Y creo que me acaba de ver. ¡Mierda!

—¿De quién están hablando?

—Epifanía Zapopa. ¿Cómo fue invitada? Mírala. Sus tetas están de pelea con su vestido, que apenas puede contener el resto de su cuerpo. Es un desastre, como la última vez que la vi.

—Recibió una invitación porque también patrocina las artes. Cuando su esposo Charles fue asesinado, ella recibió una fortuna, que fue... ¿cuánto? ¿quinientos millones o algo así, Alex?

—Algo así.

—La gente cuenta con ese dinero —dijo Blackwell—. La invitan a todas partes por eso.

—Oh, sí he oído hablar de su dinero —dije.

—¿Quién te contó?

—Marco Boss. Aparentemente ella se acostó con él en algún punto y lo compartió conmigo cuando Marco y yo fuimos a la fiesta de cumpleaños de Julian West. Aparentemente, ella supuso que yo me estaba acostando con él porque no dejó de referirse a sus partes íntimas llamándolas pitón, como si yo

conociera *todo* de él, y no fuéramos ambas afortunadas de haber tenido un pedazo de esa pitón. Cuando menos, fue incómodo. Admitiré que está llena de vida, pero cero modales.

—La llaman la bala perdida de Park Avenue —dijo Alex.

—Me pregunto por qué. Estuve con ella solo unos pocos minutos y nunca supe qué iba a salir de su boca cuando tuvimos nuestra alegre conversacioncita. Probablemente fue algo bueno porque la mitad del tiempo no pude entenderla.

—Miré a Alex—. ¿La conoces?

—Me he encontrado con ella unas pocas veces en los últimos años.

Me volví hacia Tank, que estaba detrás de mí. —¿Y tú?

—Oh, la conocí. A través de Alex.

—Supongo que soy la afortunada —dijo Jennifer—. No la conozco.

—Prepárate para perder tu virginidad de nuevo —dije.

—Oh, ¿no eres lista?

—Ella limpiaba inodoros —dijo Blackwell—. Para arriba y para abajo de Park y la Quinta. Era conocida por su refregada. Su entrega absoluta. Luego ella limpió los inodoros de Charles y digamos, simplemente, que hizo un trabajo a fondo. Fue la causa de su divorcio. Después se casaron. El resto ya lo saben. Fin de la historia.

—Esa historia tiene un nuevo comienzo. Sigue siendo una pesadilla, y viene directamente en nuestra dirección. Prepárense.

Vimos a Epifanía abrirse paso entre la multitud y venir hacia nosotros con una gran sonrisa en su cara. Llevaba un vestido de noche negro, brillante y sin tirantes que no dejaba nada a la imaginación. Aun a esta distancia, podía ver la punta de sus pezones presionando tan fuerte contra la tela que parecía que querían estallar y salir como torpedos. Su largo pelo negro caía sobre sus hombros de tal manera que hacía que sus enormes pendientes de diamante y su collar resaltaran aun más de lo que lo hubieran hecho de otra forma.

Estaba mirando directamente a Alex.

—¡Papi! —dijo. Se detuvo e hizo un pequeño contoneo. —Hace tanto tiempo.

Le lancé una mirada de reojo a Jennifer que parecía mortificada.

—Epifanía —dijo Alex.

—¿Dónde has estado? Epifanía no te ha visto, como, en un año entero. — Cuando ella le dio un beso en cada mejilla, sus senos inmensos se aplastaron contra el pecho de él, haciéndole perder un poco el equilibrio—. Te ves muy bien, como siempre, pero Epifanía tiene que ser cuidadosa. Ella tiene un nuevo hombre. Un nuevo macho. Un nuevo semental en el establo. No hay necesidad de poner a nadie celoso, ¿cierto?

—Muy lista, Epifanía.

Nos miró al resto de nosotros. —¿Quién es esta gente contigo?

—Esta es mi novia, Jennifer Kent. Y creo que ya conoces a Lisa y a Tank. Y ella es Bárbara Blackwell.

—¿Qué quieres decir con ‘novia’?

—Jennifer y yo hace poco nos comprometimos.

—Entonces ¿finalmente vas a dejar atrás a la esposa muerta? Me alegro por ti, Papi. Y con esta. ¡*Ai yai yai!* Ella buenísima, buenísima, buenísima.

*No solo iba dirigido a él.*

Como siempre, Alex no se inmutó. —Gracias.

Ella dirigió su atención hacia mí. —Me acuerdo de ti. Nos conocimos en la fiesta. Epifanía no recuerda cuál ... va a tantas. La gente llama a Epifanía todo el tiempo para fiesta, fiesta, fiesta ... entonces, ella va. Ella siempre va porque, antes del nuevo gran semental de Epifanía, estaba aburrída como el diablo. Pero se acuerda de ti. Solo espera que fuera una niña buena esa noche. Uno nunca sabe con Epifanía. Se puede volver un poco loca si la noche se pone un montón de aburrída. Epifanía odia el aburrimiento.

—Me pregunto si alguna vez has estado aburrída en tu vida, querida —dijo Blackwell.

Epifanía se volteó hacia ella. —¿Quién? ¿tú, otra vez?

—Blackwell.

—¿Ese es tu nombre o apellido?

—Es mi nombre.

—Oh, yo sé, como la Cher. La Madonna. Y la Charo. Eso es lindo. Tal vez Epifanía debería ser solo Epifanía, ¿no?

—Te convendría —dijo Blackwell—. Y sería mucho más eficiente, solo un nombre para que alguien grite en medio de la noche. O en la parte de atrás de un taxi, o en un callejón. ¿Puedo preguntarte de quién es lo que llevas puesto?

—Algo algo. Yo olvido. No importa. Yo voy de compras, compro, compro, compro hasta que me agoto y luego, en mi vestidor, siempre me sorprendo de encontrar algo que olvidé que compré. Este probablemente hace dos años. Quedaba mejor antes de que Epifanía descubriera su amor por los cubos de alas con chipotle, pero no me molesta lo apretado. ¡Algunas veces lo apretado está bien! Especialmente cuando tienes un hombre que le gusta lo apretado, si entienden lo que quiero decir. Sí, yo pienso que sí. Y Epifanía finalmente encontró un hombre que hace lo apretado aun más apretado. Por Jesucristo, me tomó una eternidad encontrar al tipo correcto.

—¿Y dónde lo conociste? —pregunté.

—En alguna parte, alguna parte. Estaba tan aburrida este invierno, viajé por diez días. Creo Puerto Rico. O tal vez fue en esos Turcosy esos Caicos. No importa. ¿Por qué me pareces conocida? ¿Por qué Epifanía no puede situarte?

—No estoy segura.

—Tantas caras... se vuelve borroso. —Dio un paso atrás—. Entonces qué piensan, todos. Nuevo trabajo de tetas. ¿Ven cómo se mueven estas? —Se contoneó de nuevo y sus pechos se sacudieron y se balancearon y prácticamente chapotearon—. Están más sueltas que las otras. Cuando nos casamos, Charles me llevó donde ese gran médico de California y me rellenó como una piñata porque él dijo que quería que yo tuviera ‘tetas de azúcar’ para que combinaran con lo dulce de ahí abajo. Entonces me convertí en Betty Pelota de Playa... así era como me llamaba cuando se venía. Yo le gustaba con mis grandes tetas. A Epifanía no le gustaba. Era doloroso. Y tengo estrías por eso, el bastardo. Qué importa. El pote de bálsamo y la crema blanqueadora ayudan. —Se agarró los senos—. Tengo estas no hace mucho. Me encantan. Las mejores hasta ahora. Miren como rebotan. ¿Les gusta?

—Seltas te funcionan muy bien —dijo Blackwell.

—Oh, lo sé. Las otras eran una mierda. Tenía que acostarme por la noche sobre la espalda para poder dormir. De lo contrario, me volvía un balancín humano.

—¿Sobre tu espalda? —dijo Blackwell—. ¿Y solo para dormir?

Epifanía señaló con un dedo a Blackwell. —Eres astuta. Pero también eres graciosa. Epifanía sabe quién es ella ... una antigua sirvienta que se volvió puta que ahora vale quinientos millones, esa es ella. —Se rio, y cuando lo hizo no pude creer a quién vi venir detrás de ella.

Era Marco Boss. Tenía dos Martinis en las manos y me estaba mirando directamente con un indicio oscuro de sonrisa en su cara.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

—Bueno, Marco —dijo Blackwell cruzándose de brazos—. Tú eres ciertamente la última persona que esperaba ver esta noche. Qué valiente de tu parte aparecerte en un evento de Wenn.

—¿Qué quieres decir? —dijo Epifanía.

—Nada, mi amor —dijo Boss—. Aquí está tu martini.

—¿Es el “amiguito”?

—Por supuesto.

—A Epifanía le encanta el amiguito —nos dijo, sin darse cuenta, claramente, de lo que estaba pasando—. Excepto cuando me gusta demasiado y me despierto en el piso de un baño con una gran botella en la mano. ¡Ay! Odio esos días.

—Lisa —dijo Marco—. Veo por la fotografía encima de nosotros que tus diamantes en los labios regresaron esta noche.

—Recuerdo cuánto te gustaban, Marco —dije. Y luego miré a Epifanía—. Y veo que te has unido a un conjunto de costosas chucherías.

—No entiendo a qué te refieres.

—¿Por qué no estoy sorprendida?

—De hecho, ¿por qué no está ninguno de nosotros sorprendido? —dijo Blackwell.

Marco la ignoró y mantuvo su atención en mí. —Oí que terminaste tu libro. Felicitaciones. Estoy seguro de que va a ser un gran éxito en ese crítico y renombrado género de zombis.

—Creo que tú fuiste el primero que fue tras él —dije.

—Todos cometemos errores.

No le respondí, porque, si iba a ser honesta conmigo misma, una parte de mí estaba nerviosa porque él estuviera allí. Había venido a propósito, había encontrado la manera de estar allí esa noche, y esa manera era en los brazos de Epifanía. Naturalmente, me preguntaba: ¿Fue él el que me envió el Martini en JoJo? ¿Estaba él detrás de la rosa negra que dejaron en mi edificio? ¿Cortó y pegó las letras que formaban las dos notas? No era una coincidencia que estuviera aquí, había encontrado su billete de entrada. Pero ¿era peligroso que

estuviera aquí? Esa era la pregunta. Eso era lo que me preocupaba en este momento.

Epifanía había dicho que se habían conocido durante las vacaciones. ¿Sería una coincidencia, o habría averiguado de alguna manera dónde estaba ella y la localizó? No me extrañaría que estuviera tras su fortuna. Obviamente, habían tenido un affaire antes y ahora ella lo llamaba su nuevo novio. Sin trabajo, Boss claramente fue tras su presa cuando se encontró con Epifanía en vacaciones y la cortejó. Era un hombre apuesto, fuerte, y por lo menos diez años más joven que ella. Cada uno era un buen partido para el otro. Creo que la había engañado con éxito y convencido para disfrutar de parte de su dinero. ¿El beneficio para Marco? Logró ser su acompañante esa noche, lo que sabía que causaría un revuelo.

—¿Todos aquí conocen a Marco? —preguntó Epifanía—. Mi verdadero Papi. Nos encontramos en el ... ¿qué? ¿Los Turcos y los Caicos? Nunca lo digo bien. ¿Es así, Papi?

—Las Turcas y Caicos, sí.

—Yo siempre digo los Turcos. ¿Qué pasa conmigo? —Ella se rio—. Sigo pensando que soy joven, porque de corazón, soy joven. Pero no tengo memoria.

—Seguramente por desmayarte en los pisos de los baños —dijo Blackwell.

—Oh, eso solo pasó unas pocas veces. Nada especial. Bueno, de todas maneras, Marco estaba de vacaciones en, um, Las Turcas y lo que sea cuando yo estaba ahí. Nos encontramos cuando estábamos caminando en la playa. Me contó que había dejado Wenn para buscar nuevos retos. El momento de un cambio, dijo, pero primero, ¡vacaciones! Pensé que era una decisión valiente de su parte. Cenamos esa noche, bailamos un poco, tuvimos unos momentos sexis y luego un baño de burbujas. ¡El resto es historia! ¡Ahora enamorados!

—¿Cuándo regresaron de las vacaciones? —preguntó Tank.

—Oh, hace una semana.

—Entonces, ¿han estado en la ciudad desde hace una semana? ¿Cada uno de ustedes?

—Creo que sí. Déjame pensar. Sí. Una semana entera. ¿Por qué tú tan preciso?

—No importa. —Tank se volvió hacia Marco—. Bueno, felicitaciones, Marco. Parece que has tenido una semana muy ocupada desde que llegaste a casa.

—Siempre estoy ocupado. ¿A qué te refieres?

Tank lo miró fijamente, pero no respondió. Había pasado menos de una semana desde que me enviaron el Martini, las rosa y las notas. Todos sabíamos lo que Tank estaba haciendo y miramos a Marco esperando un cambio en su

comportamiento. Pero no pasó nada. Al contrario, miró fríamente a Tank.

—Marco, no te había visto desde que saliste de Wenn —dijo Alex—. Estaba en Singapur cuando eso pasó.

—Creo que sí.

—¿Te importaría venir aquí conmigo un momento? Me gustaría darte las gracias en privado por todo el trabajo que hiciste para Wenn.

—No hay necesidad de hacerlo en privado —dijo Marco—. Todos somos amigos.

—¿Lo somos? —dijo Blackwell.

—En privado es mejor —dijo Alex—. Créeme. —Miró a Epifanía—. O, si insistes, lo que tengo que decirte se podría decir aquí. Tu elección, por supuesto.

Seguramente sintiendo la amenaza en la voz de Alex, Marco se excusó y comenzó a moverse entre la multitud mientras Alex lo seguía. —No voy a tomar más de un minuto de tu tiempo —dijo Alex—. Veo que ya casi terminas tu Martini. ¿Por qué no vamos al bar y pedimos otro para ti?

—Sí, Papi, ve. Ve y diviértete con Alex. Toma Martini. Alex es la bomba. Te espero aquí cuando hayas terminado.

Pero, para Marco, el encuentro con Epifanía no sería aquí sino en el apartamento de ella. Vi a Alex cuando caminaba con Marco hacia el bar y luego la boca de Alex cerca del oído de Marco. No hubo gritos o conmoción, pero era claro por la expresión de Alex que había ido al grano con Boss. Luego, vi cómo Alex se pasaba las manos por el pelo. Abruptamente, Tank se excusó del grupo.

—Excúsenme —dijo Tank—. El baño. Regreso en un momento.

*¿Era su manera de llamar a Tank? Pensé.*

—Ese baño va a estar abarrotado contigo ahí —dijo Epifanía cuando él se fue—. Si tu herramienta es como la de mi Marco, vas a necesitar tres orinales.

Yo solo me quedé mirándola.

Luego, a través del salón, vi a Cutter moverse detrás de Boss. Hubo un intercambio de palabras, pero la multitud era tan festiva y habladora que no pude escuchar el tono de la conversación. Cuando Tank se acercó, él y Cutter se llevaron a un furioso Marco Boss fuera del edificio. Epifanía no vio nada de esto, estaba de espaldas al bar. La miré y dije: —Marco no renunció a Wenn. Él fue despedido. Tienes que saber esto.

Parecía confundida. —¿A qué te refieres?

—Él me amenazó y me acosó físicamente la noche en que tú y yo nos conocimos. ¿Te acuerdas ahora de esa noche? Fue en la fiesta de cumpleaños de Julian West. Es de ahí que me conoces.

—Oh —dijo— ¿Esa eras tú?

Le conté lo que había pasado después de que ella nos dejó esa noche.

—Es cierto —dijo Jennifer.

—De hecho, fui yo quien lo despedió —dijo Blackwell—. No quiero insultarte, Epifanía, pero él está sin trabajo y probablemente está contigo por tu dinero.

Ella parecía aturdida y en parte me partió el corazón. Estaba enamorada de él. Eso era claro. Y ahora, le estábamos lanzando todo esto encima. Me sentí terriblemente mal por eso, pero también sentía que ella debía saberlo. De hecho, ella merecía saber la verdad. En una situación torcida, Boss podría llegar a ser potencialmente peligroso.

Nos miró con incredulidad. —¿Todo esto porque te arrancó el bolso?

Blackwell puso la mano sobre el hombro de la mujer. —Y otra cosa. Nosotros no permitimos abuso en Wenn. Y te recuerdo, mi querida, que, si este hombre está dispuesto a ser abusivo con Lisa, podría también serlo contigo. Especialmente esta noche. Estará furioso esta noche. No creo que debas estar a solas con él esta noche. Escúchame. Te estoy dando un buen consejo. ¿De acuerdo?

Hubo un momento en que pensé que Epifanía iba a explotar y llamarnos mentirosas, una reacción exagerada que provocaría toda una escena y arruinaría la noche. Pero luego sus rasgos se suavizaron y parecía casi turbada. —¿Por qué siempre escojo perdedores? —dijo.

—No es culpa tuya.

—El gran semental. Durante los primeros meses de toda relación que comienzo, no veo nada más que la pinga. Y él tenía una pinga enorme. Yo ya sabía porque habíamos tirado antes. Pero pensé que yo podía amarlo. Él inteligente. Él guapo. Él bueno en la cama. Él amable. Sin embargo, probablemente le gusta el resto. Los hombres me quieren por mi dinero. Yo sé eso. Todos los días, tantas llamadas de tantos del pasado. Yo subo la guardia. No es bueno. Ya no puedo confiar en nadie. Algunas veces pienso que puedo, pero no puedo. Pero gracias —dijo—. Epifanía puede hacer de tonta porque se ríe mucho, que es lo que quiere. Pero Epifanía no es tonta. —Nos guiñó el ojo—. De hecho, tal vez Epifanía es más lista de lo que ustedes piensan. Tal vez ella quiere que ustedes piensen que es tonta...



## CAPÍTULO VEINTE

Durante los siguientes noventa minutos, la prensa me fotografió, hablé con varios reporteros de agencias de todo el mundo y luego tuve una gran conversación con Julian West. Discutimos de sus planes para la versión cinematográfica de mi novela, para la cual él dijo que ya tenía financiación, lo que quería decir que la película se iba a rodar. Y luego, cuando la producción hubiera comenzado, me invitó a asistir al rodaje cuando quisiera.

—Será una nueva experiencia para ti —dijo.

—Definitivamente quiero hacerlo.

—Entonces te veré dentro de un año o algo así. Eso es más o menos lo que estas cosas tardan.

Más tarde, finalmente, encontré a Iris entre la multitud. Se veía encantadora con el vestido rojo de Valentino que Blackwell le había enviado, me dio un beso en la mejilla y me deseó lo mejor. Luego, Alex subió al podio, justo debajo de mi fotografía al fondo del salón, y presentó a todos los escritores que estaban siendo reconocidos esa noche. Fue algo realmente para recordar, especialmente cuando la multitud aplaudió al oír mencionar mi nombre y al hablar brevemente sobre mi libro.

En ese momento, Tank tomó mi mano y la apretó. —Disfruta de esto —dijo—. Nunca lo olvides. Esto solo ocurre una vez.

Lo miré a los ojos, vi su amor por mí, desnudo y puro, y lleno de orgullo y pasión, y supe que era el momento adecuado. —No olvidaré esto —dije—. Jamás. Tampoco he olvidado que el otro día me pediste que me fuera a vivir contigo. —Abrió los ojos con emoción—. Así que, me preguntaba: ¿tienes todavía suficiente espacio en tu apartamento para mí?

—¿Estás dispuesta a mudarte conmigo? —dijo.

—¿*Dispuesta*? Intentémoslo. Lo he pensado bastante y *quiero* mudarme contigo. Te quiero, Tank. Sé que tú me amas. Odio estar lejos de ti. Quiero despertarme a tu lado, quiero ir a la cama contigo, quiero cocinar para ti y solo quiero estar contigo. Así que, ¿por qué no dar el siguiente paso? ¿Por qué no hacerlo, simplemente, y ver qué pasa?

—¿Qué hay de Jennifer?

—Si tú y yo estamos de acuerdo en qué es lo adecuado para nosotros, Jennifer está lista para seguir adelante con Alex. Vendería el apartamento.

—¿Él sabe esto?

—Lo sabrá pronto.

—No lo puedo creer.

—Créelo.

Su rostro, aun con lo feliz que estaba, era casi serio. No estaba tomando mi decisión a la ligera. Al contrario, la estaba tomando muy a pecho. —Me acabas de hacer un hombre muy feliz. Y no te arrepentirás por esto. Te prometo que no lo harás. Te querré por siempre, Lisa. Es un nuevo comienzo para los dos.

Me empiné y le susurré al oído: —Me gustaría poderte hacer un hombre aun más feliz ahora mismo.

—Lo mismo digo yo. Más de lo que piensas. Y créeme, devolvería el favor. Si pudiera tenerte encima de ese podio, lo haría.

—¡Cielos! —dije.

—Lo digo en serio.

—Algunas personas han comenzado a irse. Nosotros seguramente no seremos los últimos aquí. Creo que estaremos en casa en treinta minutos más o menos. ¿Puedes esperar tanto?

—Mira hacia abajo, mis pantalones.

Lo hice, y vi una tienda de campaña.

—Oh, por Dios. Mejor si me pongo delante de ti.

—Gracias por guardarme la espalda.

—En este caso, tu frente. Y gracias por guardarme la espalda más tarde.

—Oh, ya estaré detrás de ti más tarde —dijo—. Créeme.

Jennifer, Alex y Blackwell se acercaron en ese momento y cada uno me dio un abrazo.

—Estás oficialmente en tu camino —dijo Blackwell—. Y un buen trabajo con la prensa. Estuve mirando y escuchando. No perdiste ni un compás. Bravo, querida. Aprendiste de la máquina de publicidad de Wenn. El tipo de atención que acabas de recibir es difícil de manejar aun para un profesional, pero tú lo hiciste parecer como si lo hubieras hecho durante años. Para mí, y sabes que yo no miento, saliste a la perfección. Seguí buscando pequeños errores que te pudiera refregar en la frente más tarde en la noche, pero no pesqué ninguno.

—Es solo porque usted y el departamento de publicidad de Wenn me entrenaron. —Miré a Alex—. Los del departamento fueron maravillosos conmigo. Al igual que Bárbara, como siempre lo ha sido. Todos ellos me dieron consejos que me ayudaron.

—Todo eso está muy bien —él admitió—. Pero creo que Bárbara estará de acuerdo conmigo, cuando se trata de eso, Lisa, cuando la prensa te está lanzando preguntas y te están fotografiando, de verdad estás sola, lo que puede ser abrumador. Todo el mundo está detrás de ti. Las fotografías están volando. La gente te está haciendo preguntas en las que nunca habías pensado. A mí me ha pasado, y sé que tienes que estar en tu mejor momento para hacerlo bien. Realmente, en últimas, depende de ti que sigas adelante con lo que se espera de ti. Por lo que parece, Bárbara está contenta, y eso me dice todo lo que necesito saber. La escuchaste a ella y al equipo. Lo tomaste en serio, no es que yo alguna vez creyera que no lo harías. Eres una profesional, todos sabemos que lo serías. Pero todos también sabemos que todo esto es nuevo para ti. Enhorabuena por sobrevivir a una noche agotadora.

—En realidad me divertí esta noche —dije—. Y tengo una noticia.

—¿Qué noticia? —preguntó Jennifer.

—Quizá te guste escuchar esto, querida amiga.

—Oh —dijo ella—. *Esa* noticia.

—Sí, esa noticia.

—¿Cuál noticia? —dijo Blackwell—. ¿Por qué ustedes, chicas, siempre están hablando en código? Les he preguntado lo mismo dos veces esta noche. Es exasperante.

—Me mudaré con Tank —dije—. Me preguntó hace unos días si lo consideraría, hablé de esto con Jennifer y he tomado mi decisión. Tank y yo vamos a estar más cerca que nunca. Tengo planes de salir del 800 de la Quinta Avenida la próxima semana y mudarme con él.

—¡Dios mío! —dijo Blackwell—. ¡Lo sabía!

—¿Qué va a pasar contigo? —Alex le preguntó a Jennifer.

—Bueno —dijo ella—. Tú me preguntaste lo mismo unas cuantas veces y has sido muy paciente conmigo. Mientras tanto, Lisa me puso a pensar en eso esta semana, después de que Tank le propusiera irse a vivir con él. Almorzamos juntas y hablamos de eso. Ponderamos las opciones de si deberíamos esperar o no.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó él.

Ella respiró hondo. —Bueno, si quieres, creo que tal vez deberíamos vivir juntos antes de casarnos. Tal vez yo debería vender el apartamento y deberíamos en realidad poner esta relación a prueba. No es que no lo hubiéramos hecho cuando estuvimos en la isla. De hecho, de una forma extraña, echo de menos esos días. La intimidad de esos días. Echo de menos estar contigo tan a menudo como lo estuvimos en ese entonces. Creo que podemos hacer un gran esfuerzo. Creo que estaremos bien. Esto es, por supuesto, si tú todavía lo quieres. Si no, no

es....

En lo que pareció un milisegundo, él la tomo en sus brazos y la besó en los labios, las mejillas, la garganta. —¿Quieres venir a vivir conmigo? —él preguntó.

—Sí —dijo ella—. Sí quiero.

—¿Cuándo?

—Parece que Lisa se va a mudar la próxima semana. ¿Entonces? ¿Quizás salimos al tiempo? ¿Qué piensas?

—Cuánto más pronto mejor.

—Entonces, listo. Lisa y yo salimos al tiempo del apartamento.

—¡Uf! —dijo—. Lo siento, chicos, pero incluso la sola idea de renunciar a mi mejor amiga me asusta.

—Estarás bien —dijo Blackwell.

Me giré hacia ella. —Pero pensé que usted estaba en contra de esto.

—No después de lo que acabo de ver —dijo ella—. Sí, soy una tradicionalista. Alex lo sabe más que cualquiera de ustedes. Pero también soy realista. Y por lo que acabo de ver ... ¡Oh, al diablo con eso! La vida es corta. Váyanse a vivir juntos, todos ustedes, y sean felices.

\* \* \*

Cuando salimos de la fiesta, me sentí como si estuviera caminando en el aire. Tank me ayudó a ponerme el abrigo después de que lo recogimos en el guardarropa y una vez que me lo abotoné, él me llevó a un lado, pasó sus brazos por mi cintura y me besó profundamente.

—No creo que sepas cuánto significa esto para mí —dijo.

Quería decirle que deseaba pasar el resto de mi vida con él, y aunque presentí que él sentía lo mismo, no quería ponerlo nervioso diciéndolo primero. A cambio, solo dije: —También significa mucho para mí. De hecho, esto es lo primero para mí. No te defraudaré. Quiero dar el siguiente paso. Seré la mejor novia que un hombre pueda encontrar.

—Ya lo eres. Pero eres más que una novia —dijo—. Mucho más.

En ese momento, inesperadamente se hincó en una rodilla.

Sabía que otros en el vestíbulo estaban esperando recoger sus abrigos del guardarropa. En un instante, se dieron cuenta de lo que ocurría y todo pareció detenerse. Todos se giraron a mirarnos con una sonrisa.

Mi piel comenzó a hormiguesear con una emoción casi surrealista.

*Está en una rodilla. Ay, Dios mío. Esto no está pasando.*

Por algún motivo, sentí que me desmayaba.

—Lisa —dijo Jennifer tomando mi brazo.

—Deja hablar a Tank —dijo Blackwell.

—Lo haré cuando esté segura de que no se va a desmayar. ¿Estás bien?

—¿Dónde estoy? ¿Quién soy yo? ¿Qué me está pasando en este momento?

—¡Lisa!

—Mmmmm.... zombis.

—¿Te puedes mantener de pie? No te voy a soltar a menos de que puedas hacerlo .

En un mar de confusión, miré hacia abajo a Tank, y cuando vi que me sonreía con esa expresión juvenil que no le mostraba a casi nadie, volví a la realidad. La mayoría consideraba a Tank como alguien duro, estoico y carente de emociones, ese era su trabajo. Pero yo conocía ese peculiar sentido del humor que yacía profundo dentro de él. Yo había llegado más allá del muro que él mismo se había impuesto, y sabía la gran cantidad de amor que él tenía para compartir con la persona adecuada.

Al parecer, yo era esa persona. Lo que estaba sucediendo ahora era del otro mundo, era maravilloso y más que sorprendente, si no terriblemente grandioso. No podía creer lo que se estaba dando, o que de alguna manera tuviera la suerte de haber encontrado a un hombre tan increíble, honesto y amoroso como Tank. Pero estaba ocurriendo. ¡Tía! Estaba pasando, y tenía que asegurarme de que no olvidaría este momento. Necesitaba contenerme y controlarme para recordar todo esto. Cerré los ojos y respiré, y cuando mi cabeza estuvo clara, dije: — Estoy bien.

Jennifer me siguió sosteniendo por un momento. —¿Estás segura?

—Sí, chica. Estoy muy segura.

Me soltó.

—Mírate —le dije a Tank—. Por primera vez, eres más bajo que yo.

—Yo siempre he sido más bajo que tú. ¿No lo sabías? ¿No lo has sabido desde que nos conocimos? Siempre has sido más alta que yo.

—Bueno —dijo Blackwell— Esto fue más que romántico... hasta me conmovió. Vamos a empezar la ceremonia. Alguien que traiga un sacerdote. Llaman a un juez de paz.

—¿Me puedo proponer primero? —preguntó Tank.

Ella se tocó el pelo. —Bueno, si tienes que hacerlo.

Levantó la vista hacia mí y sacó una pequeña caja negra de terciopelo del bolsillo de su chaqueta. —Lisa —dijo.

—No puedo creer que hayas planeado esto.

—He tenido el anillo desde hace una semana. Iba a proponerme más tarde, pero esta noche me pareció adecuada. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Al principio, me resistí, tú sabes por qué. No hay necesidad de discutirlo. Ahora reconozco lo que es verdadero cuando lo veo, y lo verdadero eres tú. Estoy de rodillas. Estoy enamorado de ti. Quiero tener una familia contigo. Y más que nada, quiero envejecer contigo y tus zombis.

Contuve las lágrimas. —¿Aun con ellos?

—Por supuesto que con ellos.

—Tú sabes que no lloro —dije.

—Puede que sí.

—Oh, Tank.

—Te estoy preguntando ahora mismo, frente a todos nuestros amigos y todos estos desconocidos, si quieres ser mi esposa.

Moví la cabeza. —Lo siento, Tank, pero no.

Un grito ahogado se sintió entre la multitud.

—Lisa —dijo Jennifer.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Blackwell—. Estás cometiendo un error.

Los ignoré y busqué la mirada confundida e intensa de Tank. —Lo que yo seré es tu compañera. Esto es lo que seré. No tu esposa, pero tu mejor amiga, tu amante, tu confidente y tu compañera. Eso es lo que quiero ser. Eso es lo que seré. Sí, me casaré contigo, Tank, si estás de acuerdo con estas condiciones. ¿Lo estás?

—Por supuesto que sí.

—Te quiero tanto, que no sé cómo expresar lo que siento en este momento. No hay palabras para decir cómo me siento. Lo feliz, llena de alegría y completa que me siento. Estas palabras no existen. Pero no tienen que existir. Cuando nos miramos, como en este momento, todo lo que no se ha dicho ya fue dicho. ¿Lo sientes?

—Lo siento en lo más profundo. —Extendió su mano y tomó la mía. — ¿Puedo poner el anillo en tu dedo? —preguntó.

—¿Realmente tienes que hacerle esa pregunta a una chica deseosa?

Me sonrió y luego abrió la pequeña caja negra de terciopelo que tenía en la mano derecha. Dentro, había algo que nunca me hubiera podido imaginar, un diamante talla esmeralda que debía ser de al menos cinco quilates.

Probablemente más. Debía haberle costado una fortuna. Me quedé mirándolo un momento y luego lo miré a él.

—Tank —dije—. Es hermoso, pero...

—Pero nada —dijo él—. Solo te casas una vez, al menos de donde yo vengo.

Entonces, disfrutémoslo. —Sacó el anillo de la caja y me lo extendió—. ¿Qué dices?

—Es demasiado.

—Nunca es demasiado —dijo Blackwell—. ¿No has aprendido nada de mí? ¡Por Dios! Y es precioso. Tómallo. Por amor de Dios, ya pónelo en tu maldito dedo y sella este acuerdo. Todos lo queremos a él. Todos los queremos a ustedes dos juntos. Él es obviamente el indicado.

—¿Lo soy? —me preguntó él.

—Más de lo que crees.

Le extendí mi mano izquierda. Introdujo el anillo en mi dedo anular y luego se puso de pie para besarme mientras que los que nos rodeaban estallaban en aclamaciones y aplausos. Cuando nuestros labios se separaron, él dijo: —Así que supongo que nos vamos a casar ahora.

—Entonces, supongo que sí —dije. Bajé la voz para que solo él me escuchara—. ¿Qué tal si lo celebramos como se debe esta noche en tu casa?

—Considéralo hecho.

\* \* \*

Cuando dejamos el Frick y salimos al aire frío de la noche, mi corazón seguía latiendo por el impacto de lo que acababa de ocurrir.

*Estoy comprometida, pensé. Y en no mucho tiempo, me casaré...*

Me parecía irreal. Mi mano estaba en la de Tank y podía sentir el pulso de su corazón contra mi palma. ¿Podría él sentir el mío? ¿Podría sentir mi emoción y mi amor por él? Cuando apretó mi mano, sentí que podía. Esperaba que pudiera.

Delante de nosotros había dos limosinas. Alex debió haber llamado antes y pedir un auto para Tank y para mí así podíamos irnos a casa solos, y el otro para Jennifer, Blackwell y él.

Miré a mi alrededor y contemplé Manhattan de noche. La luz se reflejaba en el vidrio. A mi derecha, el tráfico recorría la Quinta Avenida. En las aceras, los peatones paseaban o pasaban junto a nosotros como en un rápido video. Eran un poco más de las once, pero en New York podrían haber sido las siete. Era una zona residencial muy concurrida. Algunas personas iban a casa mientras que otras iban a trabajar el turno de noche. Vi a Cutter de pie junto a la puerta trasera de nuestro auto, la cual mantenía abierta para nosotros. Max estaba de pie entre los dos autos y observaba el área que nos rodeaba.

Estábamos despidiéndonos de todos cuando se oyó un disparo, y, detrás de

mí, hubo un fuerte crujido cuando la bala golpeó la fachada del Frick.

Los siguientes minutos pasaron como un borrón.

La gente en la acera gritó. Uno de los gritos venía de Jennifer, cuya voz inconfundible me llamaba con pánico y preocupación.

Cutter gritó: —¡Al suelo!

Pero era muy tarde, el tirador estaba al otro lado de la calle. Apenas podía distinguirlo en la sombra. Su brazo se levantó y apuntó en mi dirección. Tank también debió verlo, porque inmediatamente se puso al frente de mí para protegerme justo cuando la pistola volvió a disparar.

Solo que estaba vez algo salió terriblemente mal.

Algo que tenía que ver con el pecho de Tank. Oí que un soplo de aire escapó de sus labios y supe, incluso antes de que colapsara en el suelo y se golpeará la cabeza contra la acera, que había recibido un disparo por mí...

Antes de que me pudiera agachar para ayudarlo, otra bala fue disparada. Más gente gritó, y como si fuera en cámara lenta, vi al tirador caer de rodillas mientras Max corría por la calle y le disparaba de nuevo.

El tráfico se paralizó en la 70. Los frenos chirriaron. El caos había encontrado su lugar aquí, y se había arraigado tan fuerte en el asfalto que su oscura flor se abrió para lanzar su podrido aerosol de horror.

El instinto de supervivencia se despertó. Me incliné para ayudar a Tank, que no se movía. —No —dije mientras me aferraba a uno de sus hombros y trataba de darle la vuelta—. No, no, no, no, no. —Pero era muy pesado y no lo podía mover sola. —¡Por favor! —grité—. ¡Alguien que me ayude! ¡Por favor!

Desesperada, miré a mi alrededor justo cuando la limosina de Jennifer se alejaba de la acera y bajaba por la 70. Ella y Blackwell se fueron, pero Alex se había quedado. Corrió hacia mí al mismo tiempo que Cutter nos alcanzaba.

—Le dispararon —les dije—. Está sangrando. Miren la sangre, hay un charco de sangre alrededor de él. Hay tanta. ¡Se va morir si no hacemos algo ya!

Cutter puso su oído contra la espalda de Tank y escuchó. —Está vivo pero su pulso se está debilitando. Abre la puerta trasera de la limosina lo más que puedas —me dijo Cutter.

—No lo quiero dejar.

—¡Hazlo!

En medio del aturdimiento, me puse de pie, fui hasta la puerta y la abrí completamente. Alex y Cutter eran fuertes, pero se estaba acabando el tiempo. Cuando le dieron la vuelta a Tank sobre su espalda vi que la parte de adelante de su camisa estaba bañada de sangre y que su cara estaba salpicada con ella. Me tapé la boca con la mano. Tenía los ojos cerrados. Su piel estaba pálida y me pareció húmeda. ¿Dónde le habían disparado? Obviamente, en el pecho. ¿Pero



cerca del corazón? ¿Lo iba a perder? Eso era algo que no podía entender.

*¡No lo voy a perder!*

Con esfuerzo, Alex y Cutter lo levantaron. La cabeza de Tank se echó hacia atrás como separada del resto del cuerpo. Estaba inconsciente. Se apresuraron a ponerlo en la parte trasera del auto cuando oí el débil sonido de las sirenas de la policía que se acercaban.

Alex se sentó en la parte de atrás conmigo. Se quitó la chaqueta y la uso para aplicar presión en la herida que estaba justo encima del músculo pectoral derecho de Tank. Justo encima de su corazón. Oí a Cutter gritar al otro lado de la calle a Max que estaba al lado del tirador caído: —¿Está muerto?

—Está muerto.

—Quédate con él hasta que llegue la policía. Estaremos en Lenox Hill. Llámame para informarme de cualquier detalle.

Lenox Hill quedaba a siete cuadras de distancia, lo que me dio una esperanza. Alcancé la mano de Tank y le dije que aguantara. Le supliqué que no me dejara. Rogué para que él se quedara conmigo.

—Síguele hablando —dijo Alex—. Asegúrate de que oye tu voz. Es crítico que te oiga en este momento, Lisa. De hecho, tiene que oírte. Háblale. Vamos. Por amor de Dios, háblale.

Lo hice. Le dije cuánto lo quería. Le dije cuánto significaba para mí. Le dije que quería ser su esposa y criar sus hijos. Lloraba mientras decía todo esto, pero no hasta el punto de que Tank, si pudiera oírme, no entendiera bien claro todo.

Cutter se subió al auto y encendió el motor. Y con la vida de Tank realmente en juego, oprimí mi mano contra su cara ensangrentada y seguí hablándole mientras nos alejábamos en la noche.

# # #

## OTROS LIBROS DE CHRISTINA ROSS

[\*Aniquílame, Vol. 1\*](#)  
[\*Aniquílame, Vol. 2\*](#)  
[\*Aniquílame, Vol. 3\*](#)  
[\*Aniquílame, Vol. 4\*](#)  
[\*Aniquílame, Navidad\*](#)

[\*Desátame, Vol. 1\*](#)  
[\*Desátame, Vol. 2\*](#)  
[\*Desátame, Vol. 3\*](#)

Lea la sorprendente conclusión de la serie *Desátame* en Desátame, vol. 3 aquí:

[\*\*Desátame, Vol. 3\*\*](#)

¿No puede esperar por la próxima apasionada novela de Christina Ross? Fácil de solucionar. Encuétrela en Facebook [aquí](#), y especialmente únase a su lista de correo electrónico [aquí](#). Así nunca va a perder ninguno de sus libros.

A Christina le encanta charlar con sus lectores. Por favor, escríbale a <mailto:christinarossauthor@gmail.com>. ¡Espere noticias tuyas pronto!

Christina estará muy agradecida si deja una reseña de este libro o de cualquier otro de sus libros en Amazon. Las reseñas son esenciales para todo escritor. Por favor, déjela así sea muy corta. Y gracias.